

ARQUEOLOGÍA DE UN CONFLICTO SOCIAL:

La Semana Trágica y los talleres Vasena

Ana Igareta y Daniel Schávelzon (compiladores)



colección educar al soberano



ANA IGARETA es doctora en Ciencias Naturales y se desempeña como becaria posdoctoral del CONICET, e investigadora del Departamento Científico de Arqueología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (FCNyM) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y del Centro de Arqueología Urbana de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU), dependiente de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se ha especializado en el análisis de problemáticas históricas dentro del campo arqueológico.

DANIEL SCHÁVELZON es un conocido experto en el patrimonio cultural de la Argentina, que se especializó en la arqueología urbana. Uno de los trabajos que más ha llamado la atención ha sido excavar los restos de los Talleres Vasena. Es investigador principal del CONICET, ha publicado cerca de cincuenta libros y es profesor titular de la Universidad de Buenos Aires. Asimismo dirige el centro de Arqueología Urbana y el área de arqueología del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

ARQUEOLOGÍA DE UN CONFLICTO SOCIAL:
*La Semana Trágica
y los talleres Vasena*



Colección Educar al Soberano



Libro patrocinado por la
Asociación del Personal de los
Organismos de Control (APOC)

Igareta, Ana

"Arqueología de un conflicto social : la Semana Trágica y los talleres Vasena" / Ana Igareta y Daniel Schávelzon. - 1a. ed. - Buenos Aires, Asociación del Personal de los Organismos de Control - A.P.O.C. - 2011. - 208 p. , 20x14 cm. - (Educar al soberano)

ISBN 978-987-23331-8-8

1. Historia Social Argentina. I. Schávelzon, Daniel. II. Título. CDD 982

Fecha de catalogación: 04 de abril de 2011

Ilustración de tapa: Gianluca Manograsso

Diseño y realización de tapa: Fernanda Schweinheim

Diseño de interior y diagramación: Fernanda Schweinheim

Créditos fotográficos: Archivo General de la Nación / Ana Igareta, Daniel Schávelzon, Vanina Castillón

Libro de edición Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723c

Copyright 2011 Ediciones APOC

Impreso en la Argentina

isbn 978-987-23331-8-8

Título: *Arqueología de un conflicto social: la Semana Trágica y los talleres Vasena*
Ana Igareta y Daniel Shávelzon

ARQUEOLOGÍA DE UN CONFLICTO SOCIAL:
*La Semana Trágica
y los talleres Vasena*

Ana Igareta y Daniel Schávelzon (compiladores)



Colección Educar al Soberano

“Ayer fue el porvenir, y no nos dimos cuenta”

Pedro Orgambide

Hacer la América (1984)

Indice

- [15] Prólogo
Mario Sabugo
- [17] Introducción
Ana Igareta
- [23] Arqueología de los talleres Vasena y la Semana Trágica:
una experiencia en la modernidad periférica
Daniel Schávelzon
- [47] La Semana Trágica: una historia
Fernando Gómez
- [81] Los establecimientos Vasena: antecedentes históricos
y descripción arquitectónica
Jorge Pablo Willemsen y Marcelo Weissel
- [105] Excavando el pasado: tareas de intervención arqueológica
Ana Igareta
- [149] Artefactos metálicos de los talleres Vasena
Jésica Frustaci y Horacio de Rosa
- [169] Restauración de muros y vanos
Alberto Campos y Patricia Frazzi
- [173] Nota final
Ana Igareta
- [181] Agradecimientos
- [183] Bibliografía

Equipo de trabajo

Dra. Ana Igareta

Centro de Arqueología Urbana, FADU-UBA, Equipo de Arqueología Histórica, División Arqueología FCNyM – UNLP, aigareta@gmail.com

Dr. Daniel Schávelzon

CONICET, Centro de Arqueología Urbana, Dirección General de Patrimonio e Instituto Histórico, dschav@fadu.uba.ar

Lic. Fernando Gómez

FFyL, UBA, fedagoge@hotmail.com

Arq. Jorge Pablo Willemsen

Instituto de Arte Americano, FADU, UBA, jopawil@yahoo.com

Alberto Campos

Restaurador independiente, albertocampos@arnet.com.ar

Lic. Patricia Frazzi

Centro de Arqueología Urbana, DGPat, UMSA, frazzip@fibertel.com.ar

Jésica L. Frustaci

Grupo de Arqueometalurgia, Laboratorio de Materiales, Dpto. de Ingeniería Mecánica, FI-UBA. FFyL- UBA. jlfrustaci@gmail.com

Ana Igareta y Daniel Schávelzon (compiladores)

Horacio de Rosa

Grupo de Arqueometalurgia, Laboratorio de Materiales, Dpto. de Ingeniería Mecánica, FI-UBA. FFyL- UBA.

Marina Iwanow

Equipo de Arqueología Histórica, División Arqueología FCNyM – UNLP

Nicolás Aguerrebehere

Equipo de Arqueología Histórica, División Arqueología FCNyM – UNLP

Vanina Castellón

Equipo de Arqueología Histórica, División Arqueología FCNyM – UNLP

Lic. María Guillermina Couso

División Arqueología, FCNyM – UNLP

Romina Giambelucá

División Arqueología, FCNyM – UNLP

Julia Gianelli

División Arqueología, FCNyM – UNLP

Elisa Micozzi

Facultad de Ciencias Naturales y Museo- UNLP.

Julieta Penesis

Centro de Arqueología Urbana, FADU.IAA, UBA

Luis Fabían Pompozzi

Facultad de Ciencias Naturales y Museo. UNLP.

Luciana Chávez

Centro de Arqueología Urbana, FADU.IAA, UBA

Fanny Schaefer

Centro de Arqueología Urbana, FADU.IAA, UBA

PRÓLOGO

Mario Sabugo

La historia es todo aquello que nos imaginamos acerca del pasado. La historia urbana es todo aquello que nos imaginamos acerca del pasado de la ciudad y de sus barrios. Pero estas maravillosas creaciones no se tejen, por así decirlo, en el aire. La imaginación histórica continuamente se trenza y se destrenza con nuestros deseos, y no menos con los objetos que el pasado ha tenido a bien no arrebatarlos dejándolos a la vista. Y cuando esto no sucede, son los arqueólogos que concurren una y otra vez a destapar objetos significativos quitándoles de encima la alfombra de los años.

Nuestra historia urbana ha sido, en general, bordada con las hebras del recuerdo y del testimonio -que a su manera también son productos de la imaginación-, sumadas a las lecturas e interpretaciones de los documentos escritos y a la observación de los monumentos y de la iconografía.

Mucho menos, nos parece, se ha procedido a la indagación de los aspectos propiamente materiales. Es más factible toparse con historias sostenidas en un relato o en una pintura que basadas en un objeto. La fiebre amarilla, por tomar un ejemplo, nos suele llegar mediante el célebre cuadro de Blanes, o a través de las estadísticas funerarias, más que por sus huellas patológicas o ambientales.

San Cristóbal, como Boedo, es uno de esos barrios decimonónicos que, entre otras imprevisiones originales, no tenía una plaza. La plaza Martín Fierro, inaugurada hacia 1940, vino a llenar esa omisión. Pero no como producto de la ocupación

de un vacío, sino como sustitución de otro episodio urbano, la legendaria fábrica metalúrgica de Vasena. Esta plaza constituye así el vestigio o, más metafóricamente, la cicatriz, como se dice en el texto que sigue, de una trama histórica crucial. Uno de los momentos más intensamente dramáticos de la historia de la ciudad en la primera mitad del siglo XX, que se da a partir de las reclamaciones y huelgas obreras en los talleres Vasena, la subsiguiente represión, y la extensión del conflicto a toda la ciudad durante la llamada Semana Trágica.

Todos sabíamos algo de aquello sucedido en el verano de 1919, por muy diversas fuentes. Pero ahora la arqueología pone algunas evidencias más sobre la mesa de la historia, como los calamitosos sitios de trabajo traídos a la luz por las excavaciones, revelando una amarga experiencia colectiva que desborda las simples explicaciones socio-económicas o ideológicas. Detrás del telón que levanta el trabajo arqueológico, lo que aparece es ya una tragedia humana.

La Plaza Martín Fierro y sus dos muros remanentes eran, como tantos otros sitios y objetos, apenas “mudos testigos”. Ahora han empezado a hablar, arqueología mediante, según las investigaciones aquí compiladas – enhorabuena- por Ana Igareta y Daniel Schávelzon.



◀ Inauguración de la Plaza Martín Fierro en 1940.

Introducción

Ana Igareta

Las guías turísticas que promocionan la visita a ciudades históricas suelen destacar, entre las bellezas locales, la armonía del perfil de sus construcciones y el modo sutil como el paso del tiempo dejó su impronta en el paisaje urbano del lugar. Nadie podría decir eso de Buenos Aires. Por el contrario, esta ciudad -dos veces fundada durante el siglo XVI- es un espacio urbano definido por las incongruencias y las cicatrices arquitectónicas, marcas desprolijas que, en la mayor parte de los casos, sólo sirven para dar cuenta de lo que ya no está. Y lo cierto es que lo que no está es mucho, muchísimo; prácticamente nada queda de sus primeros trescientos años de arquitectura y cada vez son menos los edificios del siglo XIX que se mantienen en pie. Y con la desaparición de ese registro material se pierde la huella de las muchas ciudades que siempre ha sido Buenos Aires.

Pero nos quedan las cicatrices. Esa evidencia palpable de que ahí pasó algo y de que ese algo impactó en el lugar y afectó a sus habitantes. Edificios cortados al medio por rectificaciones, fachadas que permanecen en pie cuando todo lo demás desapareció detrás de ellas, bellísimas esculturas transplantadas a locaciones absurdas, escalones imperiales de mármol convertidos en mesa del mate de placeros; rasgos desarticulados y rotos pero aún así –todavía– evidencia.

En el barrio porteño de San Cristóbal, en la intersección de las calles La Rioja, Cochabamba, Pasaje Barcala, Diagonal Oruro y la autopista 25 de mayo, la Plaza Martín Fierro exhibe sus cicatrices. En esos casi 17.000 m² de terreno des-

nivelado y unido por escaleras, una calesita de madera, los juegos infantiles de cemento y los bustos de próceres civiles conviven con una fuente central de presencia intermitente, una cancha de bochas techada y los restos ocasionalmente enrejados de dos viejas paredes de ladrillos que apenas se ven entre los árboles.



▲ Talleres metalúrgicos Vasena en su momento de máxima expansión.

Es difícil establecer con precisión qué parte de la historia del barrio representa cada uno de estos elementos, a primera vista incongruentes. ¿Tendrán algo que ver las lomadas y desniveles con el combate que enfrentó a los vecinos, bajo el mando de Santiago de Liniers, con las tropas británicas? ¿Serán, si no, los restos de las trincheras que mandó cavar el Gobernador Carlos Tejedor cuando la provincia le disputó

cruentamente al presidente Nicolás Avellaneda la posesión de la actual Capital Federal? Sobran las hipótesis que podrían explicar la presencia en el lugar de cada uno de los rasgos de la plaza y harían falta varios proyectos de investigación para explorar todas las posibilidades.

En el año 1999 y gracias al esfuerzo de la Junta de Estudios Históricos de San Cristóbal, la identidad de un pequeño sector de la plaza dejó de ser hipotética: las ruinas de esas dos paredes que se intersectan fueron declaradas *Sitio de Interés Cultural* al reconocérselas como uno de los escenarios –probable, pero no demostrado– de la llamada *Semana Trágica* de 1919. Es difícil especular acerca de la sucesión de eventos que permitió la conservación de esta mínima porción de potencial evidencia, pero la ausencia de políticas oficiales permite suponer que se trató de una extraña combinación de casualidades, azares y voluntades.

Clausurados los talleres Vasena, la gran empresa siderúrgica surgida en el siglo XIX, el edificio de la calle Cochabamba fue la primera de sus instalaciones en ser desmantelada y luego demolida, y el lote que ocupaba fue destinado a la creación de una plaza municipal, inaugurada en 1940. No existe una causa aparente o documentada por la cual las dos paredes que aún permanecen en pie sobrevivieron a la destrucción del resto del conjunto arquitectónico, y es posible que su continuidad se deba a razones que eluden la explicación arqueológica. Tal vez esos mínimos tramos de paredes quedaron sepultados por el enorme volumen de escombros que resultó de la demolición de un edificio de varias plantas, y sólo volvieron a ser visibles una vez que los materiales fueron retirados. O puede ser que el encargado de la demo-

lición estuviera interesado en terminar rápido el trabajo y simplemente escaparon de su vista, o dejó pasar su presencia asumiendo que en poco tiempo los restos de muros se derrumbarían solos. Incluso es posible que quienes diseñaron y ejecutaron el trazado de la plaza Martín Fierro supieran que esos muros eran el último eslabón que unía a la ciudad con un evento trágico de su historia y decidieran, sin decirlo, conservar esa cicatriz como evidencia.

A mediados del año 2009 y ante las nuevas obras de remodelación de la Plaza encaradas por el Gobierno de la Ciudad, la Secretaría de Planeamiento Urbano del GCBA, a través de la Dirección de Patrimonio e Instituto Histórico, solicitó nuestra opinión sobre el estado de conservación del sitio y nos pidió que evaluáramos la posibilidad de realizar allí una mínima intervención arqueológica. Diseñamos entonces un operativo básico de trabajo, concretado gracias al auspicio de APOC (Asociación de Organizamos de Control), a PALECO S. A. (la empresa contratista que puso su equipo a nuestra disposición) y a la buena voluntad de un largo número de estudiantes y amigos de La Plata y Buenos Aires que nos ayudaron a llevar la tarea a buen puerto. A continuación, los resultados obtenidos.



▲ **Foto superior:** Cartel colocado por las instituciones que rescataron los muros de los talleres Vasena.
Foto inferior: Los talleres Vasena en pleno conflicto de la Semana Trágica.

Arqueología de los talleres Vasena y la Semana Trágica: una experiencia en la modernidad periférica

Daniel Schávelzon

Hacer arqueología de la modernidad no es nada sencillo y por muchas razones: primero, porque siquiera entender esta última es ya complejo –por eso tanta polémica para comprender lo que nos sucede cada día-; segundo, porque uno no busca la realidad actual sino que se topa con ella. Y tercero, porque nos lleva a enfrentarnos con nosotros mismos, lo que nunca es fácil.

Toda la arqueología es, obviamente, moderna, una lectura del pasado hecha desde el presente, y es ese presente el que determina qué y cómo leemos el pasado e incluso por qué lo hacemos¹. Claro que una cosa es discutir sobre lo que pasó en algún sitio lejano como Creta, Eritrea o Roma hace tres mil o más años, incluso cien mil, y otra es por qué hay niños que viven y se drogan en las plazas de Buenos Aires. O por qué, como en el caso que nos ocupa, una industria siderúrgica argentina que venía creciendo imparablemente y sustituyendo importaciones, se quebró ante un movimiento obrero sin precedentes y terminó luego siendo parte de un país que importa hierro y acero, y los productos terminados, casi como ocurría en tiempos coloniales.

Estas preguntas en particular son acerca de nuestro desarrollo como sociedad capitalista, sobre por qué no pudimos consolidarnos como tal y por qué creíamos que crecíamos cuando estábamos en realidad en el límite del apogeo posible, previo al derrumbe. La Argentina creía que el capi-

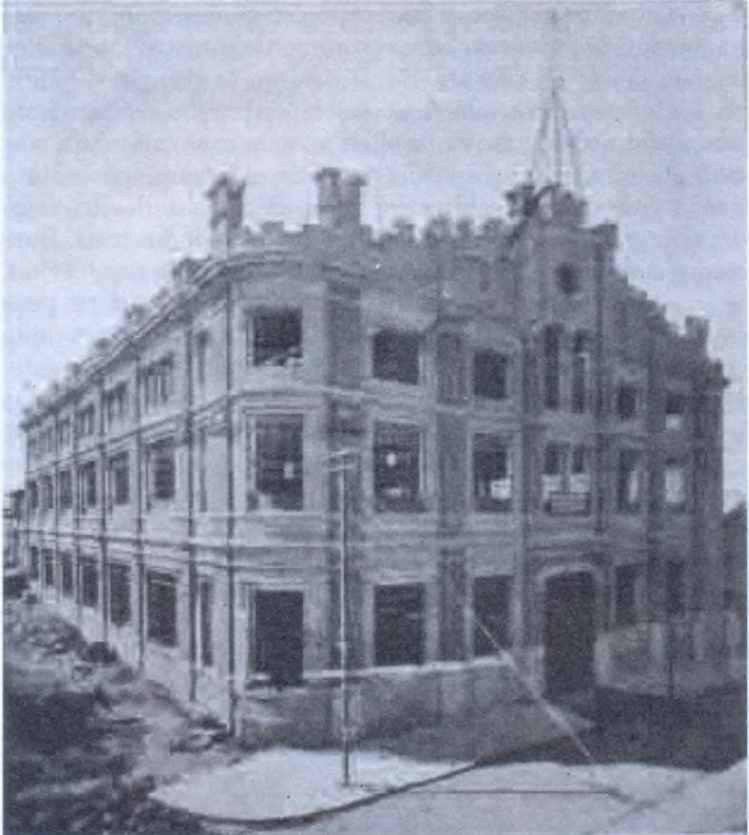
1 Julian Thomas. *Archaeology and modernity*. Routledge, Londres, 2004.

talismo se podía construir sin límites, que el progreso era imparable, pero no lo era -o al menos no ese modelo de progreso, el de los Estados Unidos-. Lo que en realidad ocurrió fue que no pudimos detener fue el avance de otro modelo, el del subdesarrollo.



▲ Restos de lo excavado entre los muros, antes de proceder a la restauración y a cubrir nuevamente los cimientos y pisos encontrados para su protección.

Es por eso que, más allá del trabajo particular de estudio de los restos de dos solitarias y olvidadas paredes de una plaza, encaramos esta investigación como una aventura arqueológica enfocada en una desaparecida industria, sostenida por una larga experiencia de trabajos en Buenos Aires



▲ Edificio principal de los talleres durante su construcción

y en el bagaje teórico y metodológico conseguido, que nos ha permitido enmarcar conceptualmente nuestra labor². Por suerte, desde su nacimiento mismo en la década de 1960 en Inglaterra, la arqueología industrial se ha desarrollado como una actividad que implica no sólo excavar y analizar edificios o maquinarias, sino también esforzarse por entender la vida, los padecimientos y las alegrías de los trabajadores que sostuvieron el desarrollo de esas industrias. Buscamos comprender los procesos implicados en la producción, el consumo, la explotación del hombre por el hombre; pero también los mecanismos de la solidaridad, en el marco de la construcción del capitalismo y de su periferia dependiente. Por supuesto no todos aceptan esta perspectiva, y sin dudas hay derecho a ver el pasado de muchas maneras y rescatar de él lo que creamos adecuado; al final de cuentas y como decíamos, analizar los hechos es algo que hacemos desde el presente y por lo tanto es una actividad sujeta a múltiples interpretaciones. Pero las cosas se complican cuando creemos que nuestras inferencias son la explicación de los hechos sociales que ocurrieron en un determinado lugar; es por ello que trataremos de presentar un ejemplo de este tipo trabajo, todavía tan poco común en nuestras tierras, esperando que sirva para dar cuenta de su potencial.

Hoy en día, en una plaza de Buenos Aires cuyo nombre nada tiene que ver con su historia, existen relatos visibles de obras precedentes, de lo que sucedió allí hace tiempo. Claro

² Eleanor Conlin y James Symons (editores), *Industrial Archaeology: future directions*, Springer, Nueva York, 2006.

que resulta difícil leerlos, entender por qué hay un desnivel, una escalera, un jarrón, un viejo árbol, unas paredes abandonadas. Elementos que muestran al que sabe mirar que allí hay una historia destruida y posiblemente enterrada, que en ese lugar pasaron cosas -naturales o históricas- que hicieron que esa plaza sea como es. Todo es el resultado del tiempo, con o sin cultura. No importa que haya sido remodelada diez veces, la evidencia material del pasado permanece porque es compleja de borrar y persiste también en la memoria, porque queda en los papeles –y en fotos y planos- y porque sigue bajo tierra. Incluso si las paredes de las que hablamos no fueran las de los talleres Vasena, si fueran posteriores y construidas quién sabe por qué, seguirían siendo el símbolo que representa lo que une la memoria con el lugar. Y por suerte. Porque explican que esa calle oblicua en un extremo de la plaza no es un sinsentido, sino lo que queda del trazado de las vías de un tren que unía, en una gigantesca trama urbana, las zonas industriales y el Riachuelo, en donde estaban las otras fábricas e incluso una de las sedes de Vasena.



◀ Publicidad del Gobierno de la Ciudad por la restauración de la fuente central en 1999 que sería destruida en 2009. ¿Haciendo arqueología para el futuro?.



▲ Última imagen de la antigua fuente antes de ser destruida.

Cuando entramos hoy a la plaza vemos que hay una zona con un fuerte desnivel, una especie de cerrito de un par de metros de altura al que se accede por escaleras, que tiene unos viejos árboles encima –prueba de que no es moderno- y en el que, absurdamente, el visitante desprevenido se encuentra con los restos de dos paredes maltrechas, golpeadas, casi destruidas. Es más: si se observa con atención, se ve también que hay por ahí cerca un viejo pedestal con un jarrón de mármol, y que en otros sitios de la plaza donde la lluvia todavía erosiona el suelo, asoman los restos de pisos de adoquines, de piedra de Hamburgo –levantados en 2009-, de baldosas franceses de 1900 y de estructuras de hierros de diverso tipo. Algo debía haber habido antes para que todo eso quedara allí abajo.

Sin necesidad de recurrir a la documentación a raudales que existe sobre los talleres Vasena que funcionaron donde hoy

está la plaza Martín Fierro, y a los muchos libros que relatan los sucesos de la Semana Trágica, esos datos aislados ya nos indicaban a los arqueólogos que había un interrogante bajo el piso. Si además cruzamos esa información con la historia, las fotos, los planos y con el lugar que la memoria señala como sitio en que el movimiento obrero nacional se puso los *pantalones largos*, nos encontramos con un sitio excepcional para trabajar. Para excavar y hacernos preguntas.



▲ Basura entre los muros históricos: nótese las marcas que el fuego dejó en el rincón, el carbón en el piso y la acumulación de casi un metro de sedimento.



▲ Detalle de restos de carbón y hollín, ladrillos calcinados y restos varios de las actividades que, cada noche, afectaban el lugar histórico.

Pero... acercarse al lugar incluso de día representaba un peligro: abandonado por años, era un oscuro dormitorio de linxeras y de vándalos; lugar de reunión de quienes, para quejarse de las intervenciones municipales, destruyeron lo que quedaba; territorio de vecinos que, para obligar a mantener la memoria de los talleres, quemaron carteles y rompieron

paredes. En los rincones se amontonaban jeringas, basura de todo tipo y computadoras desarmadas; más que nada, se presentaba como un escondite perfecto para la prostitución y las drogas. Un manchón de hollín marcaba el lugar donde por años se vendiera choripán y, cerca de allí, un amontonamiento de clavos indicaba el punto donde se desarmaban los cajones que se tiraban el fuego; las bolsas y plásticos en el piso detrás de la pared más larga indicaban los sitios de sexo o sueño. Los árboles que actualmente rodean los muros parecían haber sido cuidados precisamente porque escondían aun más el lugar histórico de las miradas ajenas, sin reja desde que los mismos que se quejaron porque había sido puesta -síndrome de supuesta privatización- dejaron el lugar abierto a la destrucción.



▲ Restos de paredes que aún permanecen en la parte antigua de la plaza antes de las excavaciones, pasando inadvertidos entre el pasto y el abandono.

Incluso con semejante dificultad, el sitio tenía un atractivo extraordinario para ser estudiado: allí habían estado los famosos talleres Vasena; ahí comenzó la Semana Trágica en que cientos, tal vez miles de obreros, fueron brutalmente asesinados o heridos; allí nacieron los grupos parapoliciales tan comunes luego en el país; allí el movimiento obrero se fogueó en la lucha contra el Estado que, aunque democrático, los reprimió brutalmente. Y era, además, un excelente caso de estudio de una gran empresa siderúrgica que nació en el país, creció, sustituyó lo importado y mostró la posibilidad de desarrollo propio –capitalista al fin-, pero cuya realidad se vio limitada por la del país. Para continuar funcionando como lo hacía, Vasena tuvo que reprimir las exigencias de sus trabajadores en lugar de contribuir a mejorar su condición laboral para aumentar la producción; presionó al Gobierno para que desarticulara el conflicto y apoyó la actividad de milicias no oficiales que atacaron a los obreros. Y terminó desarmándose, demolida tras ser vendida a capitales extranjeros que lentamente la hicieron ineficaz como industria, que la descapitalizaron, hasta que sus talleres terminaron convertidos con los años en una plaza y luego en un rincón de droga y robo. Como historia de un país, o al menos como síntesis de su historia, resulta patético.

Aceptar realizar el trabajo arqueológico implicó plantearnos qué posibilidades teníamos de recuperar información significativa sobre lo allí sucedido. ¿Quedaban huellas en el lugar de lo que había pasado?, ¿Era posible que nuestro trabajo contribuyera a entender mejor lo sucedido?, ¿Podía nuestra interpretación darle fuerza al sitio para que la comunidad recordara lo que sucedió y decidiera protegerlo? Si encontramos evidencias materiales de los eventos en cuestión,

¿serían significativas para la memoria? Todas estas preguntas y algunas certezas son las que trataremos de desarrollar en este libro. Vamos a presentar evidencia de las pésimas condiciones en que se trabajaba en la fábrica, datos surgidos no del relato de participantes, testigos o detractores, sino del análisis de los restos de lo que fue su instalación: de los talleres con temperaturas tan agobiantes que convertían los ladrillos de las paredes en vidrio, de lo mínimo de los espacios por donde se movían los obreros, de la falta de ventilación.

Ver todo esto no es cosa menor para entender por qué se produjo allí un levantamiento social obrero de enorme magnitud. No fue el primero en el país, pero sí fue, tal y como la semana que lo contuvo, *trágico*. Cambió el movimiento obrero para siempre y también la forma en que sería reprimido, mediante la organización de bandas como la Liga Patriótica -la Triple A sólo fue su sucesora-, para que el Estado quedara, o intentara quedar, con las manos limpias.

La plaza Martín Fierro y los restos de los talleres Vasena deben permanecer como testigos de una historia que nos muestra que el camino al crecimiento pasa por la igualdad, la no explotación y el trabajo solidario. Que en algún momento el país se equivocó en su recorrido y frustró sus posibilidades de ser parte del Primer Mundo, no solamente por mandatos externos sino por contradicciones internas. A todos nos es más fácil olvidar lo negativo y recordar lo positivo, nuestro inconsciente funciona así y sirve para autoprotegernos; por eso necesitamos recordar.

El martes 7 de enero de 1919 se inició en Buenos Aires una serie de eventos que marcaron que la vida de los porteños

había cambiado y la del país también. Ese martes comenzó la huelga de los obreros de los talleres Vasena, que rápidamente desató una fuerte represión policial con disparos y muertos. No era, ya dijimos, la primera huelga que se vivía en la ciudad, ya que desde hacía unos años los obreros se habían organizado y enfrentaban las absurdas condiciones laborales a que estaban sometidos. Pero este caso fue diferente, muy diferente: desnudó la realidad de que existía un país distinto del pretendido por la Generación oligárquica de 1880 y que muchos creían que seguía vigente. En 1916 había asumido el primer gobierno elegido por voto secreto, con el que el Radicalismo había llegado al poder con Hipólito Yrigoyen. En ese entonces, los hijos de los inmigrantes -los que componían la servidumbre, los operarios, aquellos que antes eran mal vistos por las familias tradicionales- se convirtieron en quienes definían la política nacional. Es que, si bien el poder fomentó la inmigración, jamás sospechó que los recién llegados les disputarían el lugar.



◀ Evidencias del pasado a la basura: una gran piedra de Hamburgo de las antiguas veredas, adoquines y pizarras de un techo descartado en el escombro de la obra moderna (2010).



◀ Evidencias del pasado a la basura: una gran piedra de Hamburgo de las antiguas veredas, adoquines y pizarras de un techo, descartado en el escombros de la obra moderna (2010).

Sin embargo, y pese a que el gobierno de turno era democrático, o precisamente por eso, el movimiento huelguista de enero de 1919 se extendió rápidamente y creció como nunca antes nadie lo había visto. La represión se desató también como pocos imaginaron, y hubo heridos, muertos, incendios, asaltos, barrios tomados y fuerzas de seguridad que actuaron con toda violencia porque la situación se les fue de las manos. Pero las cosas cambiaron cuando a partir del día 10, un grupo de militares reunidos en el Círculo Naval e impulsados por el jefe de la Armada, el almirante Bustos Domeq, acompañado por el general Dellepiane, empezaron a convocar a sus amigos civiles para organizar un grupo paramilitar que reprimiera al movimiento obrero³. Consideraban que el Gobierno no podía controlar la situación y decidieron hacerlo por su propia cuenta; esta primera Guardia Cívica (hoy la llamaríamos parapolicial o paramilitar), armada y violenta, rápidamente se organizó bajo las consignas de “*Evitar otro Petrogrado de 1917*” -es decir, la Revolución Rusa de Lenin-

³ Beatriz Seibel, *Crónicas de la Semana Trágica, enero de 1919*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1999.

y “*atacar a rusos y catalanes*”, sindicados como los enemigos anarquistas y comunistas, y salieron a la calle con el visto bueno policial. El mismo general Dellepiane había creado poco antes algo parecido para proteger las fiestas del Centenario, la Policía Civil Auxiliar, que después fue desarmada⁴; recordemos que las grandes fiestas del Centenario se hicieron en una ciudad militarizada y en estado de sitio.

Uno de los líderes de la represión de la Semana Trágica, Juan Carulla, contó en sus memorias cómo la organización paramilitar que nació para detener el movimiento obrero rápidamente se transformó en anti-extranjera, y luego en racista y antisemita; los barrios judíos fueron atacados e incendiados, se asesinó, violó y robó con impunidad y a límites no imaginados en un país donde la presencia de inmigrantes siempre fue enorme. El escritor Arturo Cancela, tras ver por primera vez en su vida uno de esos asesinatos, escribió:

“Hasta el momento yo no había visto morir a nadie (...) sin embargo es el incidente más trivial que se pueda imaginar: usted se pone en torno del brazo izquierdo la cinta del gato de su casa o la liga de la mucama, coge un revólver, sale a la calle y le pega un tiro en el corazón al primer hombre humilde que le parezca sospechoso. Con eso ha dejado usted en la orfandad a media docena de chiquilines, pero en cambio ha Consolidado las Instituciones”⁵.

4 José R. Romariz, *La semana Trágica: relato sangriento del año 1919*, Ediciones Hemisferio, Buenos Aires, 1952.

5 Arturo Cancela, *Una semana de jolgorio: tres relatos porteños*, Edición del autor, Buenos Aires, 1922.



◀ Posible sitio de impacto de un proyectil de grueso calibre que quebró el piso de cemento y el contrapiso inferior en ondas concéntricas.

Y a tal grado fue tremendo que el propio Juan Carulla, uno de los ideólogos de la ultra derecha nacionalista, no pudo creer que se produjera esa confusión entre judíos y comunismo, y que por su propia culpa se desatara “el primer *progrom* argentino”⁶. El general Dellepiane lo definió bien ante la evidencia de que eran ellos los que habían perdido el control, al decir que: “*Son menester las medidas adoptadas para buscar y aislar a los elementos perturbadores exóticos que han provocado el actual estado de cosas*”; ante la respuesta de sus allegados, de que entre los agitadores habían muchos argentinos y no sólo extranjeros, concluyó: “*Indudablemente, pero la mayoría está formada por extranjeros que han traído a este ambiente sus odios, sus pasiones y sus extravíos*”. Quedaba claro que para los represores, ser extranjero, “maximalista”, comunista, anarquista, judío, ruso, catalán, socialista o sindicalista era lo mismo, y que por ende debía ser combatido y extirpado. La identidad del enemigo era obvia: todos

⁶ Los “progrom” eran matanzas de pobladores judíos que hacían en forma regular los cosacos –soldados del zar– en el sur de Rusia en los finales del siglo XIX; Juan E. Carulla, *Al filo de medio siglo*, Editorial Huemul, Buenos Aires, 1951.

los que no fueran ellos mismos, la prosapia venerable; los de enfrente eran *los nuevos otros* porque el indio, el gaucho y el negro ya no existían, habían sido exterminados de una forma u otra. No importó que entre los mismos judíos hubiera quienes se oponían al internacionalismo, incluso quienes habían pertenecido a grupos “minimalistas” anti-comunistas y anti-socialistas; desde afuera todo era lo mismo.



◀ Las paredes tal como fueron encontradas, incluyendo maderas para hacer fuego y para acostarse en las noches.

Por otra parte, la Guardia Cívica se había transformado en pocos meses en una agrupación de asociaciones: Federico Leloir representaba al Yacht Club, Jorge Astaeta al Círculo de Armas, el capitán Aldao al Club del Progreso, Raúl Sánchez Elía al Jockey Club y, por supuesto, el Círculo Naval tenía una lista encabezada por los Unzué, Estanislao Zevallós (quien después renunció con fuertes críticas), el Perito Moreno, Iburguren, Biedma, Santamaría, Sáenz Valiente, Anchorena, Peña Unzué, la familia Mitre, Paz, Uriburu, Doderó, Rocha, Tornquist, Roca, Alzaga, Aldao y Martínez de Hoz por si faltara algún apellido. El día 17 se anunció la creación de la Liga Patriótica Argentina como “*organización permanente (para) evitar el contagio entre los débiles*” de las nuevas ideas políticas; a su frente estaba el nuevo ideólogo de la ultraderecha, Manuel Carlés, profesor de historia del Colegio Militar y de la Escuela de Guerra y también de moral cívica en el Nacional Buenos Aires⁷. ¿Les enseñaría a sus alumnos del colegio a matar y a torturar?



◀ Detalle de un muro; en toda su superficie se empotraron estantes que limitaban el paso de las personas dentro de las estrechas habitaciones.

⁷ Luis María Caterina, *La Liga Patriótica Argentina: un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del 20*, Corregidor, Buenos Aires, 1995.



- ▲ El pilotón central, posiblemente usado para enfriar fundiciones, anulado con un relleno de chapas de techo dobladas; la destrucción quebró los bloques de hormigón con su violencia.



- ▲ Bloques de cemento empotrados en el piso para sostener un posible puesto de venta de choripán, y que destruyeron los restos de construcciones anteriores.

Todo era tan absurdo -además de trágico- que, cuando el 18 de enero el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires aceptó un aumento de sueldos que establecía un ingreso mínimo de \$ 100, hubo una oposición que consideró que *“ese aumento es inmoral y disolvente, porque de golpe y porrazo lleva a la abundancia y a la concupiscencia del excesivo bienestar a hombres acostumbrados a la sobriedad y estrechez”*. Se expuso que los aprendices no debían ganar sino pagar y que si los recolectores y carreros ganaban \$ 60 *“y no han muerto de hambre, ergo pueden vivir (...) ¿Por qué no ha de ser feliz el obrero municipal con su vida de \$ 48 mensuales? Al fin y al cabo es vida”*⁸. El 22 de enero la Cámara de Diputados trató el tema de la jornada de ocho horas por primera vez; Leopoldo Lugones escribió luego, en el marcado giro que lo acercó hacia la derecha extrema, que *“La fijación de un salario mínimo y la limitación de la jornada de trabajo, suprimen la libertad primordial del hombre”*⁹.

¿Cuántas víctimas hubo en aquellos enfrentamientos? Imposible saberlo, secreto oficial. Los datos oscilan entre 60 y 1356 muertos y hasta 5000 heridos graves; para los diarios como *La Vanguardia* hubo 700 muertos, 2000 heridos y 3000 detenidos; para algunos historiadores, en todo el país se encarceló a 55 mil obreros. Pero los números sólo son imprecisos en el lado de los trabajadores; todas las fuentes coinciden, en cambio, en que entre las fuerzas armadas sólo hubo cuatro muertos y nueve heridos. Para las familias de los huelguistas y quienes los apoyaron fue un mundo; para las familias de los barrios catalanes y judíos fue el regreso

8 Beatriz Seibel, *Crónicas...* (1999), pág. 207.

9 Leopoldo Lugones, *La grande argentina*, Buenos Aires, 1930.

a lo peor de su historia, la que jamás olvidarían –“*vuelven, siempre vuelven*”-; para las grandes familias apenas fue un incidente más. Como dijo Carulla, sólo se arrepintió cuando vio, después de 1930, a dónde había ido a parar el país con sus ideas. Al menos algunos entendieron algo e hicieron su *mea culpa*.



◀ Sector excavado paralelo a uno de los muros en el que se observa que toda evidencia de una estructura anterior, incluso los pisos, había sido destruida, quedando sólo restos de demolición moderna.

Poco más tarde, muy poco, explotaría la Patagonia con los levantamientos de obreros de 1921 y 1922, con las masivas matanzas de peones rurales que para algunos llegaron a mil personas y que sólo terminaron cuando fue asesinado su principal ejecutor, el tristemente célebre coronel Benigno

Varela, en 1923. Idéntica suerte corrió su agresor, detenido en la Penitenciaría Nacional, en una Argentina ensangrentada y llena de violencia. ¿Alguno de aquellos represores juveniles imaginaría que hoy los sitios de las matanzas serían lugares históricos y que una escuela patagónica llevaría el nombre de Facón Grande, un líder de la peonada? La clase social que tanto lloró al coronel Varela y que censuró con saña los libros que contaron la verdad¹⁰, ¿habrá alcanzado a imaginar hoy que su apellido es un insulto en el país y que por algo no hay un monumento a su memoria?

Pero el genocidio más horrendo de esos años fue la Masacre de Napalpí, olvidada por muchos dado que ocurrió en 1924 en un lejano Chaco pero en la que casi se exterminó a lo que quedaba de la población aborigen. El conflicto surgió en ese territorio que aún no era provincia pero que había vivido un rápido crecimiento de las plantaciones de algodón y de la apetencia por las tierras de cultivo, pagando sueldos de hambre. Ello desató una primera huelga indígena organizada por los caciques y cuyos participantes se reunieron en la localidad de Napalpí, donde comenzaron las negociaciones. El interventor que representaba al Gobierno, Fernando Centeno, se negó a cualquier acuerdo, pidió refuerzos policiales y, con la excusa “de un malón”, usó un avión para incendiar la zona, cubierta de vegetación seca; al salir, los indígenas fueron ametrallados indiscriminadamente. Los sobrevivientes fueron buscados para ser degollados algunos, empalados otros y hasta mutilados muchos, para exhibir sus orejas y

10 José María Borrero, *La Patagonia Trágica* (1928), Editorial Americana, Buenos Aires, 1957 y Osvaldo Bayer, *Los vengadores de la Patagonia Trágica*, 3 vols, Editorial galema, Buenos Aires, 1973-74.

genitales en la cercana ciudad de Quitilipí. Los muertos se calculan en casi ochocientos entre los indígenas y ni un solo herido entre los militares. El escándalo fue rápidamente silenciado bajo la excusa de que se trató de una “sublevación indígena”.



◀ Sector excavado en el interior del ángulo de las paredes históricas, con restos de pisos y cimientos de la fábrica, aún visibles.

Vasena en Buenos Aires, Santa Cruz en el sur, Napalpí en el noreste, todos sangrientos símbolos de su tiempo. En la Patagonia, sólo desde hace unos pocos años se investiga y se

ha tratado de entender con datos concretos la historia de lo que sucedido realmente; en el Chaco, hasta el 2008, los hechos de la matanza no podían ser enseñados en las escuelas porque el tema no estaba en los programas nacionales de educación¹¹. Y, sin embargo, quizás sean esos eventos los que nos permitan entender el quiebre de una nación que crecía pero que transformó su incipiente desarrollo en una secuencia no interrumpida de barbarie en el poder.

Esa era la nueva Argentina del siglo XX, en la que la rectora influencia de la Generación de 1880 se había acabado –sus protagonistas ya estaban casi todos muertos o eran venerables ancianos- y donde la inmigración había transformado la realidad nacional golpeada por la Primera Guerra Mundial que cerraba el comercio e impedía el viaje a Europa de los jóvenes adinerados. También en el exterior, la Revolución Rusa mostraba que el mundo se hacía cada día más complejo y sus ideas democráticas y participativas se difundían rápidamente por Europa y llegaban a América; mientras tanto, Alemania estaba en llamas con Rosa Luxemburgo. En ese contexto, nuestros ideólogos locales confundieron las cosas: creyeron que los enemigos eran los pobres inmigrantes trabajadores que traían nuevas ideas, que se creían con derecho a pensar que era posible un mundo mejor. Así se fue estructurando un nacionalismo que tomó variadas formas -desde

11 *80 años de la masacre de Napalpí*, Agencia Walsh, 20 de julio 2004; Mario Vidal, *Napalpí, la herida abierta*, Librería de la Paz, Resistencia, 1998; Dario Aranda, Una masacre que lleva 80 años de memoria prohibida, *Página 12*, 18 de enero 2008; Carlos Martínez Sarasola, *Nuestros paisanos los indios*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1992; Expediente 1.630/04 caratulado "Asociación Comunitaria La Matanza c/Estado Nacional s/Indemnización por Daños y Perjuicios" en el Juzgado Federal de Resistencia ; el juicio fue rechazado por el Estado en 2006, un año antes se hallaron y estudiaron más de cien tumbas en el lugar; Pedro Solans, *Crimenes en sangre*, Ediciones del Boulevard, Córdoba, 2008.

las más democráticas hasta las muy violentas, desde las oligárquicas hasta las populares- las que caracterizaron al país por el resto del siglo XX. Y las palabras con que comenzamos este libro se hicieron, tristemente, verdad: “Ayer fue el porvenir, y no nos dimos cuenta”¹².

¹² Pedro Orgambide, *Hacer la América*, Bruguera, Buenos Aires, 1984.

La Semana Trágica: una historia

Fernando Gómez

En la segunda semana de enero de 1919 el calor que caracteriza el primer mes del año en Buenos Aires se hizo sentir sin reparos. Por la tarde, la temperatura no bajaba de los treinta grados y sólo a la noche una brisa reparadora aliviaba un poco la pesadez que se vivía. Desde el 10 de enero no se podía salir a la calle; realizar siquiera las tareas cotidianas era peligroso, porque el Ejército, la Policía y grupos de civiles armados perseguían a quienes se les cruzaban. Paulina Viviani, una nena de trece años que vivía con su familia de origen italiano en la calle Cabrera esquina Bustamante, tampoco había salido de su casa. Sin embargo no fue suficiente: soldados del Ejército entraron en la humilde vivienda y realizaron disparos a mansalva con armas de guerra. Paulina huyó despavorida por un pasillo pero las balas la alcanzaron; una vez caída, un soldado la apuñaló por la espalda ante la mirada atónita de su madre. Su hermano de veintiún años corrió igual suerte.

Por esos mismos días, el *Goyo* Larsen y Camilo Pizarro, dos muchachos veinteañeros con aspiraciones de alta sociedad, se alistaron en el Círculo Naval para formar parte de los grupos de civiles que rondaban las calles buscando hombres, mujeres y niños a quienes amedrentar o agredir. En su primer día de actividad, en el Círculo les habían proporcionado un auto para que se movieran con facilidad por la convulsionada ciudad; luego de interceptar a un muchacho que portaba una bandera roja, se la robaron para llevarla como trofeo. Lamentablemente no sería esa la peor de sus acciones; días más tarde y estando ofuscado, Pizarro, fuera de control, in-

gresó con Larsen a un billar donde dispararon indiscriminadamente a la concurrencia.

Tanto los hechos descritos como sus protagonistas son acontecimientos y personajes de ficción, creados por David Viñas en su relato *En la semana trágica*¹³. Si los tenemos en cuenta es porque la creación de Viñas surge de la recopilación de relatos orales que dan cuenta de la inédita situación que se vivió en Buenos Aires en los primeros días de 1919. De hecho, el asesinato de Paulina y su hermano fueron reales y de los más discutidos por ese entonces. El embajador italiano pidió explicaciones por lo sucedido al presidente Hipólito Yrigoyen, y los diarios conservadores intentaron justificar la masacre repitiendo la versión oficial que indicaba que la niña tenía en sus manos una pistola; pocos lo creyeron.



▲ Escena de las manifestaciones ocurridas durante el traslado de los muertos hasta el sitio en el que se realizó el velorio.

13 David Viñas, *En la semana trágica*, Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires, 1966.



▲ Carros quemados y barricadas en la ciudad: los bomberos en acción.

Comenzamos mencionando estos acontecimientos como un punto de partida que nos permita profundizar y contextualizar los eventos entonces ocurridos. Para hacerlo, es necesario preguntarse ¿qué había pasado en el país para llegar a semejante nivel de barbarie?, ¿por qué motivo los enfrentamientos entre grupos obreros y las fuerzas del orden generaron un caos pocas veces visto y desembocaron en un nivel de represión sin igual? Todo comenzó como una escaramuza entre obreros en huelga de la empresa metalúrgica Vasena y rompehuelgas que trabajaban custodiados por la Policía, y culminó como un proceso represivo en el que participaron civiles, policías e incluso el Ejército, en el que se utilizaron armas pesadas como ametralladoras y cañones. Se estima que la cantidad de víctimas fatales registradas hasta el restablecimiento del orden fue significativa, pero dado que el

gobierno de Yrigoyen no brindó un número oficial de muertos, las diferencias son inmensas según qué testimonio se siga. Para un comisario que cumplía actividades en los sucesos hubo entre 60 y 65 muertos; para diplomáticos de los Estados Unidos los caídos fueron 1356. Los diarios socialistas y anarquistas de la época hablaron de más de 700 personas fallecidas, 4000 heridas y 45.000 prontuariadas como resultado de los enfrentamientos.

Más allá de los números y su significado en aquel tiempo, intentaremos entender cómo se inició y desarrolló esta confrontación, y qué sucedió durante esa segunda semana de enero que quedó grabada en la memoria popular argentina y pasó a la historia como la *Semana Trágica*.

El camino preliminar y el estallido

En 1919 Argentina se contaba entre los países más consolidados económica y comercialmente del continente; incluso se perfilaba como una potencia pujante en el campo internacional, a medida que sus exportaciones encontraban ávidos mercados en diversos países de una Europa golpeada por la guerra. Este perfil prometedor tenía, sin embargo, una oscura contracara, la de una gran parte de la población que no se veía beneficiada con las ganancias obtenidas por el país y que luchaba infructuosamente contra la pobreza.

El modelo económico predominante, denominado agroexportador, se caracterizó por estar enfocado en la producción de materias primas para los mercados internacionales y por un pobre desarrollo de la industria nacional. A ello se sumó una

importante presencia de capitales extranjeros, sobre todo ingleses, en el control de sectores clave de la economía tales como el ferroviario. El diseño y la ejecución del modelo han sido atribuidos a la denominada Generación del 80, siendo 1880 la década en que comenzaron a delinearse las propuestas políticas que condujeron a la implantación del mencionado esquema agroexportador. La victoria de Julio Argentino Roca en las elecciones presidenciales de ese mismo año inauguró una etapa marcada por el control –que algunos llaman manipulación- de las elecciones por parte de los grupos políticos dominantes, en aras de una pretendida modernización del país. Roca fue, sin duda, una de las figuras de más peso de la Generación del 80, dos veces presidente y persona muy influyente incluso después de culminados su mandatos.



▲ Velorio de los asesinados por la represión, traslado de los féretros por la calle en medio de los ataques y la violencia.



▲ Velorio de los asesinados por la represión, llevando los féretros por la calle en medio de los ataques y la violencia.

Los cambios que vivió el país entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX fueron vastos. En lo que respecta a la producción agrícola la superficie cultivada aumentó de manera exponencial, de 580.000 hectáreas en 1872 a 24.000.000 en 1915. La producción se centraría a partir de entonces en maíz y trigo para exportación, convirtiendo a la Argentina en uno de los máximos exportadores mundiales en la materia. El despegue comercial de los cultivos del litoral y la pampa húmeda aumentó la brecha económica que separaba dichas regiones de las demás áreas productivas del país.

El crecimiento poblacional fue otro de los factores que se desarrolló significativamente; la ciudad de Buenos Aires pasó de tener 187.100 habitantes en 1869 a 1.575.000 en 1914, y la población económicamente activa (PEA) de todo el país se incrementó de 923.000 personas en 1869 a 3.360.000 en 1914¹⁴. Este aumento se debió fundamentalmente a la gran

¹⁴ Datos extraídos de los resultados del primer y el tercer censo nacional. Citado por Mirta

cantidad de inmigrantes que ingresaron entonces a la Argentina, y que se ubicaron en las regiones de mayor actividad económica. Resulta interesante mencionar que, de los ocho millones de inmigrantes llegados en el periodo comprendido entre 1870 y 1914, aproximadamente cuatro millones y medio retornaron a sus países de origen, en su mayoría desilusionados con la realidad económica del país que distaba bastante de la soñada por quienes arribaban por primera vez al Río de la Plata.

El proyecto agroexportador no se desarrolló sin conflictos políticos. La principal oposición provino de la Unión Cívica Radical, con Leandro Alem¹⁵ como primera gran figura. Su suicidio, ocurrido en 1896, derivó en el ascenso político de su sobrino, Hipólito Yrigoyen. La actividad política de este último había comenzado al ser electo diputado provincial, y continuado luego con su nombramiento como diputado nacional. La proscripción sufrida por la UCR llevará a que, hacia fines del siglo XIX, el partido desarrolle una línea política intransigente, caracterizada por la abstención electoral permanente, la denuncia de fraudulento al sistema de votación y la utilización de la protesta armada como recurso válido de oposición.

Para la misma época, la clase trabajadora comenzó a explorar espacios de reunión y expresión política, en los que se inició la lucha por distintas reivindicaciones obreras. En un principio se trató de asociaciones que buscaban resolver pro-

Zaida Lobato, Los trabajadores en la era del progreso, en: *El progreso la modernización y sus límites (1880-1916)* Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

15 Su apellido originalmente era Alen pero lo había modificado para diferenciarse de su padre, Leandro Alen quien había sido ahorcado por pertenecer a la mazorca rosista.

blemas puntuales de los agrupados, tales como la Sociedad de Ayuda Mutua creada por los tipógrafos en 1854. Con el correr de los años estas instituciones y las que reunían a los inmigrantes por sus países de procedencia, se volvieron fundamentales como herramienta social de los reclamos laborales de los trabajadores. Cabe recordar que, por entonces, las condiciones de trabajo eran infrahumanas y que la jornada laboral se extendía de sol a sol. La *Ley de descanso dominical*, por ejemplo, fue recién sancionada en 1905 y era sólo efectiva en la Capital Federal, siendo además constantemente violada por los empresarios sin perjuicio alguno.



▲ Los talleres de Vasena y las chatas incendiadas en su puerta, inicio de los eventos más violentos.

En 1890 se realizó en nuestro país el primer acto conmemorativo de la matanza de obreros ocurrida en Chicago el 1^{er} de mayo de 1886, un recordatorio que nucleó a distintos grupos y organizaciones de obreros. El germen de ese encuentro se consolidó en 1894, cuando nació el Partido Socialista y comenzó a editarse el periódico *La Vanguardia* con el objeto de expresar sus ideas políticas. El nuevo siglo trajo la creación, en 1901, de la primera organización nacional de trabajadores, denominada Federación Obrera Argentina, que en 1905 se transformó en Federación Obrera Regional Argentina bajo la bandera anarco-comunista. El control que los anarquistas ejercían sobre la FORA llevó al Partido Socialista a impulsar la creación de una nueva entidad de agrupación obrera; nació entonces la Unión General de los Trabajadores en 1903.

En el curso de los siguientes años, se produjo el surgimiento de diversas agrupaciones sindicales, de corte socialista algunas y anarquistas otras, que nuclearon a los obreros en función de la industria en la que se desempeñaban y cuyos dirigentes compitieron con frecuencia por el control político de las mismas, pero que en su conjunto conformaron el inicio de las instituciones sindicales del país. Con sus distintas variantes, este conjunto de organizaciones canalizó la expresión política de sectores que no podían manifestarse dentro del régimen establecido, ya que los momentos de votación no eran los indicados para revelar su descontento debido al férreo control ejercido por los conservadores que dirigían el país. Votar no era cosa sencilla antes de 1916, sólo lo hacían los propietarios establecidos y que supieran leer y escribir, además de que no era secreto ni en privado, por lo que quien tenía más matones a sueldo garantizaba la elección. Eso al margen de que el pueblo no tenía, ni podía tener, representantes a quienes votar.

Para la élite gobernante, los conflictos planteados por los grupos obreros eran producto de extravíos o de la influencia de extranjeros que llegaban imbuidos de las ideas de los movimientos revolucionarios europeos y que buscaban la disgregación social. Tal vez por ello la represión de los trabajadores fue habitual desde las primeras manifestaciones e incluso en 1902 se sancionó la Ley de Residencia, que posibilitaba a las autoridades deportar al país de origen a los extranjeros detenidos en disturbios o manifestaciones obreras.

Vale la pena mencionar que un pequeño grupo modernizador intentó, sin demasiado éxito, modificar las opiniones de la línea más conservadora, admitiendo para ello algunas reivindicaciones para los trabajadores y buscando organizar la relación entre el trabajo y el capital. Encabezado por Joaquín V. González, este grupo redactó en 1904 un *Código de Trabajo* en el que se proponía la implementación de algunas de sus propuestas; sin embargo, en 1910, los actos de conmemoración del Centenario trajeron una oleada de protestas que fueron nuevamente contestadas con una fuerte represión dirigida sobre todo a las filas anarquistas. Luego del Centenario se promulgó la Ley de Defensa Social (Ley 7.029) que continuaba con la política represiva y prohibía las manifestaciones obreras bajo amenaza de distintas sanciones.

El constante incremento de la población y el creciente descontento de las clases populares llevaron al Gobierno nacional a intentar un acercamiento mediante la promulgación de la Ley de Reforma Electoral. Esta, en 1912, bajo la presidencia de Roque Sáenz Peña tenía como objetivo principal la inclusión en la arena política del más fuerte enemigo político del oficialismo: la UCR.



▲ Militares en posición para detener las manifestaciones, armados con ametralladoras de grueso calibre.



▲ Automóvil con un grupo paramilitar armado, que recorre la ciudad para reprimir a los huelguistas.

Hasta entonces, la UCR no había participado en las elecciones por considerarlas fraudulentas, a la vez que intervenía en algunas acciones armadas contra el Gobierno. La sumatoria opositora de la UCR y la clase trabajadora, con sus organizaciones políticas, fue demasiado para el gobierno, que tuvo que ceder a la presión reformista. Sin embargo, esta ley electoral conocida como Ley Sáenz Peña estaba lejos de satisfacer las necesidades de los trabajadores; de hecho, ni siquiera era un canal legítimo de su expresión política, dado que solamente habilitaba a votar a los varones nativos mayores de edad, dejando nuevamente afuera a los trabajadores inmigrantes. Teniendo en cuenta que hacia 1915 casi un tercio de los obreros lo eran, resulta entendible por qué los resultados de las elecciones no representarían para ellos un cambio significativo. Pero sí lo sería para Partido Radical. El bloque conservador, ante el temor de las manifestaciones obreras, brindó a la UCR una inédita posibilidad electoral que tornó inocua su posición política antiparticipativa y la distanció de las masas que seguirían en lucha por sus reivindicaciones.

Los conservadores perdieron las elecciones provinciales de 1912 en Santa Fe, de 1914 en Entre Ríos y de 1915 en Córdoba. En 1916 y luego de una campaña sin muchas apariciones públicas, el candidato radical Hipólito Yrigoyen obtuvo cerca del 46% de los votos; su llegada al poder se resolvió, sin embargo, por el sistema de elección indirecta a través de electores¹⁶. Yrigoyen asumió el 12 de octubre de 1916. El entusiasmo popular por la llegada al poder del radicalismo fue

16 Este sistema fue modificado por la reforma electoral de 1994, que impuso además el *ballotage* como método de definición.

enorme¹⁷, y condensó las esperanzas de cambio de un vasto sector de la población que se ilusionaba ante el quiebre de la política de los conservadores. Sin embargo, las cosas se complicaron más temprano que tarde para el nuevo presidente al no poder satisfacer las exigencias de los diferentes grupos sociales.

La primera traba que tuvo el nuevo mandatario fue la oposición conservadora que había mantenido el control en el Congreso y que dificultó las iniciativas surgidas del Poder Ejecutivo. Cuando los radicales lograron reunir la mayoría en diputados fue la Cámara de Senadores el nuevo bastión conservador.

La segunda dificultad vino de la mano del contexto internacional. La posición neutral que había adoptado oficialmente el Poder Ejecutivo fue percibida como políticamente inadecuada desde distintos sectores, tentados a ceder ante la presión para alinearse con los Aliados –bando que finalmente triunfó con la ayuda de los Estados Unidos-. Dado que la economía argentina estaba íntimamente relacionada con la de los imperios de la época, sobre todo la de Gran Bretaña, el retraimiento de las operaciones comerciales y la merma en el ingreso de capitales debidos a la guerra se plasmaron en una importante caída de la actividad económica que perjudicó duramente a los trabajadores y que marcó el inicio de grandes movimientos de protesta.

17 Las crónicas del día 12 resaltan que una multitud acompañó a Yrigoyen desde el Congreso a la Casa de Gobierno e incluso desengancharon los caballos que llevaban al flamante presidente haciéndose cargo los propios seguidores del traslado del coche presidencial.

El malestar en los grupos populares comenzó a sentirse hacia 1914, pero se agudizó a fines de 1917, cuando la lenta suba de los precios internacionales empezó a beneficiar a los productos exportados desde la Argentina pero sin que ello se reflejara en los salarios de la clase obrera, que por esos tiempos vivía días aciagos. Los indicadores son claros en tal sentido: un salario que en 1914 era de 100 había decaído en 1917 a 72 y en 1918 a 61.7¹⁸. El costo de vida, si se establece un costo de 100 para 1910, en 1917 había ascendido a 146 y en 1918 a 173¹⁹. La desocupación había ascendido en la Capital Federal a 10.8 %.

Los trabajadores recibieron los cambios con reclamos, apoyándose en años de experiencia para realizar sus acciones; para ese entonces, se había organizado ya en 1902 la primera huelga general del país. Para el fin de la Primera Guerra Mundial, la cantidad de afiliados a las organizaciones gremiales se había incrementado y continuó por años, revirtiéndose así los efectos de la fuerte represión sufrida en las celebraciones del Centenario²⁰.

Sin embargo, para 1919 y en relación con la cantidad total de obreros inmigrantes que trabajaban en la ciudad, el número de afiliados a organizaciones sindicales en la Capital

18 Edgardo Bilsky, *La semana trágica*, Buenos Aires, CEAL, 1984. p. 40.

19 Julio Godio, *La semana trágica de enero de 1919*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985. p. 16.

20 El 1º de Mayo de 1909, una multitudinaria marcha organizada por los anarquistas sufrió una brutal represión. La manifestación en Plaza Lorea fue atacada por la policía que en pos de dispersarla disparó a mansalva dejando ocho muertos y más de 100 heridos. En noviembre Simón Radowitzki, un joven anarquista de diecinueve años mató al jefe de la policía, el Coronel Falcón con una bomba casera, porque había estado a cargo de la represión de mayo. La libertad de Radowitzki se convertiría en bandera de lucha del anarquismo por los años siguientes.

Federal continuaba siendo escaso, y era incluso inferior en el interior del país, donde el nivel de organización de la clase trabajadora era aún menor y había muy pocos grupos sindicalizados.



▲ Herido al momento de ser trasladado por los servicios de emergencia.

El eje agroexportador había llevado a constituir al transporte como la principal actividad laboral. En 1914 la actividad empleaba a unas 45.000 personas nucleadas en torno a los ferrocarriles, los tranvías y las actividades portuarias. La importancia de las grandes empresas transportistas en el esquema económico era enorme, sólo comparable con la de la industria frigorífica o la de las centrales eléctricas. La adhesión de los afiliados de la Federación Obrero Ferroviaria y la Federación

Obrera Marítima a la FORA hicieron de esta última la institución sindical de mayor peso, máxime si se tiene en cuenta que una huelga del transporte podía paralizar al país entero.

El cambio de autoridades nacionales del año 1916 se realizó en medio de una oleada de huelgas que se llevaron adelante con firmeza pero con resultados dispares. El nuevo gobierno marcó un cambio fundamental en lo que respectaba a las políticas de manejo de los conflictos laborales, pretendiendo distanciarse de la mera represión que había sido la norma hasta el momento. A poco de haber asumido, el propio Yrigoyen medió en un conflicto que involucró a la Federación Obrera Marítima, arbitrando a favor de los reclamos obreros e inaugurando de este modo una nueva vía posible de solución de conflictos. Sin embargo, no iba a ser ésa la posición habitual del Gobierno: en marzo de 1917, una huelga de empleados municipales fue reprimida de igual forma como se había hecho durante los años anteriores. El arbitrio de Yrigoyen se reveló entonces como poco uniforme, variando de acuerdo con el conflicto en que intervenía. Ante esta estrategia oficial, los grupos sindicalistas buscaron obtener los mayores réditos posibles, mientras que aquellos grupos obreros dirigidos por anarquistas se opusieron al Gobierno y a cualquier tipo de negociación.

El ciclo de conflictos abierto en 1916 con la mencionada huelga continuó con otras menores en 1917, hasta que el 24 de septiembre se convocó a una huelga general que afectó fuertemente a los ferrocarriles y puso en conflicto prácticamente a todo el sector: Otras agrupaciones sindicales importantes se solidarizaron con el reclamo y paralizaron también sus actividades.

La coyuntura desencadenante de 1918

Durante el año 1918 desarrollaron eventos clave que sirvieron como prelude a los hechos de la Semana Trágica. En ese año se produjo la Reforma Universitaria, llegaron a estas tierras las noticias sobre la Revolución Rusa y se inició el conflicto en los talleres de Pedro Vasena e Hijos que culminaría en los terribles sucesos de enero de 1919.

La Reforma Universitaria tuvo su epicentro en la Universidad de Córdoba y marcó un antes y un después tanto en los claustros académicos argentinos como latinoamericanos, dado que su propuesta se expandió a otras regiones. Hasta ese entonces las universidades eran un reducto de los sectores más encumbrados de la sociedad, funcional a sus intereses de clase y, sobre todo, cerrado y corporativista al extremo. Grupos de universitarios que no acordaban con esa tradición llevaron adelante un movimiento de protesta frente a innumerables arbitrariedades que sufrían día a día a manos de las autoridades universitarias y tuvieron eco en la Universidad de Buenos Aires y en la de La Plata. Impulsaron luego una serie de reformas de los estatutos y de la vida cotidiana en los claustros, logrando resultados positivos de la mano de un gobierno que, si bien no participó activamente en la transformación, vio con buenos ojos los cambios ocurridos y colaboró indirectamente con ellos. Cabe resaltar que si bien los beneficiarios inmediatos de esta reforma fueron los sectores medios de la sociedad, desde los espacios de los trabajadores se apoyó el movimiento y se vivió con entusiasmo la resolución del conflicto.

La sociedad argentina de 1918, con la importante cantidad de inmigrantes que la componía, consumía y esperaba con

ansiedad las noticias que le llegaban desde el extranjero, principalmente desde Europa, que por entonces sufría los efectos de la culminación de la Primera Guerra Mundial. Entre las novedades arribaron los primeros comentarios sobre la Revolución Rusa, producto de una población exhausta ante las guerras y hambrunas, que derrocó al zar Nicolás II y comenzó una transición que finalizaría con la toma del poder por parte de los bolcheviques dirigidos por Lenin y Trotsky. La Revolución se hizo eco de las solicitudes del pueblo ruso que por entonces reclamaba, como decían las pancartas, “Paz, pan y tierra”. De este modo el nuevo gobierno tomó la decisión de retirarse del conflicto bélico y concentrarse en realizar los necesarios cambios políticos y económicos internos. Las noticias de estos sucesos llegaban a la Argentina con poca claridad, tanto por las comunicaciones dificultosas como por la falta de precisiones sobre el rumbo que tomaría el nuevo grupo en el poder.



▲ La ciudad vacía y los militares y policías armados en las esquinas.

Los sectores de izquierda en nuestro país se mantuvieron expectantes y sólo dos grupos levantaron abiertamente la bandera reivindicatoria de la nueva Revolución Rusa. Estos fueron el grupo anarquista que publicaba el periódico *Bandera Roja*, y el Partido Socialista Internacionalista (que posteriormente se convertiría en el Partido Comunista Argentino). El buen recibimiento dado a la Revolución por los anarquistas se explica por su glorificación del maximalismo del grupo de Lenin antes que por su adhesión al marxismo. De este modo, los anarquistas, que habían sido históricamente opositores al marxismo dentro de las filas de izquierda, veían en el maximalismo ruso un camino viable de transformación social.

Otro grupo que recibió con entusiasmo la Revolución Rusa fue el de los intelectuales que habían apoyado la Reforma Universitaria y que veían en ésta una usina de transformaciones sociales posibles. Entre ellos, José Ingenieros, quien brindó una conferencia en un teatro de la Capital Federal en noviembre de 1918 titulada "*La significación histórica del movimiento maximalista*", explicando las novedades de los eventos ocurridos en Rusia. Días más tarde, en una manifestación anarquista que reclamó por la liberación de Apolinario Barrera y Simón Radowitski, se explicó a los 30.000 participantes agolpados en cinco tribunas lo que significaba el maximalismo en Rusia; la reunión terminó con disturbios callejeros y el mismo jefe de Policía de Buenos Aires resultó herido.

Pero tal vez el sector más profundamente alterado por la llegada de las noticias de los cambios que se producían en Europa fue el conservador, aquél que había perdido terreno

en las elecciones de 1916 pero que aún contaba con un poder político significativo, y uno económico aún mayor. Ello se vislumbraba luego de cada huelga o mínimo conflicto, cuando se extendían los rumores de que existía un complot -unas veces organizado por el Partido Socialista, otras por enviados extranjeros- que amenazaba con atacar la ciudad y los privilegios de la élite. Esta paranoia se vio alimentada por los recurrentes reclamos que los trabajadores realizaron durante ese año, ante el incumplimiento en los pagos de sueldos, jornales o despidos. Sin embargo, las huelgas que habían tenido auge en 1917, con 136.000 trabajadores adherentes, habían bajado su intensidad en 1918 y para mediados de año se vivía un clima de aparente calma.



▲ Manifestación en apoyo a la huelga que incluye gran cantidad de niños.

Más allá de los supuestos, la vieja élite conservadora y los representantes del capital extranjero parecían haber asumi-

do por entonces que el gobierno del momento no representaba directamente a sus intereses, por lo que organizaron la creación de la Asociación Nacional del Trabajo, una entidad que tomaría como lemas la libertad de trabajo y la defensa de los derechos e intereses de la industria. En términos prácticos, esta asociación se ocupó de reclutar trabajadores para que actuaran como rompehuelgas en los conflictos gremiales, proporcionando a las empresas una mano de obra de recambio ante la ausencia potencial de obreros declarados en paro. La ANT no tardó mucho tiempo en comenzar a actuar, ya que a principios de septiembre de 1918 volvieron a surgir conflictos y en octubre la FOM se declaró en huelga, recibiendo numerosas adhesiones, lo que llevó a una caída de cerca del 30 % en la actividad económica del sector. La huelga se extendió hasta fin de año e incluyó diversos enfrentamientos entre trabajadores y grupos de rompehuelgas.

Para fines de ese año, en todo el país se vivía un momento agitado; el presidente Yrigoyen intervino aquellas provincias que generaban conflictos a su gobierno y en su propio partido, la UCR, se abrió un sector opositor, el llamado Grupo Azul que cuestionaba la política del mandatario. El 8 de diciembre de 1918 la Policía de la ciudad de Rosario se declaró en huelga, sembrando el pánico en el Gobierno provincial y en sectores de derecha que entendían esa huelga como el principio de un gran complot revolucionario, exagerando la proporción del reclamo, que sólo exigía el pago de los ocho meses de sueldo adeudados. Otros sectores de trabajadores fueron involucrándose en conflictos de distinta intensidad, entre ellos los trabajadores de la construcción, quienes fueron objeto de una violenta represión policial y el 1º de Enero de 1919 enterraban, asesinado por la Policía, al pintor Alfredo Castro.

El conflicto en los talleres Vasena y la Semana Trágica

La empresa metalúrgica Pedro Vasena e Hijos empleaba en 1919 a alrededor de 2500 operarios que se distribuían entre la planta industrial ubicada en Cochabamba y La Rioja, en San Cristóbal, y los depósitos que se encontraban en Pepirí y Santo Domingo, en Parque Patricios. Para ese entonces la familia Vasena había perdido la mayor parte del paquete accionario a manos de capitales británicos, cuyos representantes integraban el directorio junto con uno de los hijos del fundador.

Al igual que sus pares, la empresa se vio severamente afectada por los eventos de la Primera Guerra Mundial, habida cuenta de que muchos de sus insumos eran importados -como el carbón que daba energía a los talleres-, y que las importaciones habían mermado o se habían suspendido durante la conflagración. La empresa no absorbió entonces las pérdidas sufridas, sino que las trasladó hacia sus obreros quienes vieron reducirse sus jornales estrepitosamente o fueron directamente despedidos. Con el fin de la guerra la actividad comercial mostró un principio de recuperación y los trabajadores comenzaron a sindicalizarse para efectivizar los reclamos mantenidos desde hacía tiempo. Así, el 2 de diciembre de 1918 se inició una huelga solicitando la reducción de la jornada de trabajo de 11 a 8 horas, la implementación del descanso dominical (ya estipulado por la Ley pero aún no efectivo en Vasena), el pago de las horas suplementarias, la reposición de los delegados despedidos o suspendidos por sus actividades gremiales y la mejora en las condiciones de salubridad laboral.

Los reclamos no fueron escuchados por los directivos de Vasena, quienes se sentían seguros debido a sus contactos políticos y al respaldo de la ANT. La empresa tenía como asesor legal a Leopoldo Melo, un influyente dirigente radical que, pese a estar distanciado de Yrigoyen resultaba una figura de peso al momento de solicitar ayudas oficiales. Por su parte, durante los primeros días de la huelga, la ANT había enviado a sus partidarios a suplir la falta de mano de obra en la fábrica. Ante la intransigencia de la empresa, el conflicto se agudizó y los obreros en huelga comenzaron a ser hostilizados por la Policía, lo que generó una serie de disturbios en los primeros días de 1919. De los enfrentamientos salió herido un cabo de policía, que falleció en el hospital el 5 de enero. Para algunos autores, esa muerte es clave para entender el agresivo comportamiento de la policía en las jornadas siguientes.

Durante esa primera semana del año Vasena había logrado continuar con su producción diaria pese a la huelga de su personal, contando -como ya mencionamos- con el apoyo de trabajadores rompehuelgas que ocupaban los lugares de quienes no concurrían. Sin embargo, el 6 de enero se plegaron a la huelga los capataces que hasta el momento no lo habían hecho y los obreros metalúrgicos, que ya llevaban más de un mes en conflicto, sintieron que finalmente podían frenar las actividades de la empresa. El día 7 de enero se reunieron en los alrededores del taller para presionar a quienes concurrían a trabajar exigiéndoles que se sumaran a la huelga.

La empresa Vasena disponía de una serie de chatas que diariamente recorrían el camino entre sus depósitos y los talle-

res, transportando las materias primas necesarias para la manufactura de sus productos. Ese 7 de enero por la tarde, los huelguistas intentaron convencer a los conductores de las chatas de que desistieran de lo que la mayoría percibía como una actitud contraria a sus intereses. A las 15:30, y a pesar de que la presión de los huelguistas no pasaba de vivaces improperios, los conductores de las chatas comenzaron a disparar con armas de fuego sobre la multitud de obreros que se encontraban con sus mujeres y niños. Este primer tiroteo sobre los trabajadores en paro fue seguido por la Policía, que sin dudarle comenzó a disparar sobre la aglomeración de personas que se encontraba en la zona, sembrando el terror entre los huelguistas y también entre los vecinos y transeúntes.

El tiroteo duró cerca de dos horas e involucró a 110 policías y bomberos armados con fusiles Mauser. En una extensión de 600 metros se dispararon más de dos mil tiros, cuyo saldo, entre los manifestantes y vecinos, fue de cuatro personas muertas y más de treinta heridos. En las fuerzas policiales el saldo fue de tres heridos leves.

La noticia de lo ocurrido sobrevoló la ciudad, que se asombró ante la feroz represión. Por la noche se hizo presente en la zona del tiroteo una comisión del Partido Socialista, que incluyó desde funcionarios del Estado a dirigentes obreros. El grupo emitió una declaración en la que manifestó que el accionar de la Policía los hacía pensar que seguía un plan previamente trazado para intimidar a los vecinos del barrio que se habían solidarizado con los huelguistas. Esta declaración aumentó la incertidumbre del público, que no alcanzaba a dilucidar si la Policía había actuado por orden del Gobierno

o si simplemente buscaba venganza por el cabo muerto días antes.

La misma noche del 7 de enero la dirección de Vasena recibió el respaldo de grupos conservadores y de la ANT. Desde el Gobierno y a través del Departamento Nacional del Trabajo, se le solicitó, entre otras cosas, que aceptara recibir una comisión de huelguistas y que concediera 12 % de aumento y una reducción de las horas de trabajo como manera de mediar en la situación. El Directorio de Vasena se comprometió a dar un aumento, pero inferior al solicitado; y ordenó el cambio del recorrido de las chatas que iban desde los depósitos en Nueva Pompeya a los talleres situados en Cochabamba, para engañar a los huelguistas y que la fábrica siguiera operando de alguna forma.

El 8 de enero fue un día de manifestaciones pero sin enfrentamientos y los trabajadores acordaron realizar un cortejo fúnebre al día siguiente, juntamente con el velatorio y traslado de los restos de los obreros asesinados el día anterior. Desde la agrupación de obreros metalúrgicos se convocó a una huelga de 24 horas para acompañar el cortejo al día siguiente. La FOM, también en huelga, se había reunido en asamblea general y se declaró solidaria con los obreros de Vasena, decidiendo además movilizarse para el entierro de las víctimas. Diversas organizaciones obreras expresaron su “calurosa solidaridad” con los obreros en huelga, considerando sus reclamos como justos y merecedores de satisfacción, a la vez que otras convocaron a una huelga general y movilización para el entierro del día 9. Por su parte, otros sindicatos autónomos como los estatales o los cocheros llamaron a solidarizarse ante lo ocurrido, y los vecinos del barrio de Nueva Pompeya

decidieron en reunión cerrar las puertas del comercio y la industria del barrio como protesta y en homenaje a los obreros muertos. El jueves 9 de enero fue el día más agitado. Desde la mañana temprano los restos de los cuatro obreros asesinados fueron velados en el local de Metalúrgicos Unidos de Nueva Pompeya y en un local del Partido Socialista cercano a los talleres Vasena. La afluencia de trabajadores hacia esos dos lugares fue multitudinaria y desde los mismos locales se organizaron grupos que salieron a buscar la adhesión a la huelga y a la movilización que comenzaría horas más tarde. Estos grupos detenían tranvías y vehículos particulares, e incluso llegaron a incendiar un número considerable de unidades cuyos conductores no adherían a los reclamos. Por la mañana dos chatas de Vasena que, recién salidas del depósito circulaban cerca del Riachuelo, corrieron la misma suerte.

Poco a poco y por toda la ciudad se sucedieron asambleas llamando a participar de las manifestaciones y comenzó a generalizarse una adhesión espontánea a la huelga desde distintos sectores: obreros de Alpargatas, fabricantes de pastas y confiteros, ebanistas, escultores y obreros de los talleres portuarios del Riachuelo, de los aserraderos y descargas de maderas, todos decidieron plegarse al reclamo. En los alrededores de los talleres Vasena se vivía un estado de excitación histórico, una cantidad inusitada de gente deambulaba por el lugar y desde los balcones y ventanas de las casas se esperaba con flores el paso del cortejo fúnebre. En cierto momento, un grupo que realizaba un piquete frente a la fábrica comenzó a arrojar piedras hacia adentro mientras los directivos se reunían con una delegación de la ANT; ante la caída de los proyectiles, se decidió llamar a las autoridades y al embajador inglés. El Gobierno envió entonces al recién-

temente asumido jefe de Policía²¹, el doctor Elpidio González y, mientras él se encontraba dentro del establecimiento, los obreros incendiaron su coche.

A medio día la ciudad estaba paralizada, había muy poco transporte e incluso a los empleados estatales se les permitió retirarse de sus funciones más temprano de lo habitual. Distintas esquinas de Nueva Pompeya mostraban la presencia de barricadas y ya comenzaba a haberlas en otros barrios obreros.

A las 13 se inició el cortejo fúnebre con una movilización de hombres, mujeres y niños. Se veían algunas banderas rojas. Delante del cortejo iban 150 hombres armados y un coche con la dirección de la FORA. Los féretros eran llevados por la multitud. Al pasar frente a los talleres Vasena personas no identificadas abrieron fuego desde adentro sobre el cortejo, lo que produjo un caos e indignación general. Los manifestantes rodearon inmediatamente la fábrica y quemaron los depósitos de carbón y madera y uno de los talleres. Varias armerías aledañas fueron asaltadas por los manifestantes y los enfrentamientos con las fuerzas represivas se generalizaron. El Gobierno, que había decidido el acuartelamiento general de las fuerzas de seguridad, envió refuerzos hacia la zona y cuando éstos llegaron allí se intensificó el tiroteo; para las 18 de la tarde, los soldados del 2^o cuerpo de infantería utilizaban ametralladoras pesadas. Recién dos horas después los tiroteos comenzaron a disminuir en intensidad.

21 El gobierno había reemplazado al anterior jefe de Policía, el Dr. Denovi, por alguien más cercano a la órbita presidencial como era Elpidio González. Además, el mismo 9 de enero se había decidido un aumento general de salario para la policía y el personal de correos.

Mientras tanto, el cortejo fúnebre continuó su recorrido fuertemente diezmado, enfrentándose intermitentemente con la Policía hasta llegar al final del trayecto, el cementerio de la Chacarita, cerca de las 19. Cuando algunos de los participantes intentaron hacer uso de la palabra para dar el último adiós a los cuerpos, fueron atacados desde distintos sectores por tropas del Ejército que los esperaron atrincheradas y escondidas. El descalabro fue general y los féretros quedaron sin sepultar. El saldo final de este episodio fue de entre 3 y 20 muertos, número que varía en función de la fuente consultada.

En otros lugares de la ciudad se daban al mismo tiempo enfrentamientos entre manifestantes, bomberos y policías. Una iglesia ubicada en Corrientes y Yatay terminó incendiada en un confuso episodio en el que no faltaron los tiroteos desde la iglesia a los manifestantes y viceversa. Por la tarde el Ejército, que ya vimos presente desde temprano en los alrededores de Vasena, copó las calles y se militarizó la ciudad entera. El Ejército se había trasladado desde Campo de Mayo bajo las órdenes del Gral. Luis J. Dellepiane. Poco a poco, más efectivos de las fuerzas armadas se concentraron en la Capital —algunos llegados incluso desde Salta— y la ciudad quedó sumida en el terror. Dellepiane se instaló en el Departamento Central de Policía, desde donde dirigió en los días siguientes las operaciones represivas.

Esa misma noche el Consejo Federal de la FORA llamó, ahora sí, a una huelga general en repudio a la masacre; también lo hizo el PS, el que además insistió en que no había sido la clase obrera la que había provocado los desmanes, buscando poner paños fríos a la violencia desatada. Los anarquistas,

por su parte, sostuvieron que el pueblo estaba preparado para una Revolución Social, y enumerando las acciones obreras buscaron darle a la huelga un carácter activo.

El 10 de enero la ciudad amaneció en Estado de Sitio, si bien éste no había sido declarado formalmente por el Congreso²². La mayoría de los trabajadores se encontraba en huelga y las tropas del Ejército patrullaban las calles junto con la Policía. Comenzó así un nuevo flagelo: la especulación sobre el precio de los alimentos de primera necesidad, a partir de su escasez ante el paro de los frigoríficos y el cierre de las panaderías. Hubo saqueos a comercios y algún enfrentamiento aislado entre manifestantes y fuerzas represivas, cuyo control estaba claramente en manos del Ejército. La mayoría de los trabajadores se recluyó para no ser víctima de la represión.

La FORA llevó adelante gestiones con el Gobierno y logró los objetivos planteados por los huelguistas de Vasena; por este motivo llamó luego a los trabajadores a la prudencia y al regreso a la calma, si bien la rama anarquista de la Federación siguió impulsando la huelga -aunque encontrando cada vez menos respuesta de la clase obrera y un pueblo aterrorizado. A pesar de ser el 10 y el 11 de enero los días de mayor adhesión a la huelga, los enfrentamientos decayeron ante la brutal represión. Las noticias llegadas de Europa produjeron aún más alarma entre los grupos conservadores, ya que a los hechos de la Revolución Rusa se sumaron huelgas en diversos países y el comienzo de la revolución espartaquis-

22 La Cámara de Diputados de hecho lo aprobó, pero no así la de Senadores donde los radicales eran minoría.

ta en Alemania²³. Luego de la jornada del 9, esas mismas facciones conservadoras comenzaron a organizarse y constituyeron el grupo de Defensores del Orden, que más tarde mutaría en la Liga Patriótica. La Liga se reunía en el Centro Naval y estaba constituida por jóvenes de la élite que recibieron instrucciones por parte de los marinos liderados por el contralmirante Domecq García. Estructurados como una organización parapolicial, dichos jóvenes patrullaron las calles cometiendo impunemente todo tipo de atrocidades.

Abundan los relatos sobre los crímenes de la Liga Patriótica, del Ejército y de la Policía, y todos coinciden en que existió una persecución sistemática contra los trabajadores en general y contra los judíos en particular. Por entonces se asociaba a los judíos con los rusos o maximalistas, lo que -sumado al antisemitismo endémico- proporcionaba la justificación que necesitaban para atacar barrios enteros como el de Once, histórico reducto de la comunidad judía de Buenos Aires.

Las irrisorias historias creadas por la Policía y los sectores conservadores, con el apoyo de cierta prensa, para justificar la brutal represión contra la clase obrera fueron, en buena medida, extraordinarias y absurdas. De esta manera, el ataque puntual a alguna comisaría pidiendo la libertad de trabajadores detenidos se transformó en los relatos de los sectores de derecha en una sucesión de ataques contra las delegaciones policiales, llegando incluso a proponerse la hipótesis de que se planeaba un ataque al Departamento Central de Policía. Ello resultó en una confusión de la guardia

23 Se trata del levantamiento que tuvo su apogeo en la misma fecha que la Semana Trágica y en el que sus líderes, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, fueron asesinados.

de ese edificio que, al escuchar tiros a la distancia, pensó que se encontraba bajo ataque y comenzó a disparar, lo que llevó luego a un agente a cortar la luz, organizándose la defensa frente a un enemigo que no existía. Algo semejante sucedió en el Correo Central cuando empleados que se retiraban del establecimiento fueron confundidos con supuestos agresores nocturnos.

José Ramón Romariz, por entonces comisario policial, recuerda haber recibido una circular telegráfica urgente y reservada que decía: "*Hacer fuego sin preaviso contra los revoltosos sorprendidos sabotando las vías férreas, o alumbrando incendios, o todo acto de ese tipo*"²⁴. Asimismo, recuerda cierta noche en la Comisaría 24 de la Boca en la que hicieron uso de una ametralladora sin otra justificación que la de amedrentar al vecindario.

Los disturbios en la ciudad se extendieron hasta el día 17 de enero, momento en el que comenzaron a mermar los enfrentamientos en la ciudad y los trabajadores volvieron a sus puestos. Al final de la semana los obreros de los talleres Vasena habían logrado hacer valer sus reclamos: la jornada de once horas quedó reducida a ocho horas, se repuso a los obreros cesanteados y se aprobó un aumento escalonado de los sueldos, además de un 50 % de incremento en las horas extras. El precio pagado por ello fue demasiado alto.

24 Romariz dice que de esa, como de otras circulares de ese estilo, tenían orden de destruir los originales. Citado por Edgardo Bilsky. *La semana trágica*, op. cit. pág. 122.

Conclusión

Las discusiones sobre el verdadero interés de los huelguistas en la Semana Trágica han enfrentado a los historiadores, situando por un lado a quienes entienden que los intentos revolucionarios y de cambio social radical existieron y fueron concretos, y por otro lado a los que minimizan la dimensión de la movilización producida²⁵. Creemos que si bien hubo sectores, como los anarquistas, que impulsaron la huelga revolucionaria y tenían objetivos amplios, la mayoría de los trabajadores se había levantado indignada ante la violencia desatada por las fuerzas policiales y que la magnificación de los alcances del levantamiento fue una estrategia de los sectores conservadores para justificar la violenta represión de la clase obrera. Es difícil definir o reconocer los límites exactos de lo sucedido y entre lo que fue acción y reacción, pero lo concreto es que nunca la ciudad había vivido sucesos de esa magnitud y los hechos dejaron una huella indeleble.

El recuerdo de esa semana de enero de 1919 permaneció fresco en la memoria de los trabajadores hasta muchos años más tarde. En junio de 1945 Juan Domingo Perón trajo a cuenta lo entonces ocurrido cuando, en plena construcción de su liderazgo y enfrentándose a sectores patronales, advirtió que éstos

“...parecerían reclamar una nueva Semana Trágica para asegurarse otros veinticinco años de tranquilidad. Este go-

²⁵ Entre los primeros estarían los trabajos de Bilsky y Godio y entre los segundos los de David Rock.

*bierno no lo hará. No asegurará ni 25 años ni 25 días de tranquilidad a los capitalistas siguiendo el ejemplo doloroso de la Semana de enero de 1919, pues la sangre de los trabajadores sacrificados entonces no debe refrescarse con nuevos actos de injustificada violencia oficial*²⁶.

Más allá de las interpretaciones posibles, es indudable que la Semana Trágica se cuenta entre los tristes episodios que forjaron el camino de los trabajadores argentinos en la lucha por sus derechos laborales, y que los hechos entonces ocurridos impactaron de modo significativo en la memoria nacional.

26 Diario *La Razón*, 17-6-1945. Norberto Galasso, *Perón: Formación, ascenso y caída (1896-1955)*, Buenos Aires, Ed. Colihue, 2005, pág. 59. Perón ya se había referido a la Semana Trágica señalando que “se dijo que eran comunistas, pro-rusos; me inclino a pensar si no eran solamente pobres argentinos azotados por miserias fisiológicas y sociales”; en: Enrique Pavón Pereyra, *Diario secreto de Perón*, Buenos Aires, Sudamericana-Planeta, 1985, pág. 18.

Los establecimientos Vasena: antecedentes históricos y descripción arquitectónica

Jorge Pablo Willemsen y Marcelo Waissel



▲ Los talleres Vasena en su frente de la calle Cochabamba.

Si bien los orígenes de la metalurgia nacional moderna se remontan a los aislados talleres y herrerías artesanales de fundición que existieron en nuestro país durante la colonia, y a las fabricas de armas y fundiciones militares que se desarrollaron principalmente en torno a las guerras de la Independencia, lo cierto es que fue recién en la segunda mitad del siglo XIX, cuando lentamente se inició el desarrollo de la industria metalúrgica. La industrialización de la actividad fue consolidándose en base a una red de pequeños talleres

-mecánicos, fundiciones y herrerías- que utilizaban poca mano de obra y escasísima tecnificación, lo que los vinculaba directamente con el modelo agroexportador entonces imperante. Luego comenzaron tímidamente los requerimientos de equipamiento industrial -ferrocarriles, puertos, servicios públicos- y de infraestructura -molinos, destilerías, frigoríficos- hasta que, a fines de siglo, la demanda surgida de la industria de la construcción que florecía en los grandes centros urbanos del país, le dio el impulso definitivo.

Zamboni, Vasena, Pinoges, Baldor, Ottonello y Rezzonico fueron, entre otras, las industrias pioneras de la actividad y las que respondieron individualmente a las demandas del mercado interno de la época. Pese a nunca haber estado articuladas política o institucionalmente en un programa de desarrollo, sentaron las bases de lo que sería el crecimiento tecnológico y cultural de la industria sidero-metalúrgica nacional.

Laminación de Hierro El Carmen / La Cantábrica

En 1890, en los talleres de Laminación de Hierro El Carmen de Baldor, Roques, Cadret y Cía, se realizó la primera laminación en caliente de la Argentina. Una serie de *fagots* o atados de chatarra, fueron entonces pasados por un horno de recalentamiento hasta alcanzar una temperatura próxima a los 1000°; luego, una vez ya al rojo, se realizaba el laminado, un proceso que implicaba su aplanado y estirado. El destino específico del producto laminado era servir como insumo para la elaboración propia de maquinaria agrícola, motivo por el cual la venta de laminados como producto propiamente dicho fue nula. En 1912 El Carmen se transformó

en La Cantábrica, al fusionarse con otra empresa que, como tantas, llevaba el nombre de su fundador, Drysdale, quien sería accionista y miembro del directorio del nuevo emprendimiento.

La Cantábrica, al igual que la mayor parte de los talleres de laminación de hierro, utilizaba hornos alimentados con carbón mineral, pero su escasez durante la Primera Guerra Mundial y el consecuente incremento de su costo, la llevó a implementar estrategias que le permitieran reducir el consumo. Así, las instalaciones industriales comenzaron a utilizar, cuando era posible, combustibles alternativos como por ejemplo petróleo nacional, que fue empleado en algunos casos para alimentar hornos de laminación y calderas.

Hacia 1920, La Cantábrica, que hasta ese entonces había estado ubicada a pocas cuadras de Parque Lezama, terminó de equipar un nuevo establecimiento en la calle Martín García, concretando además la compra de varios predios en otros puntos de la ciudad, lo que puede ser interpretado como el inicio de un proceso de relocalización urbana de su establecimiento de acuerdo con una nueva lógica territorial de descentralización y apertura de nuevas vías de comunicación.

Talleres metalúrgicos Vulcano

En 1896 se establecieron en Buenos Aires los talleres metalúrgicos Vulcano. Sus instalaciones poseían fragua forja y herrería, y posteriormente incorporaron el estampado con prensas. Hacia 1900 iniciaron el proceso que culminó en 1906 con la laminación de perfiles doble T de 80 a 160 mm con soporte técnico francés. La producción de este tipo de

vigas, fundamental para la construcción y obras de todo tipo que comenzaban a desarrollarse en la época, fue un avance enormemente significativo. La producción de la empresa incluyó también trabajos de laminación, y al carecer de acería en los inicios, utilizaron asimismo el sistema de paquetes o *fagots* de chatarra.



▲ El interior de uno de los talleres de fundición de Vasena. Se observa la acumulación de objetos y el vapor que impide la buena visión, pese al obvio arreglo para la foto.

Entre 1908 y 1910, la metalúrgica se embarcó en la construcción de la acería más importante del país, equipada con un horno Siemens-Martin de calentadores alimentados a petróleo crudo. A partir de ese momento, el viejo sistema de paquetes de chatarra fue sustituido por el de fundición directa en sus hornos. Toda la tecnología empleada en la producción de esta metalúrgica era francesa, al igual que en La Cantábrica y a diferencia de Vasena, que utilizaba mecanismos ingleses. Talleres Vulcano llegó a tener seis hornos de este tipo, pero la muerte del dueño de la que siempre fue

la empresa familiar de los Pinoges, dio comienzo a un período de declive que desembocó en la disolución definitiva de la firma en 1952.

La Acero Platense

La empresa se constituyó en 1903, cuando fueron adquiridos los talleres de la sucesión de Felipe Schwartz ubicados en la calle Patricios, próximos al Riachuelo. La intención del nuevo emprendimiento fue la laminación de hierro y acero, así como la construcción y reparación de maquinaria industrial, artículos rurales y demás productos de la rama metalúrgica. Para ello, incorporaron tres trenes de laminación de barras de origen alemán –de hecho, toda la tecnología empleada por estos talleres era alemana-, y cuatro hornos de recalentamiento para trabajar también a partir de *fagots* de chatarra. Para 1910 la empresa se encontraba ampliando sus talleres, y había puesto en funcionamiento la sección de construcciones metálicas, pero problemas internos llevaron a la disolución de la sociedad comercial y al cierre del emprendimiento.

Talleres Pedro Vasena e Hijos

Fundada en 1870 por Pedro Vasena, la empresa inició sus actividades como taller de herrería y alcanzó con ello gran reconocimiento local, lo que le permitió desarrollarse rápidamente. Hacia 1885, se instaló en un predio ubicado en la intersección de las calles La Rioja y Cochabamba, en lo que por ese entonces eran los imprecisos límites de la ciudad. Paralelamente Vasena desarrolló una estrategia de localización regional instalando plantas industriales en las ciudades

de Rosario y La Plata, depósitos y un centro de distribución en el puerto de la Boca. Entre los años 1910 y 1915 los talleres se convertirían en el mayor establecimiento metalúrgico de Sudamérica.

En los inicios del siglo XX Vasena estaba desarrollando su proyecto más ambicioso: convertir a los talleres en un gran establecimiento con acería que superara holgadamente en capacidad la producción de Vulcano, única del país en ese momento. Para llevar adelante dicho emprendimiento y por la gran demanda de capital requerido se creó en 1912 una sociedad anónima con participación de capitales británicos, constituyéndose entonces la *Argentine Iron and Steel Manufactory, formerly Pedro Vasena e hijos*. Para ello se compró un gran predio en terrenos sobre el Riachuelo, en 1917 se anunció la compra de trenes de laminación y en 1918 se estaban ya laminando perfiles de acero en los talleres San Francisco.

Fue tan rápido el crecimiento que el conjunto industrial de la calle Cochabamba, proyectado a principios de siglo por el arquitecto Mario Geminiani, cayó rápidamente en la obsolescencia ante la imposibilidad de expandirlo; sin embargo, fue su desvinculación del sistema ferropuerto lo que afectó aún más severamente a la instalación. La ciudad se estaba consolidando en su entorno inmediato y el ramal ferroviario que lo conectaba con el puerto sería prontamente desafectado y levantado.

La muerte del fundador de la empresa ocurrida -en 1916- y la de dos de sus hijos encargados de tareas estratégicas, sumadas al cambio de la coyuntura económica luego de finalizada la guerra, a la elección de un nuevo presidente, a los

sangrientos episodios vinculados al establecimiento durante la Semana Trágica y a la falta de protección estatal para una industria pesada todavía embrionaria, condicionaron el futuro de la empresa en el momento en que llegaba a su apogeo.



▲ Los talleres Vasena en sus edificios sobre la calle Oruro.

Ante la crisis desatada al comienzo de la tercera década del siglo XX, la industria fue rápidamente adquirida por una firma australiana constituida para ese fin y que en pocos meses la vendió a su antes gran competidor, los talleres meta-

lúrgicos San Martín. El establecimiento de Cochabamba fue desafectado de la producción y su equipamiento utilizable trasladado al establecimiento San Francisco, que los nuevos dueños poseían en el Riachuelo. La acería fue parada, sus trenes de laminación vendidos y las naves que contenían los hornos de fundición pasaron a ser utilizados básicamente como depósitos.



▲ Playón para la estiba y carga de mercaderías en plena actividad.

La sección Cochabamba de los talleres Vasena

Cuando la herrería que había fundado alcanzó renombre y el volumen de trabajos que excedió el que podía realizar en su taller, Pedro Vasena decidió que era momento de instalar uno nuevo en un sector alejado del centro de la ciudad. Eligió entonces una zona de carácter semirrural y con gran disponibilidad de terrenos, que hasta entonces habían estado ocupados por quintas y chacras pero que comenzaban

a lotearse. El emplazamiento era inmejorable gracias a la disponibilidad de grandes parcelas y a su vinculación estratégica con la ciudad por el paso de un ramal del Ferrocarril del Oeste que unía ese sector con la red del Riachuelo. En la última década del siglo XIX Vasena comenzó allí la construcción de su sede más ambiciosa y para principios del siglo XX, el establecimiento contaba ya con dos unidades edilicias emplazadas a ambos lados de la calle Cochabamba. Las manzanas que ocupaban se encontraban delimitadas perimetralmente por las calles Barcala, La Rioja, Constitución, Oruro y Urquiza.

El edificio original de 1888, al cual se accedía por la calle La Rioja 1281²⁷, era un edificio de una única planta, con muros portantes de mampostería revocados y que exhibían variadas leyendas comerciales tales como “*Fundición de Fierro y Bronce*” y “*Herrería y Fundición de Pedro Vasena 1888*”. Estaba hecho con cubiertas de chapa puesta sobre tirantes de madera y un sistema mixto de cabriadas de madera y tensores metálicos. Tenía amplios lucernarios de iluminación y ventilación, ventanas con dintel de arco rebajado y carpinterías de madera con rejas metálicas.

Alrededor de esta estructura se construyó luego el conjunto arquitectónico definitivo de Vasena, compuesto por un edificio principal de talleres y escritorios, y otro anexo, destinado a talleres y caballerizas, construido exactamente en frente del anterior. El proyecto de este conjunto ha sido atribuido al arquitecto Mario Geminiani y para 1902 el primer sector construido estaba próximo a inaugurarse.

27 *Guía Kraft*, Buenos Aires, Tercer Trimestre, 1895.

Edificio Principal / Talleres y Escritorios - Cochabamba 3055

Según lo indican los planos de la época, ocupaba la manzana delimitada por las calles La Rioja, Cochabamba, Urquiza y Pasaje Barcala y para 1910 ya se lo identificaba como establecimiento Cochabamba 3055. Se trataba de un edificio de estructura muraria de volumetría simple y compacta, cuyos muros se articulaban mediante pilastras que se disponían reflejando la modulación estructural interna, y enmarcaban un orden de aventanamientos organizado en tres niveles superpuestos de superficies decrecientes. El tratamiento del ladrillo presentaba un importante zócalo de granito a modo de basamento y diversos planos que enmarcaban los vanos de las ventanas, cornisas, guardapolvos, listeles y los detalles realizados con revoque símil piedra. Como fachada era sin duda monumental.

Los muros perimetrales presentaban un remate de coronamiento con cargas almenadas de reminiscencias neomedievales tanto en los mojinetes como en las caras longitudinales. En dicho coronamiento perimetral, y en coincidencia con cada uno de los portones de ingreso, se agregaba un pequeño tímpano. Los portones estaban conformados por elementos metálicos industrializados y chapas de importante calibre, a la vez que enmarcados por guardapasos cónicos de hierro fundido, carpinterías de hierro de vidrios repartidos en los aventanamientos y elementos de señalización que completaban la composición de las fachadas.

Como elementos complementarios cabe mencionar la presencia de un conjunto de once chimeneas y venteos metálicos, un importante tanque de reserva metálico prefabricado

y la gran chimenea de unos 60 metros de alto que presidía el conjunto. El edificio contaba con un reloj ubicado en una posición compositivamente dominante en el mojinete de ambos frentes. Enmarcado por el reloj podía leerse: *La Europea P Vasena e Hijos* y como detalle, justo sobre las letras, se ubicaba una particular estructura reticulada metálica que daba sustento a un gran farol y a la lanza de un pararrayos. Las veredas eran de piedra laja gris importada y había pisos hechos con adoquines de madera en los ingresos de vehículos.

La mampostería perimetral portante contaba posiblemente con columnas metálicas embutidas, y las naves principales poseían un sistema de columnas compuestas por dos perfiles U vinculados por cartelas de planchuela, vigas y entrepisos modulares. La cubierta de chapa sobre perfilería metálica poseía dos aireadores en cada faldón, uno continuo en coincidencia con el filo de la triple altura central y otro discontinuo correspondiente con los planos de apoyo de cada lucernario de vidriado.

La planta del edificio, de unos 75 metros de largo por 25 de ancho, estaba organizada como una gran nave longitudinal con una triple altura central que corría sobre el eje mayor, con planta baja y dos niveles de entrepisos que balconeaban sobre el espacio central, iluminados y ventilados cenitalmente. Este cuerpo principal era asistido en todo su desarrollo por un angosto cuerpo longitudinal de altura variable (ya fueran dos o cuatro niveles) donde se disponían los talleres menores, los escritorios y oficinas técnicas y de servicios en general.



▲ Taller de mecánica en operación.

El cuerpo principal estaba conformado en realidad por dos naves dispuestas una a continuación de la otra con idéntica conformación espacial, y vinculadas a nivel de planta baja por una calle interna transversal pasante de calle a calle que conformaba el ingreso vehicular principal del edificio. Esta subdivisión en dos naves contiguas respondía a necesidades funcionales y constructivas, tal y como puede verse en el álbum de 1902, cuando ya se había prácticamente terminado el edificio de la nueva fundición en la esquina de Urquiza y Barcala, y estaba en construcción su edificio de apoyo en Urquiza esquina Cochabamba, con similares características estilísticas. Este último edificio debió ser construido durante un período de seis a ocho años, siguiendo los lineamientos generales del proyecto de Geminiani y previendo no interferir con el proceso industrial que se desarrollaba en el interior del establecimiento.

La documentación fotográfica permite observar pocas diferencias en la perspectiva general del conjunto entre 1902 y 1920, siendo tal vez la más notable el aumento de altura del cuerpo de apoyo del viejo edificio. El nuevo edificio de la fundición se debió ejecutar a un lado de la antigua fundición que se mantuvo en funcionamiento hasta tanto se puso en marcha el proceso en el nuevo, tal y como observamos en las fotos del álbum.

Los planos de los talleres Vasena

Un rastreo de los documentos disponibles en los archivos históricos de lo que fue Obras Sanitarias de la Nación revela la existencia de un reducido pero interesante conjunto de planos que dan cuenta de las características generales y las sucesivas transformaciones del conjunto arquitectónico de los talleres Vasena.

Plano OSN 1914 - Planta General

Para 1914, el documento muestra que el predio tenía ya la misma superficie que mantuvo hasta su demolición. Constaba de un sector de naves de talleres de herrería ubicado sobre la calle Cochabamba y un galpón en la fracción frentista a la calle La Rioja, en que se indican dos dársenas o docks de carga y descarga en coincidencia con los portones de ingreso y también se identifica un sector de playas de acopio y de carga y otro destinado a los pesebres y carros.

Hacia el fondo del terreno en el extremo sur, sobre las calles Oruro y Constitución, se encontraba el sector destinado a las

caballerizas. De acuerdo con este plano se debió modificar la instalación primaria del sector caballerizas, que hasta ese momento era un sistema estático con descarga a una serie de cuatro pozos negros. En ese momento todas las canaletas de los pesebres se vinculaban a una serie de cámaras de inspección que descargaba en la red cloacal externa de reciente ejecución sobre la calle Oruro. En el plano pueden verse señalados 41 pesebres, una dependencia (grande), tres dependencias (chicas), cinco depósitos (abiertos), una letrina, un bostero, un bebedero, los pasajes a las caballerizas, una galería, un patio abierto, talleres de herrería y un galpón.



▲ Taller de mecánica y fundición.

Nuevamente sobre la calle Cochabamba haciendo esquina con Urquiza tenemos indicadas dos habitaciones (¿portería?),

galería, letrina y pozo. Un pasaje descubierto separaba la construcción de las naves del taller de herrería y servía de acceso a las caballerizas. En este sector también se anuló la instalación estática para conectarse a la nueva red externa de desagüe. Un plano anterior del sector de 1910 (indicado como 2ª modificación) señala la presencia de un hall próximo a una puerta de ingreso sobre la calle Oruro, y junto a éste y del lado externo un grupo de dos inodoros a la turca, mingitorios y un piletón. Cabe especular con que este sector debió estar próximo a otro que incluía dos inodoros sobre la el muro de la calle Cochabamba y que éstos eran todos los sanitarios con que contaba el predio.

Plano OSN 1919 Ampliación

En 1919, en un sector no identificado del plano se registró la construcción de un entrepiso de forma triangular con tres habitaciones, cocina con pileta, baño con bañera, lavabo e inodoro y un patio.

Plano OSN 1920 Conforme Obra - Planta General

La revisión de este plano permite observar la existencia, en esa época, de dos sectores claramente diferenciados:

- Sector Caballeriza: contaba con 36 pesebres, un garaje (se eliminan 5 pesebres), una cochera, tres departamentos chicos, un piletón, un bebedero (ampliado), un bostero, los pasajes a las caballerizas, una galería (¿abierta?), un patio cubierto, un galpón, cuatro patios abiertos (pequeños) y un núcleo sanitario de cuatro inodoros a la turca con ingreso desde depósitos chicos.

- Sector Talleres: tenía el taller de herrería, un galpón y un núcleo sanitario con cuatro inodoros a la turca y piletón con cinco canillas, junto al ingreso por Cochabamba 3020.

El plano posee una nota posterior, poco legible, donde se indica que toda la fracción frentista de la calle Cochabamba, tres naves paralelas de 16 m x 30 m, fue anexada a la Plaza Martín Fierro

Plano OSN 1923 Modificación - Planta General

Plano con mayor detalle y precisión de dibujo, muestra la realización de algunos cambios menores que permitieron un mejor ordenamiento funcional de la planta. En el Sector Talleres se destaca la circulación y la entrada, un depósito y las caballerizas. Se incorporó un tanque interceptor de nafta en el garaje -aunque no se indica que haya cochera-, se regularizaron los depósitos (ocho de similares dimensiones) y se dibuja claramente el ingreso al sector de las caballerizas; posee proyecciones de cubiertas y lucernarios y se indican escaleras para salvar un importante desnivel del terreno. En la zona de talleres se indica la nueva red de distribución de agua, desagües y pluviales. Se observa el equipamiento concentrado en dos naves centrales y se indica cada puesto de trabajo con conexiones de provisión y desagües de agua. Finalmente, la presencia de una “tina” para templar las herramientas y/o tanque de 1.000 litros, además de varias cisternas enterradas también de 1.000 litros, un tanque elevado para el sistema de refrigeración con capacidad de 10.000 litros y un pozo de enfriamiento de 10.000 litros (2.5 metros de diámetro y 4 metros de profundidad), además de un interceptor de nafta de capacidad útil de 7.500 litros.

Plano 1923 / Modificaciones y Conforme – Detalles

Se trata de un conjunto de plantas y cortes de cada grupo de instalaciones sanitarias “civiles”. No se indican instalaciones de proceso industrial. Se modifica el interceptor de nafta que aumenta la capacidad a 10.000 litros.

Síntesis cronológica de la historia de los talleres Vasena²⁸

- 1846 El 9 de noviembre nace en el pueblo Sala de Barro -Lecco, Commo, Italia-, Pietro Vassena, hijo de Giacomo Vassena, de ocupación pintor y de Margherita Mainetti, originaria di Civenna, y operaria en una hilandería.
- 1862 Pedro Vasena llega y se instala en la ciudad de Buenos Aires. Comienza a trabajar como operario en los talleres metalúrgicos de Silvestre Zamboni.
- 1870 Se independiza e instala por su cuenta un pequeño taller de herrería, incluido en su propia vivienda, en Salta y Belgrano, donde tenía a cargo unos diez peones.
- 1880 El taller comienza a ser reconocido. El matrimonio y sus doce hijos trabajan en los talleres.

²⁸ Excepto indicación en contrario fue confeccionada en base a: Roberto Alfredo Villanueva, *Historia de la siderurgia Argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 2008.

- 1888 La ya empresa Vasena establece sus nuevos talleres en la calle La Rioja 1281-1299.
- 1902 Comienza la construcción de la nueva fundición, como primera etapa de la obra de edificación del nuevo establecimiento de la calle Cochabamba 3055.²⁹ Edición del primer *Catálogo Vasena*³⁰ con los productos puestos a la venta por la metalúrgica.
- 1902/07 Período durante el cual se construye el nuevo establecimiento de la calle Cochabamba, en base a un proyecto atribuido al arquitecto Mario Geminiani.
- 1097 Talleres Vasena consume 70 toneladas mensuales de carbón de piedra y 600 toneladas de hierro en bruto, el 20 % del consumo de hierro del país. La familia edifica la Villa Vasena, su residencia en San Isidro, proyecto del conocido arquitecto Mario Palanti.
- 1908 Muere Santiago Vasena, hijo de Pedro.
- 1911 Pedro Vasena se retira de la empresa que queda en manos de sus hijos Sebastián, Severino y Alfredo. Entre 1910 y 1915 el establecimiento es considerado el más importante en su tipo de

29 Santiago Vasena (compilador), *Pedro Vasena e Hijos Buenos Aires. Primer Catálogo*, Buenos Aires, 1902.

30 Santiago Vasena, op. cit, nota n° 2.

América Latina.

- 1912* La empresa se transforma en una sociedad anónima con participación de capitales británicos con asiento en Londres. La firma bancaria Pfeffel aporta un capital de 1.350.000 libras, mientras que la familia Vasena aporta 2.500.000 pesos oro (en instalaciones). El nuevo directorio queda conformado por Juan J. Gibson, J. Jame Carr Duna, Pedro Vasena (presidente), Sebastián Vasena como Director Gerente y Alfredo Vasena como Director Técnico. Ya hay 1.200 obreros trabajando en los cinco establecimientos de la firma: tres en Buenos Aires, uno en La Plata y el último en Rosario. Se plantea como nuevo objetivo societario el concentrarse en la producción de maquinaria agrícola.
- 1914* Muere Sebastián Vasena, ingeniero mecánico formado en Zurich y Winterthur y quien por entonces ejercía la dirección administrativa de la empresa
- 1914/15* Metalúrgica Vasena concreta la compra de un terreno de aproximadamente diez hectáreas ubicado en las actuales calles San Francisco, Santo Domingo y Diógenes Taborda para instalar allí una acería nueva y modernizada. Opta por una localización que se consolida como eje del desarrollo industrial del Riachuelo, donde ya estaban instalados los talleres San Martín, sus principales competidores.

- 1916 La empresa edita un nuevo y monumental catálogo de 247 páginas.
- 1916 Muere Pedro Vasena a los 74 años y la industria queda a cargo de Alfredo Vasena. Los talleres emplean en ese momento a 2500 obreros y el capital neto de la Sociedad Anónima se estima en 1.800.000 libras esterlinas. La residencia familiar se traslada a la calle Belgrano 1732.
- 1917 Talleres Vasena anuncia la instalación de un tren de laminación a gran escala, tarea que hasta ese momento sólo se realizaba con éxito, desde 1907, en los talleres Vulcano.
- 1918 El 9 de diciembre comienza una huelga en dos establecimientos de la empresa, el de la calle Cochabamba y el de San Francisco; en este último se estaba montando ya la anunciada acería. Una parte del lote se destinaba a actividades metal mecánicas y dependía de materiales locales e importados. El establecimiento de Cochabamba ocupaba toda la manzana y empleaba a 1300 personas, incluyendo el área de transporte de materiales que se hacía con chatas. Luego de la huelga hubo gran cantidad de conflictos internos entre obreros huelguistas y no huelguistas, incluyendo sabotajes y atentados dentro de los talleres.
- 1919 Se publica una carta de Vasena destinada a la opinión pública en la que se indica que los es-

tablecimientos de la empresa iban a ser clausurados.

1919

Se inicia el proceso de equipamiento del establecimiento ubicado en Barracas, en la calle San Jerónimo y frente al Riachuelo, incluyendo la puesta en marcha de la acería y laminación. Para fines de 1920 la producción era de aproximadamente 2100 toneladas mensuales de lingotes. Los insumos eran locales, exceptuando los cilindros de los laminadores, los refractarios y algunas aleaciones.

1919-20

La competencia local para esos años eran sólo los Talleres Metalúrgicos (futura TAMET), algunos productos de La Cantábrica y los perfiles de hierro de Pinoges, pero sobre todo las casas importadoras como Descours y Cabaud y la de Drysdale. La muerte de Vasena había dejado una empresa en crecimiento pero librada a los intereses de la nueva sociedad anónima, con intereses muy distintos de los del pionero emprendedor.

1920

Vasena contaba con 2500 operarios y producía anualmente 500 esqueletos metálicos sin considerar galpones, puentes, reparaciones y ampliaciones de estructuras existentes; contaba con sistema de transporte propio de ciento cincuenta carros; los depósitos y talleres ocupaban una superficie de 38.500 m² y la fábrica propiamente dicha otros 8.000 m² *“de sólida*

edificación con cuatro pisos donde se albergan las secciones por orden de importancia: laminación, fundición, buhonería, tornería, remaches, herrería artística, cadena “tirante”, mecánica, etc. Además de escritorios y oficina técnica”. Se hace mención a los escritorios de ventas recientemente inaugurados en la calle Perú 369-371³¹.

1925 Para este año se transforma en *The Trust and Agency Co. of Australasia Ltd.*, adquirente de la Compañía Argentina de Hierros y Aceros (ex Pedro Vasena e Hijos Ltda.). También en esta fecha aparece como Ex Compañía Argentina de Hierros y Aceros. Evidentemente la relación entre la firma local y los accionistas británicos había cambiado.

1926 Según las memorias de los talleres Metalúrgicos San Martín, ese año se informó la compra de los talleres San Francisco con sus máquinas e instalaciones a *The Trust and Agency Co. of Australasia Ltd.* Luego, en el ejercicio posterior de TAMET, se incorporó al directorio Alfredo J. Vasena. Efectivizado el traspaso, TAMET suspendió las actividades siderúrgicas por quince años³². La nave que contenía los hornos Siemens-Martin se utilizó como depósito y los

31 *Prontuario Vasena 1920*, Buenos Aires, 1920. (Colección Particular).

32 Según Villanueva y citando a Foster Bain, los talleres inaugurados en 1920 y en 1924 fueron parados por no poder competir con el acero importado. Sólo Vulcano lo seguía haciendo.

laminadores fueron vendidos a La Cantábrica, que los depositó en un solar contiguo por varios años. El lugar había sido comprado a OSN y tenía 68.000 m², los que luego serían vendidos a TAMET. Los talleres de la calle Cochabamba estuvieron desocupados varios años, sus instalaciones fueron trasladadas a la planta San Francisco y luego todo fue demolido. El terreno pasó a poder de la municipalidad.

1940

Inauguración de la Plaza Martín Fierro.

Excavando el pasado: tareas de intervención arqueológica

Ana Igareta

El proceso de construcción, transformación y destrucción del edificio de la sede Cochabamba de los talleres Vasena se encuentra bien documentado en los restos de paredes y pisos que aún se mantienen en la plaza Martín Fierro; en ellos y en el pequeño sector que ocupan se centró la investigación arqueológica. Si bien lo exiguo del registro material remanente y las transformaciones arquitectónicas que el edificio sufrió en sus últimos años no nos permitieron establecer con precisión a qué parte de los talleres pertenecieron los restos, la información obtenida durante las excavaciones sí permitió algunas especulaciones³³. Así, fue posible asociar ciertos rasgos puntuales de la arquitectura del sitio con algunas de las actividades desarrolladas en la metalúrgica y especular con respecto al uso dado a dichos espacios.

El conjunto arqueológico se ubica en la lomada más alta de la plaza, sobre el lateral sur de la misma y aproximadamente un metro y medio por encima del nivel de base del terreno. Los restos se encuentran rodeados por árboles de pequeño y mediano tamaño, dispuestos irregularmente alrededor de las paredes históricas y con un ejemplar de mayores dimensiones próximo a ellas.

33 Los intentos de realizar una superposición ajustada entre los planos históricos de los edificios de Vasena y los de la plaza Martín Fierro que se encuentran disponibles tuvieron resultados negativos. La radical transformación del paisaje del lugar, incluyendo una significativa reducción del tamaño original del lote, hizo imposible identificar rasgos constantes en el curso de los últimos cien años, lo que a su vez anuló todo intento de referenciar la ubicación original de las paredes que aún permanecen en pie.

Según indican los documentos de la época, para 1940, cuando la plaza fue inaugurada, sólo el cuerpo principal del edificio de Vasena había sido demolido, pero algunos elementos constructivos aislados permanecían aún en pie. Unos pocos años más tarde, la destrucción casi total era un hecho y sólo las ruinas que aún sobreviven daban cuenta de la pasada existencia de los talleres. Es probable que por ese entonces la extensión total de los muros fuera mayor a la que tienen hoy, pero la agresión repetida de agentes climáticos y visitantes desaprensivos produjeron una pérdida de material que redujo sus dimensiones. El conjunto actual se encuentra conformado por dos paredes de ladrillo, de unos cuarenta y cinco centímetros de ancho y dos metros de alto, que se cruzan formando cuatro esquinas de ángulos rectos. En ambos casos, el brazo menor de la cruz mide cerca de un metro y medio, mientras que el mayor se extiende por algo más de seis metros en el caso de la pared orientada norte-sur y cerca de cinco en el de la dispuesta en sentido este-oeste. Es evidente que, a fines de la década de 1970 y durante la instalación de la reja sur que separa la plaza de la autopista, una parte del muro fue intencionalmente cortada hasta sus cimientos, tal y como se observa en el perfil del suelo del sector.

Los ladrillos utilizados en la construcción de las paredes tienen una dimensión aproximada de 15 x 30 centímetros y algo más de 5 centímetros de alto y se unen entre sí mediante la utilización de mortero de cal en algunos sectores y de cemento en otros.

El brazo mayor de cada uno de los muros presenta una abertura en el lugar antes ocupado por una ventana, si bien su carpintería de sostén ha desaparecido por completo, ya fuera

removida durante las obras de demolición o a consecuencia de un acto vandálico posterior. Sin embargo, al menos en un caso aún son visibles los sitios en que estuvieron empotrados los amarres de los marcos a la pared, lo que indica que sí fueron ventanas y no simples agujeros sin cerramiento. De igual forma, un rectángulo de cemento próximo a la abertura de la pared oeste marca el sitio donde alguna vez hubo una placa conmemorativa, posteriormente robada.



▲ Vista aérea de la Plaza Martín Fierro en la que se indica la posición del conjunto histórico (fuente: Google Heart).

En general, el conjunto muestra una relativa solidez, si bien el remate y los extremos de los muros se encuentran debilitados por la falta de ladrillos en varios sectores, incluyendo en el contorno de las aberturas. El riesgo implicado en un posible agravamiento de la pérdida de material fue lo que decidió una acción expeditiva de apuntalamiento y conservación, tal y como se detallará en un capítulo posterior.



▲ Perspectiva del sitio al momento de iniciarse las excavaciones; nótese el estado general de abandono.

La presencia de fragmentos de baldosas intercalados entre los ladrillos y usados para rellenar pequeños espacios le dan un aspecto curioso a ciertos sectores de las paredes. Uno de estos fragmentos conserva aún grabada en bajorrelieve la

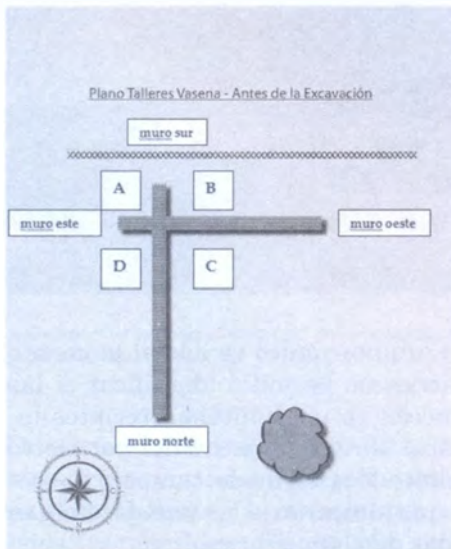
marca del fabricante, *PICHOU MATHIEU / A AUBAGNE MARSELLE*, y la clásica estrella lobulada de cinco puntas que lo identificaba. El uso de baldosas francesas tuvo una enorme difusión en nuestro país entre mediados del siglo XIX y la primera década del XX, pero su utilización como material de relleno en sectores con pérdida de ladrillos resulta singular, aunque no del todo inhabitual.



▲ Detalle del fragmento de baldosa francesa incluido en una de las paredes.

Lo reducido del conjunto arquitectónico visible al momento de iniciarse las excavaciones no permitió identificar si las paredes que aún permanecen en pie limitaban recintos internos o si, por el contrario, formaban parte del perímetro externo del edificio demolido; de igual modo, tampoco fue posible detectar evidencias que indicaran si las paredes habían estado cubiertas o techadas de alguna forma.

La superficie definida como área de intervención arqueológica fue un sector de 12 x 14 metros de lado, que abarcaba la extensión total visible de los muros históricos y sus alrededores. Los límites de la excavación fueron impuestos por las obras de remodelación de la plaza que se desarrollaban próximas al conjunto arqueológico, lo que hacía riesgoso pretender intervenir una superficie más amplia. A fines prácticos, se denominó A, B, C y D -en sentido horario- a cada uno de los cuatro cuadrantes correspondientes a las cuatro esquinas internas definidas por el cruce de los muros. La superficie total del sitio fue mapeada y dividida en 125 cuadrículas de un 1 x1 m, de las cuales fueron excavadas 83, por niveles artificiales de 15 cm.



◀ Plano esquemático de la posición relativa de los muros y de los cuadrantes definidos para identificar cada sector.



▲ Esquema general que muestra la disposición del total de cuadrículas arqueológicas trazadas en el sitio, remarcando las excavadas.

Se excavaron también diez pozos de sondeo en diversos sectores de la plaza, a distancias variables de las paredes, tanto para relevar las características del suelo como para intentar recuperar materiales arqueológicos pertinentes a la investigación. Si bien estos sondeos expeditivos no aportaron datos significativos referidos a los talleres Vasena, sí dieron cuenta de que, en la esquina sureste de la plaza y hasta comienzos de la década de 1980, se erigía allí una construcción de reducidas dimensiones que fue demolida. El hallazgo de fragmentos de vajilla de loza de la segunda mitad del siglo XX, así como de azulejos vicri –un tipo de azulejos de vidrio

muy populares en entre 1940 y 1960- parece confirmar el relato de vecinos del lugar, quienes mencionaron que en esa esquina funcionó por años un pequeño restaurante.

Basura en superficie: la vida social de las plazas

Al momento de empezar el trabajo arqueológico, los alrededores de los muros históricos estaban cubiertos por una enorme cantidad de basura dispersa que en algunos puntos se acumulaba y formaba montículos. La esquina C era la más afectada, ya que allí y aprovechando el ángulo formado por las dos paredes, había estado instalado hasta hacía poco el puestito de venta de “choripán” que funcionaba en la plaza. El fuego y las salpicaduras de la carne dejaron una extensa marca de grasa y hollín sobre los ladrillos, y los residuos de cenizas acumulados en el piso formaron una masa compacta, mientras que los restos pisoteados de costillitas de vaca, bolsas de pan, servilletas, vasitos plásticos y envases de gaseosas y de bebidas alcohólicas tapizaban los alrededores. Asimismo, cinco bases de cemento de unos treinta centímetros de diámetro y con un perfil de hierro doblado en el centro a modo de gancho marcaban los puntos en que el toldo que cubría el puesto había sido anclado al piso.

Esta capa de desperdicios incluía tanto elementos espontáneamente descartados en el lugar por visitantes —envases de golosinas y lácteos, botellas, latas de bebidas, pañuelos de papel, profilácticos y sus envoltorios, palitos de helado, jeringas y agujas- como los restos de bolsas de basura doméstica que alguien había trasladado hasta el lugar. Si bien en principio consideramos que esas bolsas podrían estar por

el gesto ocasional de un vecino indignado con el mal funcionamiento del servicio de recolección de residuos, el análisis de su contenido demostró que el uso de ese sector de la plaza como basurero databa de la década de 1970. Desde ese entonces, la basura doméstica de una o varias familias fue esporádicamente arrojada cerca de las paredes, donde una parte se pudrió y dispersó, y el resto se depositó en capas sucesivas. Es difícil entender por qué, en una parte de la ciudad en que el camión de la basura pasa casi todos los días, alguien decide arrastrar hasta la loma más alta de una plaza la basura de su casa, pero lo cierto es que ello da cuenta tanto de su ignorancia histórica como de su absoluta falta de respeto por los demás.

Las esquinas A y D, por su parte, mostraron una acumulación específica de restos de equipos de computación tales como placas madre, memorias y transformadores de impresoras, propios de un sitio usado informalmente como área de desguace y descarte de equipos. Una parte importante de estos restos estaba quemada y había evidencias de pequeñas fogatas en el sector, y no hacía falta ser arqueólogo para entender que el lugar había sido usado para “procesar” equipos robados.

Una forma diferente de basura generó en el lugar la construcción de la autopista 25 de Mayo, llevada a cabo entre 1978 y 1980; mezclados con otros restos aparecieron, tanto en superficie como en los primeros niveles de excavación, trozos o chorreaduras de la brea usada para sellar las juntas del asfalto. Probablemente una parte del material entonces utilizado fue descartado por los obreros mediante el sencillo procedimiento de tirarlo desde la autopista hacia abajo, hacia la plaza, donde la brea se depositó junto con otros desechos de la época.



▲ Vista en detalle de los restos de la plancha de chapa hallada en el sector C. Imagen de archivo que muestra el origen del descarte del objeto.

Un más reciente y muy particular ejemplo de descarte de desperdicios quedó representado por el hallazgo de un rectángulo de chapa de aproximadamente 1.50 x 1 metros y de 5 milímetros de espesor y bordes decorados, que apareció enterrado por debajo de una delgada capa de tierra y

muy próximo a las paredes. Una foto de la plaza tomada en el año 2007 muestra, exactamente en el mismo lugar en que aparecieron los restos, el perfil de un soporte vertical para carteles publicitarios del tipo usado por el gobierno de la Ciudad en las calles porteñas. Incluso pudimos observar parte del escudo de Buenos Aires trabajado en sobrerrelieve en el remate superior de la pieza, si bien el pésimo estado de conservación del metal hizo imposible su recuperación. El hecho de que el soporte fuera tirado allí y de que se haya enterrado sin que nadie lo moviera da cuenta de otra forma de desinterés por el patrimonio cultural, esta vez de parte de las mismas autoridades que son responsables de su cuidado.

En síntesis, el sector de la plaza en el que se encuentran los restos de paredes que alguna vez pertenecieron a los talleres Vasena ha corrido la misma suerte que otros espacios públicos y sitios de valor histórico, la de funcionar por años como tiradero informal de basura sin que nadie haya hecho nada en concreto para evitarlo. Un análisis detallado del repertorio de objetos y fragmentos incluidos en esa basura sin duda proporcionaría información útil a una investigación de mercado que relevara las pautas de consumo de los porteños en los últimos cincuenta años. El conjunto de materiales recuperados de entre los desperdicios –además de los cientos de elementos que fueron descartados *a priori* por su total falta de valor histórico- incluye categorías tan variadas como: fragmentos de vidrios de ventanas, de botellas verdes modernas de vino y marrones de cerveza, botones de plástico, fragmentos de loza sanitaria de un bidet, de vidrios de faros y ventanillas de autos, de vajilla de loza y porcelana (de 1950 en adelante), bulones, una plancha de hierro sin marca, fragmentos de caños de fibrocemento, algunos frag-

mentos de costosos azulejos Pas de Calais del siglo XIX cuya presencia es inexplicable en este contexto y miembros dispersos de muñecos de plástico, por mencionar sólo algunos.



▲ Miembros del equipo arqueológico que remueven a paladas la basura que rodeaba las paredes históricas.

Redibujando el mapa del sitio

Una vez que retiramos la mayor cantidad posible de basura superficial, comenzó la excavación arqueológica propia-

mente dicha. Nuestro primer objetivo entonces fue identificar rasgos particulares que permitieran comprender a qué parte del edificio ya desaparecido pertenecían las ruinas, a la vez que establecer qué tipo de actividades podrían haberse desarrollado allí. Pretendimos con ello que las paredes dejaran de ser una ruina para convertirse en el elemento central de una interpretación articulada de la historia del edificio y sus ocupantes.

En términos prácticos, la excavación se orientó tanto a recuperar objetos mobiliarios como a identificar la presencia de otros restos arquitectónicos asociados a los visibles y que proporcionaran información sobre las características originales de la construcción, la funcionalidad de sus ambientes o los procesos de transformación de los que fueron objeto. Asimismo, buscamos determinar cuánto sedimento –y basura– se depositó sobre lo que fueron los pisos de los talleres Vasena en el curso de los últimos setenta años.

La demolición de un edificio de grandes dimensiones genera siempre un formidable volumen de escombros –fragmentos de tejas, ladrillos, revoques, baldosas, lajas, azulejos, etc.– que se dispersa por una superficie más grande que la ocupada por la misma estructura. En el caso del inmueble de Vasena, y si bien la mayor parte de los restos fueron probablemente removidos a principios de 1940, antes de la creación de la plaza Martín Fierro, cierta cantidad permaneció en el lugar y fue luego nivelada y cubierta con tierra y césped. Ello explica por qué, apenas iniciadas las excavaciones y a unos pocos centímetros de profundidad, detectamos una capa continua de escombros que se extiende por toda la lomada en que se encuentran los muros históricos. Como veremos lue-

go, el material de demolición se acumuló irregularmente en distintos sectores del sitio a causa de la diferencia de nivel de los pisos ubicados por debajo, lo que generó que la potencia de la capa de escombros removida durante la excavación oscilara entre unos pocos centímetros y casi un metro.

Vale la pena señalar que dichos escombros no incluyeron materiales que no fueran de construcción, lo que permite afirmar que se trata de los restos de la demolición del edificio y no de un relleno traído a posteriori de otro lado, dado que tal maniobra suele generar estratos en que el material de construcción aparece mezclado con basura doméstica o de otro tipo, en un patrón muy definido.



▲ ◀ 1) Herradura de caballo.

2) Teselas o mosaicos de gres del tipo utilizado para formar pisos de alta calidad durante el siglo XIX.

3) Azulejo inglés posiblemente procedente de los baños de la fábrica.



▲ Fragmentos de platos y tazas de loza, tanto inglesa como nacional de los siglos XIX y XX.



▲ Objetos de loza que fueron sometidos a temperaturas tan elevadas como para lograr fundirlos.

Sector C: aparece el primer recinto cerrado

Retirados los escombros, la excavación de las primeras cuadrículas abiertas reveló la presencia de los restos de un nuevo muro, a unos cinco metros y medio de distancia de la esquina C, adosado al muro oeste y perpendicular a este último. Sólo un tramo de menos de un metro de largo y de unas pocas hiladas de ladrillos de altura se conservó de esta pared, pero sus cimientos permiten observar que poseía características semejantes a las de los muros conservados e inferir que se extendía por tres metros más y se conectaba en ángulo recto con una segunda pared, totalmente derruida. Los dos muros históricos aún en pie y los dos muros inferidos en base a sus cimientos daban cuerpo a los restos de un recinto cerrado de aproximadamente 22 m² y dividido internamente en dos sectores, tal y como lo mostraron luego los restos de sus pisos.

El primer piso que encontramos fue el que nace en la esquina interna del sector C -la misma donde había estado instalada la parrilla- y consiste en un nivel compactado de tierra, cal y poco cemento que se extiende a lo largo de la pared norte, ocupando una superficie de aproximadamente 1,30 metros de ancho por 4 metros de largo. Sus bordes están delimitados por una hilada simple de ladrillos del mismo tipo usado en los muros y unidos por su lado más corto, probablemente lo único que queda de una pared de mínimo espesor que subdividía el recinto, separando este sector del siguiente. Pese a no estar formalmente consolidado, el alto grado de compactación de este piso indica que fue objeto de un pisoteo recurrente por un largo período de tiempo, o que sobre él se apoyó una gran carga cuyo peso casi solidificó los materiales distribuidos por debajo.

A continuación de este primer piso y en paralelo al muro oeste, hallamos una superficie de cemento perfectamente alisada de unos cuatro metros de lado que se extiende hasta los restos de la primera nueva pared detectada. La esquina noreste del alisado se encuentra hundida como resultado del impacto de un objeto extremadamente pesado que cayó en el lugar y fracturó el cemento cuando el material ya estaba seco, generando líneas de quiebre en varias direcciones. La pérdida de cemento en el centro y en los lados del hundimiento nos permitió observar que este piso se extiende por encima de un bien consolidado contrapiso de ladrillos fragmentados de casi diez centímetros de espesor.



▲ Piso de cemento en el sector C del sitio y en el que se observan los efectos del impacto que dañó la esquina noreste. Por detrás, los restos de la pared y cimientos hallados durante la excavación.

Una vez que toda la superficie de cemento quedó expuesta, se hizo visible un enorme grafiti pintado con aerosol rojo en el centro: se trataba de una escueta declaración amorosa firmada por “Juani” y rematada con una fecha: 1999 -aunque el último número se veía borroso-. Dado que el muchacho que dañó el sitio histórico como prueba de su amor le puso fecha a la misma, nos fue posible saber que en algún momento de la década de 1990 el piso de cemento estuvo expuesto, a diferencia del momento de la excavación, cuando estaba completamente enterrado. Ello indica que ese piso, y con seguridad el resto del sitio arqueológico, se vieron afectados por sucesivos eventos de exposición y nuevo enterramiento que impactaron negativamente en los materiales, causando su progresivo deterioro.

Sector C – hallazgo del pasillo y nuevo piso de ladrillos

A continuación del conjunto de pisos formado por el consolidado y el alisado de cemento, apareció un piso de ladrillos de unos 60 centímetros de ancho que nace en el muro norte y se extiende perpendicular a éste por unos 4 metros, hasta el punto en que los ladrillos fueron removidos. Un segundo sector de piso de ladrillos y del que apenas se conservó una pequeña parte de poco más de un metro cuadrado conecta con el anterior por su lateral norte, diferenciándose del primero por una desigual disposición del material.

El punto en el que se unen el pasillo de ladrillos y el piso consolidado antes mencionado presenta una pequeña superficie alisada de cemento de 0,80 metros a modo de umbral; una base del mismo material y escasos 30 cm² conecta el umbral con la pared, probablemente señalando el punto en

que se sostenía el marco de la puerta o en el que algún tipo de maquinaria o herramienta se sostenía contra el muro. Es precisamente en ese sector que el muro norte presenta una mancha triangular que ennegrece los ladrillos desde la base y hasta 1,70 metros de altura, y cuya silueta se asemeja a la mancha de hollín observada en la esquina donde se cocinaban los choripanes. Sin embargo, el oscurecimiento de estos ladrillos se debe no sólo a una suciedad superficial, sino al hecho de que una parte de los mismos muestra un principio de vitrificación; ello implica que, una vez construida la pared, los ladrillos se vieron afectados por un calor tan intenso que su arcilla roja se transformó en vidrio negro. Si se tiene en cuenta que los ladrillos se cocinan a una temperatura que oscila entre 1000° y 1200° C, y que la temperatura mínima requerida para que una masa arcillosa empiece a vitrificarse es de 1500° C, resulta evidente que la pared se vio sometida a una forma de calor que excede por mucho la que desprende una parrilla usada para cocinar.

El hecho de que esa misma pared muestre las huellas de lo que parece haber sido un sistema de herrajes de sostén empotrados y reforzados con cemento, permite suponer que allí existió algún tipo de estructura amurada -¿un horno? ¿una fragua?- cuya utilización recurrente indujo la transformación de los ladrillos sobre los cuales se apoyaba. Resulta interesante considerar que semejante calor puede afectar una superficie tanto de modo directo como indirecto, si pensamos por ejemplo en la parte posterior de un contenedor de metal dentro del cual se alcanzan temperaturas lo suficientemente altas como para volver maleable el metal, que era exactamente lo que se hacía en los talleres Vasena. Tal vez el angosto pasillo de ladrillos que antes mencionábamos

era la vía de acceso a esa estructura tipo horno, o la que lo conectaba con otros sectores del edificio.



▲ Detalle del pasillo y parte de un piso de ladrillos hallados en el cuadrante C. A la izquierda, la superficie del muro norte muestra las huellas del extremo calor.

El hallazgo de fragmentos de carbón mineral, a diferentes niveles y en varios sectores del sitio, puso en evidencia que ése fue al menos uno de los combustibles empleados para calentar los hornos de los antiguos talleres. Técnicamente, el carbón mineral es un combustible fósil formado hace millones de años y cuyo enorme poder calorífero ha favorecido su uso industrial. En particular el coque, un tipo específico de carbón mineral al que pertenecen los restos hallados en la plaza, es el empleado en los llamados “altos hornos” u hornos siderúrgicos, y su presencia es rara en contextos arqueológi-

cos domésticos o ajenos a la industria debido a las enormes temperaturas que alcanza y a los gases venenosos que libera al quemarse.

Sector C

Exactamente en la esquina oeste que forman el muro oeste y los restos de la primera pared hallada durante las excavaciones, a unos quince centímetros de profundidad, nos encontramos con una depresión de unos 35 centímetros de diámetro que resultó ser la base de un viejo inodoro. Los restos de la estructura de ladrillos y cemento en cuyo centro se asentó el sifón permanecían aún claramente identificables, si bien la parte superior del inodoro había desaparecido por completo.

En el centro de la depresión, una pieza de loza empotrada conserva aún la muesca de encastre que la unía con la parte superior del inodoro. Este tipo de elementos, habitualmente de origen inglés, se fabricaba con un tipo de loza sanitaria extremadamente dura, diseñada para soportar el peso del usuario. Probablemente blanca, la pieza encontrada en el sitio se encuentra oscurecida por efecto de un contacto repetido con materia orgánica, lo que da cuenta de una utilización sostenida del sanitario.

La disposición y características de los materiales indican que se trató de una instalación del tipo formalmente denominado como “inodoro a la turca” pero que todos conocemos como “letrina”. Se trata simplemente de un agujero excavado en el suelo y con apoyos a ambos lados para los pies pero sin asiento; sin embargo, y a diferencia de las letrinas verda-

deras que desagotan en un pozo ciego, estos inodoros estaba conectados con un sistema de desagüe cloacal. Si se tiene en cuenta que la documentación histórica indica que la instalación de la primera red cloacal en esa parte de la ciudad se remonta al año 1914, el hecho de que los restos de inodoro hallados en el sitio estuvieran conectados a dicha red resulta particularmente relevante, ya que permite establecer que el sector del edificio al que pertenecían fue construido o remodelado *a posteriori* de 1914. Asimismo, vale recordar que los planos históricos mencionan específicamente la instalación de inodoros a la turca en las dependencias de Vasena, lo que constituye un punto concreto de contacto entre el edificio desaparecido y las ruinas actuales.

Lamentablemente y dado el grado de deterioro de los materiales, no nos fue posible establecer si se trataba de un baño con un solo módulo o varios, pero la falta de evidencias semejantes en las inmediaciones nos lleva a creer que se trató de una instalación de un único elemento. Nuestra propuesta se vio apoyada por la aparición, unos metros al oeste del inodoro, de los restos de lo que parece haber sido una colectora pluvial, ya que su presencia marca un cambio de función en relación con la conexión cloacal; de haber habido más inodoros, no habría podido instalarse allí un desagote para el agua de lluvia.

Sector B – identificamos el segundo recinto cerrado

Las cuadrículas abiertas en paralelo a los restos del muro oeste mostraron que su extensión original fue de 8.70 metros y que su traza unía la esquina este, que se forma con la pared norte, con la esquina oeste, que se formaba con un se-



▲ ◀ Vista del los restos de la base del inodoro hallado; en el detalle se observa el buen estado de conservación de la pieza de loza donde iba encastrada la parte superior del dispositivo.

gundo muro que se extendía hacia el sur. Si bien esta última ha desaparecido por completo, las características del tramo de cimientos de algo más de un metro y medio de largo que aún se conserva permiten suponer que sus características generales eran semejantes a las del resto de los muros antes descritos.

La aparición de este tercer segmento de cimientos nos llevó a considerar que la superficie del cuadrante B corresponde al interior de un nuevo recinto, contiguo al identificado en el sector C y limitado en al menos tres de sus lados por paredes de ladrillos. Lamentablemente, la construcción de la autopista y la instalación de la reja que rodea a la plaza destruyeron cualquier evidencia de la existencia de un cuarto muro que hubiera sobrevivido a la demolición, así como también la posibilidad de estimar la superficie del recinto.



▲ En primer plano se observan los cimientos expuestos del muro oeste que cerraba el segundo recinto identificado en el sitio; a continuación de éstos, el muro que le servía de límite norte y, al fondo, la mínima porción conservada de su pared sur.

Sin embargo, lo que sí sobrevivió a la destrucción fueron los restos del piso de este recinto, una capa de cemento alisado de aspecto semejante al detectado en el cuadrante C, pero que se encuentra 80 centímetros por debajo del nivel de aquel primer conjunto de pisos y unos 95 centímetros por debajo del nivel de superficie actual. Esta diferencia resulta muy interesante, ya que indica que el interior del conjunto tenía fuertes desniveles, y si bien las fachadas a la calle no lo mostraban, los interiores sí. Tenemos así dos ambientes que comparten una misma pared pero con niveles de piso muy diferentes a ambos lados de ella, lo que muestra que la topografía ligeramente irregular que exhibe hoy la plaza se remonta cuando menos al momento de la construcción del edificio. La arquitectura del mismo parece haber incorporado esta irregularidad, utilizándola seguramente para definir espacios internos de función diferencial.

La excavación del sector del ángulo que forman los restos de las dos paredes que aún se mantienen en pie en la esquina oeste mostró que la superficie de ambas conserva allí, casi intacto, el revoque que las cubría y que resultó estar a su vez blanqueada por algún tipo de pintura a la cal.

Sector D –se define el tercer recinto con piso

La excavación de las cuadrículas trazadas en el la otra punta del sitio, en el cuadrante D y alrededor del extremo norte del muro norte, puso en evidencia la existencia de un tramo de cimientos de unos cinco metros de longitud que continúan el trazado de los casi seis metros de muro que aún se mantienen en pie. Si bien los cinco primeros metros de cimientos que se extienden a continuación de los restos de

pared presentan idénticas características constructivas que ésta —45 centímetros de ancho, ladrillos de 30 x 15-, el último tramo muestra un cambio drástico: casi 70 centímetros de ancho conseguidos mediante la utilización de ladrillos de dimensiones levemente más grandes y dispuestos de forma completamente diferente. A diferencia del aparejo del resto de los muros, en este caso se dispuso una línea central de ladrillos unidos por su lado mayor y rodeada a ambos lados por una línea de ladrillos unidos por su lado menor. También el mortero que une estos ladrillos es diferente del observado en el resto del sitio, ya que presenta una cantidad mucho más abundante de cal e inclusiones visibles de conchilla molida.



◀ Vista del piso de cemento detectado en el sector B, en la que se observa el marcado desnivel que existe entre éste y el nivel actual de superficie.

Las diferencias observadas en cada uno de los tramos del cimiento del muro norte son, probablemente, el resultado de dos episodios constructivos diferentes; el cimiento más ancho debe haber formado parte de una estructura más vieja a la cual se le agregó luego un nuevo sector. Resulta interesante señalar que, pese a las diferencias de materiales, de aparejo y de ancho, ambos tipos de cimiento se conectan perfectamente, lo que permite inferir que también lo hacían los elementos de pared que se extendían por encima. Ayudó a ello el hecho de que, exactamente en el punto en que el cimiento angosto se une al más ancho, existía una pared adosada perpendicularmente al muro norte y en sentido este. Si bien sólo los cimientos de la misma se han conservado, éstos mostraron que sus características son semejantes a las de la mayoría de los muros del sitio.

El conjunto que forman los restos de la nueva pared detectada, los del muro norte y los del muro sur, definían el perímetro de un tercer recinto, cuyo lateral oeste medía cerca de 10.5 metros de lado; lamentablemente no nos fue posible calcular su superficie dado que los rastros de la cuarta pared han desaparecido por completo. Lo que en cambio sí se conservó fue un pequeño sector del piso de ese recinto en su esquina noroeste, donde los restos de cinco baldosas decoradas sirven como muestra del embaldosado que debió cubrir toda la habitación.

Sólo una de las baldosas apareció entera, aquélla que se encuentra exactamente en el vértice de la esquina del piso, y de las otras cuatro sólo se han conservado fragmentos, pero la superficie de todo el conjunto aparece erosionada y su decoración desleída, tanto por el uso cuando el piso era parte

del edificio como por la agresión climática posterior, cuando ya se hallaba en ruinas. Sin embargo, si se las moja, por unos segundos el diseño original vuelve a hacerse visible, un borde blanco que encierra un cuadrado verde, que a su vez contiene un rombo blanco cuyo interior contiene una cruz. Este tipo de mosaicos, de tradición europea, comenzó a usarse hacia 1880, poniéndose muy de moda en Buenos Aires a fines del siglo XIX, donde siguieron en uso durante gran parte del siglo XX. En este caso, por la manufactura y forma de la decoración, se trata de un producto de fabricación nacional.



▲ Vista de la esquina con baldosas halladas en el cuadrante D, con detalle del diseño que adorna una de ellas. Nótese la presencia de fragmentos de ladrillos y demás material de demolición por debajo del antiguo nivel de piso.

La excavación de las cuadrículas en que aparecieron los restos de baldosas puso en evidencia el alcance de la intención de destrucción con que se desarrolló la demolición del antiguo edificio: al igual que las paredes que se hallaban por encima, el piso fue sistemáticamente desarticulado mediante la rotura y remoción de las baldosas que lo integraban. Luego, toda la superficie quedó cubierta por los escombros producto de la demolición del resto del edificio y los materiales que cayeron se mezclaron con los del piso destruido. Destruir los pisos de la planta baja de una construcción es una actividad particularmente trabajosa, por lo que suele haber un interés particular en concretarla, habitualmente la reutilización o venta de los materiales de dichos pisos, pero en este caso el énfasis parece haber estado puesto en romperlos más que en recuperarlos para otro fin.



- ▲ A los pies del equipo arqueológico se observan detalles de la secuencia compuesta por los restos del muro norte, sus cimientos, los restos del piso de baldosas detectado en el sector D y el contrapiso debajo.

La remoción de la capa de escombros permitió observar que el piso de baldosas se había extendido sobre un prolijo contrapiso de ladrillos fragmentados de casi quince centímetros de espesor, que en muchos sectores apareció afectado por el mismo proceso de destrucción y remoción mencionado para el embaldosado.

Del otro lado de la esquina en que aparecieron las baldosas, sobre la cara norte de los cimientos del nuevo muro antes detectado, la excavación reveló la presencia de un fragmento de caño de composición ferrosa, de unos 10 centímetros de diámetro y casi 1 metro de largo, que se extiende paralelo a dicho muro. El caño, cuyas paredes tienen un grosor de casi 2 centímetros y que se encuentra visiblemente afectado por el óxido y la corrosión, literalmente atraviesa la porción más antigua de los cimientos del muro norte, si bien las características de la instalación permiten observar que dicho caño fue instalado primero y la pared erigida luego a su alrededor, lo que los identifica como parte de un mismo evento constructivo.

Dada la falta de otra evidencia asociada, no nos fue posible establecer la función que cumplía originalmente este canal, si bien sí podemos afirmar que no continuaba del otro lado del muro norte y que tampoco conectaba allí con otro caño o sistema de canales. Este último resulta un dato curioso, ya que es difícil entender la utilidad de una vía de comunicación que parece terminar súbitamente dentro de una pared.

Mención aparte del resto de los hallazgos merece el cuerpo de un pequeño perro –uno de los varios perros y gatos encontrados durante la excavación- que apareció cerca de los restos del piso de baldosas. Envuelto amorosamente en

una frazada de bebé, era evidente que se trataba de un animal querido y cuidado por su dueño, y enterrado con todo el arreglo que la situación permitía. Sólo quien lo haya vivido puede imaginar la angustia de querer enterrar una mascota muerta en una ciudad cubierta por cemento; casi resulta lógico que las plazas se conviertan en la actualidad en los últimos espacios disponibles para hacerlo. Sin embargo, y dado lo inconveniente de la actividad -está prohibida por leyes probable que los entierros se realicen expeditivamente y en los sectores menos transitados de las plazas, tal y como ocurrió en este caso. El dueño de este perrito en particular excavó casi ochenta centímetros para depositarlo bajo tierra, atravesando en el proceso los restos de los cimientos de uno de los muros históricos.



▲ Detalle de la ubicación del caño de hierro que se introduce en la parte más vieja de los cimientos del muro norte. A la izquierda se observan los restos del piso de baldosas que se extendía en el recinto contiguo.



- ▲ Detalle de la ubicación del caño de hierro que se introduce en la parte más vieja de los cimientos del muro norte. A la izquierda se observan los restos del piso de baldosas que se extendía en el recinto contiguo.

Registro material de los talleres: excavación del piletón

Como señalamos en los ítems anteriores, un porcentaje importante de la superficie que rodea a las paredes está cubierta por restos de pisos igualmente históricos, lo que hizo difícil excavar en profundidad, ya que hacerlo hubiera implicado destruirlos en parte para seguir avanzando. Sin embargo, en un sector del cuadrante C que carecía de recubrimiento superficial y que fue excavado hasta 1 metro de profundidad, se produjo el hallazgo de una estructura rectangular de ce-

mento semejante a una pileta de aproximadamente 1.20 x 0.90 metros de lado y unos 90 centímetros de profundidad. La unidad, próxima al extremo norte del muro norte y a la que denominamos “piletón central”, alojaba en su interior una masa compacta y a primera vista uniforme de fragmentos de hierro y óxido, y cuya extracción fue todo un desafío, dado que el material literalmente se deshacía en nuestras manos al separarlo. El estado general de conservación de la estructura era igualmente malo, ya que las raíces de un árbol cercano resquebrajaron dos de sus paredes al punto de casi derrumbarlas y una tercera se vio afectada por el agujero hecho para plantar una de las bases de cemento que sostenía el toldo del puestito de choripanes. Afortunadamente, aún así pudimos rescatar un interesante repertorio de los elementos depositados en su interior y cuyo detalle será presentado en el siguiente capítulo.

Según pudimos observar, el piletón fue construido en el lugar, excavándose primero un pozo rectangular en el suelo y extendiéndose luego por sobre sus laterales una muy gruesa capa de cemento, de casi 8 centímetros de espesor, groseramente alisada. Varios fragmentos de perfiles de hierro fueron amurados en su base, tal vez para generar un mínimo espacio debajo que permitiera la circulación de aire o de algún líquido. Luego, ya fuera como parte de las actividades de la fábrica o de la posterior tarea de demolición y remoción de los restos, el piletón fue rellenado hasta su tope con cientos de fragmentos de objetos de hierro y plomo. Este relleno muestra claros indicios de haber sido expuesto a altísimas temperaturas, lo que hizo que los materiales se fundieran y amalgamaran entre sí, pero la ausencia de rastros de hollín o carbón tanto en los restos como en la estructura indica que se trató de un calor

indirecto y no de una exposición directa al fuego. Las características físicas del piletón y de su relleno, así como el hecho de que a menos de medio metro de distancia aparecieron los restos de lo que parece haber sido una estructura idéntica pero ya destruida, permiten suponer que nos hallamos frente a las instalaciones de alguno de los sectores de fundición de los viejos talleres. Concretamente, estimamos que los piletones pueden haber formado parte de un sistema destinado al enfriamiento de objetos de hierro y otros metales, que se calentaban en hornos o fraguas próximos a éstos y eran después procesados en conjunto. La cercanía de la pared con ladrillos vitrificados proporciona sustento a esta propuesta.

Materiales que no formaban parte de las estructuras

El material arqueológico recuperado durante las excavaciones fue relativamente escaso, hecho en parte esperable si se tiene en cuenta lo restringido de la superficie que intervenimos, lo muy alterado del contexto en el que se trabajó y que el edificio que nos ocupa fue clausurado casi veinte años antes de ser derribado, momento para el cual probablemente su interior ya estaba vacío. Sea que esto último se haya debido a la desarticulación de los talleres ordenada por sus nuevos dueños o al desguace que vecinos y linyeras realizan habitualmente de una construcción abandonada, lo cierto es que el registro arqueológico indica que, al momento de la demolición, era poco lo que quedaba de Vasena en el lugar, más allá de sus techos, pisos y paredes.

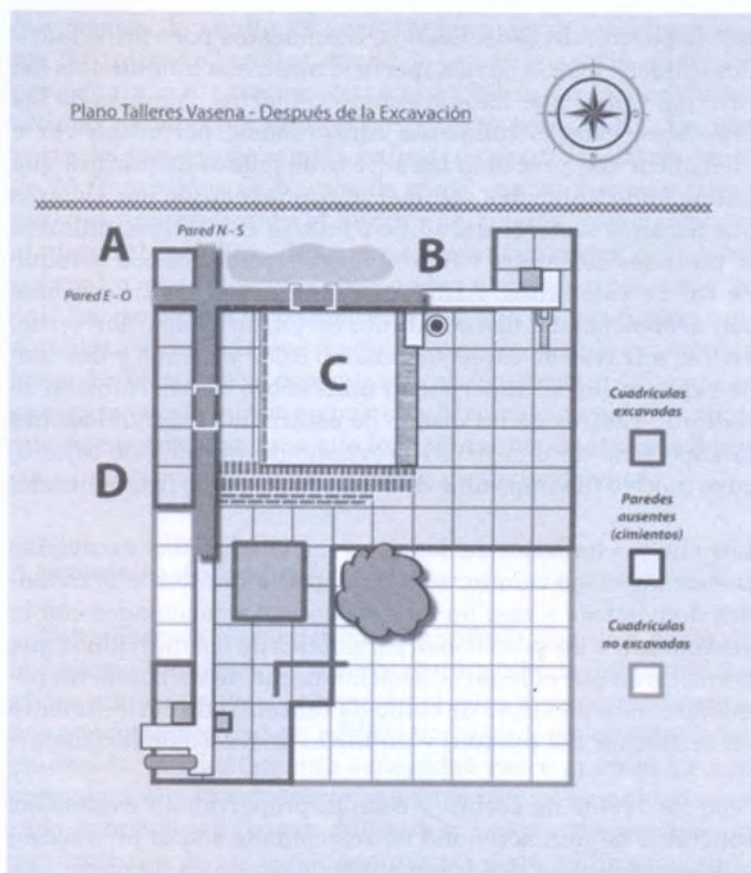
A propósito de las paredes y su demolición, entre los escombros esparcidos por el sitio pudimos rescatar varios fragmen-



- ▲ Diversos momentos de la excavación del piletón central. Nótese el material ferroso contenido en su interior y el deterioro causado en los laterales por las raíces de un árbol y los bloques de cemento que anclaban el toldo del puesto de choripán.



▲ Diversos momentos de la excavación del piletón central. Nótese el material ferroso contenido en su interior y el deterioro causado en los laterales por las raíces de un árbol y los bloques de cemento que anclaban el toldo del puesto de choripán.



▲ Vista del sitio y de las estructuras detectadas una vez finalizada la excavación.

tos de pared aún consolidados, compuestos por varios ladrillos unidos entre sí cuya superficie mostraba aún huellas del revoque con el que habían estado cubiertos. Algunas de las muestras, excepcionalmente conservadas, permitían ver e identificar con precisión las sucesivas manos de pintura que habían sido aplicadas sobre el muro, revelando por ejemplo que algunos sectores del edificio habían estado originalmente pintados de celeste y fueron luego repintados con revoque de cal de color rosa. Asimismo, abundaron los fragmentos con evidencias del uso constante de pinturas de color verde, visible a través de capas del mismo color y de uno y dos mm de espesor que se superponen unas sobre otras. También se hallaron rastros de un diseño de estarcido³⁴ extendido sobre la superficie de una pared previamente pintada de celeste, cuyo motivo fue imposible de interpretar por lo fragmentado.

Los objetos hallados en las diversas cuadrículas excavadas tienen un rasgo común: sólo unos pocos remiten a actividades domésticas y casi no hay elementos relacionados con la vestimenta o las posesiones personales de los individuos que transitaban por el lugar, excepción hecha de un botón, un pequeño frasco de vidrio de calicida (encontrado curiosamente en el interior del piletón) y un tapón de frasco de farmacia.

Sólo los restos de cocina y comida proporcionan evidencias concretas de una actividad no relacionada con la producción que se traduce en dos fragmentos de cerámica de pasta roja vidriada, ochenta y un fragmentos de vajilla de loza, dieciséis

34 El estarcido es una técnica que consiste en la utilización de un molde o plantilla con un diseño calado y a través del cual se aplica pintura sobre la superficie a decorar. Su uso posibilita la reproducción exacta de un mismo motivo o imagen.

fragmentos de vajilla de porcelana y apenas ocho fragmentos de antiguas botellas de vidrio, en su mayoría alterados por calor y con características que ubican su uso entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. La otra parte del registro de comida hallado en el sitio fue el conjunto de 25 fragmentos de huesos de oveja —en su mayoría falanges— que aparecieron en el interior del piletón, mezclados con el material metálico. Todos ellos presentan cortes con sierra manual o mecánica, y corresponden a cortes tipo asado de costilla, por lo que es posible suponer que tal vez fueron consumidos por los mismos operarios encargados de manipular los materiales que se depositaban en la estructura. Lo que sí es seguro es que formaron parte de la comida de alguien, aunque pueda resultar raro que los habitantes de Buenos Aires consumieran carne de oveja en vez de carne de vaca.

A propósito de los hallazgos

Señalábamos al comienzo del capítulo que una parte de la historia del edificio Vasena resulta aún legible en el registro material que sobrevive en el sitio. Estructuralmente, nos encontramos con un edificio construido en al menos dos etapas, lo suficientemente separadas entre sí en el tiempo como para que la materia prima y las técnicas empleadas en cada oportunidad fueran diferentes. Luego, observamos un uso intensivo de los espacios internos de la edificación, visible en pisos desgastados y bordes carcomidos. Por último, tenemos evidencias de un proceso intencional y enfático que buscó destruir incluso aquellos rasgos que probablemente iban a quedar sepultados, por lo que hasta pisos y contrapisos fueron cuidadosamente desmantelados.

Un dato interesante que revelaron los trabajos arqueológicos fue el marcado contraste que existió entre el exterior y el interior del edificio; la espectacularidad de la fachada y de la arquitectura visible desde afuera nada tiene que ver con las características de los talleres que funcionaban dentro. En primer lugar, la superficie excavada muestra interiores tan estrechos o subdivididos que el espacio que quedaba para permanecer o circular por ellos era mínimo. Buen ejemplo de ello resulta la pared oeste que limita el recinto del cuadrante C: si se observa con mucho cuidado, se ven empotrados en la pared los restos de los extremos de numerosos perfiles T, definiendo el patrón que se les da cuando sostienen estantes y distribuidos de techo a piso. Si ésta fue, como suponemos, una pequeña área de depósito, ¿cómo se movería un operario por el estrecho espacio que quedaba alrededor?

En segundo lugar, nos encontramos con paredes divisorias de un solo ladrillo de ancho -de ningún modo térmicas o aislantes- casi pegadas a los piletos, que con seguridad **despedían un calor infernal y del cual los operarios parecen no haber tenido refugio.** La falta de ventilación adecuada debió asimismo contribuir a que la temperatura interna de los recintos se mantuviera siempre elevada; recordemos que al menos una de las ventanas que aún existe daba a otro ambiente interno y por ende no permitía circulación alguna de aire. Pero, si se tiene en cuenta que al calor que despedía el metal en fundición se sumaban el humo del carbón que se quemaba en hornos y fraguas -que como ya dijimos, era tóxico- y el vapor que liberaba el agua que se empleaba para enfriar herramientas y materiales, es probable que esas ventanas absurdas fueran mejor que nada.

Algunas de las alteraciones observadas en los restos son susceptibles de múltiples explicaciones, tal y como ocurre con el piso de cemento quebrado y con parte de su contrapiso destrozado: las causas pueden ser muchas, desde la caída de una herramienta extremadamente pesada y utilizada en la producción de la fábrica, hasta el derrumbe de una viga del techo antes o durante la demolición del edificio o incluso a consecuencia de una explosión. De una u otra forma, no es rasgo que pueda ser explicado por acciones cotidianas o un evento accidental menor, y en tal sentido agrega un elemento más a la historia de incidentes violentos que agredieron el sitio.

Incluso sin saber con exactitud qué tipo de actividades se realizaban en los recintos cuyos restos analizamos, éstos y otros detalles relevados durante los trabajos permiten inferir que las condiciones de trabajo en el lugar deben haber sido terribles, y nos llevan a reflexionar que tal vez no sea casual la falta de planos que detallen las características internas del edificio al que pertenecieron. Si los espacios que excavamos y cuyas dimensiones nos marcan los cimientos existieron y funcionaron todos al mismo tiempo, no hay dudas de que el sitio era literalmente un infierno para quien trabajaba allí.

Más de setenta años después de concretada su demolición, resulta difícil estimar si la metódica destrucción del edificio estuvo respaldada por una intención de que no quedara evidencia de cómo eran las cosas en su interior, o si su desarticulación simplemente fue un capítulo más del constante y sin sentido desvanecimiento de nuestro pasado ocurrido porque sí o porque nadie lo impidió. Lo que sí es un hecho

es que la totalidad de las otras paredes cuyos cimientos hallamos durante la excavación fueron íntegramente desmanteladas hasta el nivel de suelo y que igual suerte corrieron casi todos los pisos que las rodeaban, desarticulados hasta su contrapiso.



▼ ◀ Diversos fragmentos de revoque con pintura, que muestran las diversas capas y colores que se sucedieron en su superficie, y sectores con estarcidos en el primer nivel.





◀ Diversos fragmentos de revoque con pintura, que muestran las diversas capas y colores que se sucedieron en su superficie, y sectores con estarcidos en el primer nivel.

Como dato final, resulta interesante mencionar que en la cara sur de la pared oeste detectamos un nivel de escoria ferrosa metida entre las juntas de los ladrillos, que en algunos sectores se presenta como manchones aislados y en otros como un estrato de cerca de un metro de largo. Si bien la presencia de restos de hierro en las ruinas de una empresa siderúrgica resulta en principio lógica, no es fácil explicar por qué el material aparece incrustado en el mortero que une los ladrillos de las paredes. ¿Quedó casualmente adherido cuando el edificio estaba en construcción y la mezcla aún permanecía fresca? ¿Fue puesto intencionalmente allí para reforzar la estructura? ¿Es la huella que dejó una explosión que ocurrió en el lugar y cuya detonación incrustó material ferroso en las paredes? El hallazgo de al menos un fragmento de explosivo o granada empotrado en la pared³⁵ parece apoyar esta última hipótesis; si ése fuera el caso, se-

35 Interesante hallazgo realizado gracias a la sagaz observación del Dr. Alberto Álvarez, de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA.

ría evidencia de que un evento de extrema fuerza y violencia que sacudió al edificio hasta su centro. Indudablemente, la imagen funciona como síntesis de los hechos de los que esta investigación intentó dar cuenta.

Artefactos metálicos de los talleres Vasena

Jésica L. Frustaci y Horacio De Rosa

Del conjunto total de fragmentos de objetos y objetos enteros recuperados en el sitio, aquél que resultó más rico en información fue el integrado por materiales de metal dada su potencial vinculación con la producción de los antiguos talleres metalúrgicos. Entre éstos, los artefactos ferrosos hallados en la unidad “piletón central” fueron los que posibilitaron un análisis más detallado, gracias a su abundancia y a su relativo buen estado de conservación. A fines prácticos, dichos materiales fueron clasificados en cuatro grandes categorías:

- a) Elementos que posiblemente pertenecieron a la estructura edilicia.
- b) Elementos utilizados como materia prima en la producción de la fábrica.
- c) Elementos producidos en los talleres y destinados a la comercialización externa.
- d) Artefactos intrusivos que se depositaron en el piletón una vez que la fábrica ya había cesado su actividad.

Artefactos estructurales

Incluimos en esta categoría fragmentos de chapas, clavos con cabeza cubierta con plomo, clavos de sección cuadrada y una tapa semiesférica de hierro.

Fragmentos de chapas

Se trata de piezas del tipo ondulado, como las que se usaban y se usan aún en la confección de cubiertas tales como techos y paredes; cabe suponer que ése fue el rol que cumplieron también en el edificio de Vasena. Si bien este tipo de chapas posee habitualmente un recubrimiento para protegerlas contra la corrosión, las piezas halladas durante la excavación presentan tal grado de deterioro corrosivo que no se observan ni rastros del recubrimiento en cuestión, y sólo es posible indicar que su matriz corresponde a una aleación ferrosa. Asimismo, es necesario señalar que el alto grado de corrosión que afecta a los materiales hace que un porcentaje importante de los mismos esté constituido por óxido, cuyo volumen específico es mayor que el del metal, lo que permite suponer que el espesor original de los materiales debe haber sido menor que el actualmente observado. Se determinó que estas piezas ya no poseen núcleo metálico en su estructura, lo que hizo imposible el desarrollo de un análisis microestructural.

El conjunto de fragmentos de chapas recuperados puede a su vez subdividirse en chapas simples y chapas dobladas, contabilizándose un total de 120 fragmentos de las primeras, con tamaños que varían desde los 112 mm de largo por 49 mm de ancho y 2,5 mm de espesor en los especímenes más grandes a los 40 mm de largo por 27 mm de ancho y 2,5 mm de espesor.

En cuanto a las chapas plegadas, se hallaron 16 fragmentos de los cuales 14 están formados por dos capas, uno por tres capas y uno por cuatro capas de chapa plegada sobre sí. En el primer grupo las dimensiones son variables entre los 89 mm de largo por 85 mm de ancho y 16,5 mm de espesor y los

otros de 67 mm de largo por 43 mm de ancho y 17,5 mm de espesor. El fragmento de tres capas tiene un largo de 230 mm por 190 mm de ancho y 24 mm de espesor mientras que el de cuatro capas posee una longitud de 170 mm un ancho de 135 mm y un grosor de 47 mm. Esas chapas poseen una extrema resistencia a ser dobladas a mano en la dirección contraria a la curvatura, motivo por el cual es sumamente llamativo que presenten dichos dobleces. Entre las posibilidades consideradas para explicar la presencia de los mismos puede proponerse que las chapas fueron sometidas a un proceso de doblado al ser descartadas y dispuestas como relleno en el piletón, tal vez para almacenarlas como potencial materia prima. Por otra parte, también es posible que hayan sido dobladas por obreros mediante la utilización de maquinaria de la fábrica y puestas ex profeso en el interior de algunas estructuras para evitar que las mismas pudieran ser utilizadas. Esta última hipótesis resulta consistente con algunos relatos que indican que durante los conflictos los obreros apelaron a diversos recursos para suspender el trabajo hasta conseguir que sus reclamos fueran atendidos.



◀ Fragmento de chapa compuesto por tres pliegues.

Clavos con cabeza recubierta de plomo

Se encontraron 34 de estos objetos, a los que se suman 44 cubiertas de plomo sueltas. Se trata de clavos de tipo cilíndrico, de 62 mm de diámetro y 65,7 mm de largo, cuyas cabezas -tanto las sueltas como las que siguen unidas a las piezas enteras- se encuentran deformadas plásticamente por percusión de martillado o clavado. Ello evidencia que los elementos analizados fueron utilizados como elemento de sujeción, es decir que estaban clavados para sostener techos o paredes de chapa.

La excepción la constituye una cabeza de clavo no deformada, en la cual es posible observar claramente su marca de fábrica: *El Techador*. Varios análisis de metalografía óptica realizados sobre clavos usados proporcionaron detalles microestructurales, revelando que el vástago y cabeza de uno de los clavos se corresponde con un acero con un contenido aparente de carbono de 0,10 %. Los granos del metal son equiaxiales, pudiéndose apreciar inclusiones no metálicas alargadas en el sentido del conformado.

Otro caso interesante resultó ser la cabeza de un clavo sin percudir donde se también se observa la marca de fábrica. Normalmente, la parte ferrosa de este tipo de artefactos se fabricaba a partir de alambre trefilado, es decir estirado en frío, sobre el que se conforman la cabeza y punta. Si se efectúa la deformación en frío del material, sin calentamiento posterior, se produce el endurecimiento del mismo y se genera una estructura microscópica de granos alargados. Esta condición de material endurecido hace que el elemento sea particularmente apto para ser clavado, por lo que lo más fre-

cuenta es que sea utilizado en ese estado estructural³⁶. En cambio, si el material se somete a calentamiento luego de la deformación en frío, tiene lugar un fenómeno denominado recristalización, que tiende a regenerar el grano cambiando su forma y tamaño y haciéndolo equiaxial, cuya consecuencia es la disminución de la dureza y resistencia de la aleación. Este tratamiento térmico se denomina recocido y la microestructura y sus propiedades finales dependen tanto de la temperatura como del tiempo de permanencia y del grado de deformación inicial. Es interesante observar que en este caso la pieza analizada no posee su estructura formada completamente por granos alargados sino que hay un importante grado de equiaxialidad en la misma. Tal hecho puede ser indicativo de tres posibilidades diferentes:

- a) Que los clavos con sus granos originalmente alargados por el proceso de fabricación hayan sido alterados térmicamente. En este caso la alteración pudo haber ocurrido cuando el clavo estaba fijo en el techo o luego de haberse desechado (quemazón, incendio, incineración de residuos). Si así fuera, la cubierta de plomo de la cabeza que funde a no más de 373^o C (en caso de ser plomo puro) tendría que haber aparecido notablemente alterada, lo que no se observa en las muestras.
- b) Que los clavos que iban a ser descartados por

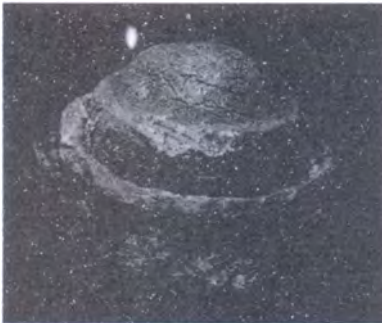
36 Frustaci *et. al.* Análisis de termoalteración de un conjunto de clavos de un sitio arqueológico del barrio porteño de Floresta. *III Congreso Argentino de Arqueometría y II Jornadas nacionales para el estudio de bienes culturales*. En prensa.

estar doblados hayan sido enderezados y reactivados mediante algún tipo de técnica que incluyera un tratamiento térmico afectando su estructura, tanto en el vástago como en la cabeza y la punta. Si hubiera sucedido esto, la transformación de la microestructura mencionada hubría afectado tanto el cuerpo como la cabeza y punta.

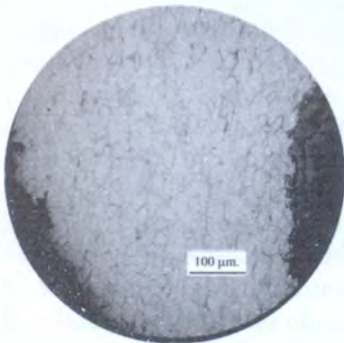
- c) Que las piezas hayan sido fabricadas con un alambre ya ablandado por recocido, con una estructura al menos parcialmente equiaxial. Alambres de ese tipo son utilizados comúnmente en la industria para la construcción de mallas y elementos de sostén. Su buena ductilidad se debe a que luego de la trefilación se calientan (recocido) para transformar su microestructura. Si hubiera tenido lugar la segunda posibilidad -que el clavo haya sido fabricado con un alambre recocido (ablandado)-, el conformado de la punta y la cabeza, que se hacen en una etapa posterior y a temperatura ambiente, tendría que haber dejado huellas de deformación evidentes. Precisamente ésta es la característica que hemos observado: un vástago parcialmente recristalizado y cabeza y punta deformada.

De acuerdo con las microestructuras observadas se puede estimar que las temperaturas que generaron la alteración térmica deben haber sido superiores a los 500 ó 600° C. Por lo tanto, y de acuerdo con las características microestruc-

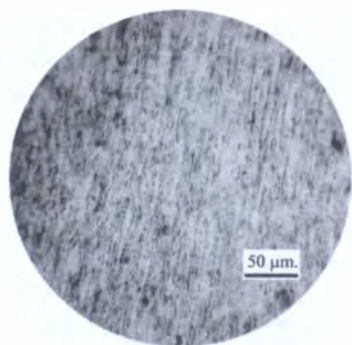
turales de las piezas observadas, la hipótesis más probable es que los clavos hayan sido confeccionados con un alambre de acero que se hallaba parcialmente precristalizado por un tratamiento térmico.



◀ Una de las cabezas de plomo de los clavos sin percutir, en que se puede leer la marca de fábrica.



◀ Microestructura de uno de los clavos con cabeza recubierta en plomo. Se observa una estructura parcialmente recristalizada.



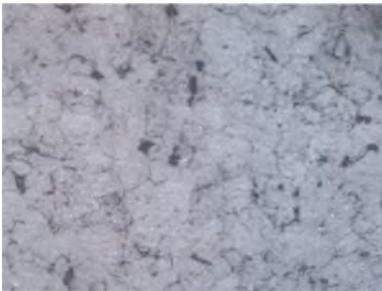
◀ Detalle de la deformación plástica detectada en la zona de la cabeza de uno de los clavos.

Clavos de sección cuadrada

Sólo fueron recuperadas tres piezas de este tipo, todas de sección cuadrada de 10 mm de lado; dos de ellas miden 165 mm de largo por 10 mm de ancho, y la tercera tiene una longitud de 130 mm. La cabeza es de forma troncopiramidal cuadrada de 20 mm de lado. De estas piezas sólo se analizó microestructuralmente una de ellas, sobre la superficie lateral del vástago para alterar lo menos posible la integridad del artefacto. Como resultado del análisis se observó que la microestructura es la de un acero de bajo contenido de carbono, de granos equiaxiales de tamaño no uniforme y un nivel reducido de inclusiones no metálicas. Estas características se corresponden con las de un material que fue conformado en caliente o bien deformado en frío y recristalizado por calentamiento posterior. La falta de uniformidad en el tamaño del grano podría indicar una deformación irregular como la que se realiza por un proceso manual.

Se debe destacar que los clavos de sección cuadrada se fabricaron exclusivamente en forma manual por forjado en caliente hasta finales del siglo XIX. Luego, este tipo de fabricación pasó a utilizarse cada vez menos, hasta que en la actualidad sólo se aplica en la confección de artefactos muy particulares como los relacionados con artesanías y restauraciones. Según señala Schávelzon:

“... el clavo forjado muestra marcas del golpe del martillo; son siempre de perfil cuadrado o rectangular, irregulares, adelgazando de a poco hacia la punta. La cabeza muestra siempre un ensanchamiento brusco, sin cuello y la terminación es en forma de roseta, asemejándose a una pirámide trunca. Esto es producido por los golpes para darle forma, rebajando de un golpe a cada lado.” (Schávelzon 1987: 784)



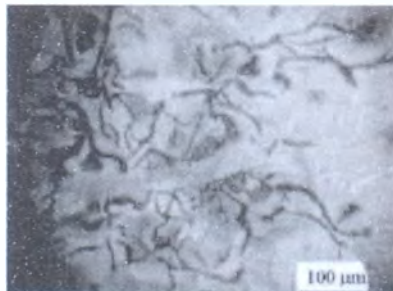
◀ Microestructura de un clavo de sección cuadrada con evidencias de proceso manual típico de los siglos XVIII y XIX.

El tipo analizado comparte estas características aunque su sección es uniforme en casi todo el largo del vástago a excepción de la punta. Además, las piezas que fueron fabricadas antes del siglo XVIII se hacían con un material que poseía

gran cantidad de inclusiones no metálicas, fundamentalmente óxidos y silicatos. En cambio, el artefacto estudiado posee un nivel de inclusiones escaso, correspondiendo a una calidad de acero obtenible a fines del siglo XIX y principios del XX.

Tapa de forma semiesférica

Como muestra la figura correspondiente, esta pieza posee una saliente que hace las veces de cierre y en el lado opuesto a ésta se observa un encastre con orificios que se corresponde con una forma de bisagra, lo cual indicaría que se podía levantar por uno de sus lados. Su forma hace pensar que el artefacto tenía una función de cierre como tapa de recipiente o conducto similar a las que se utilizan en cámaras sépticas y de combustibles. La pieza mide 270 mm de largo por 230 mm de ancho y 70 mm de espesor. Los análisis microestructurales indican que el material en que está construida es una fundición gris perlítica obtenida por colada directa sin ningún tratamiento térmico y sin evidencias notables de termoalteraciones posteriores.



◀ Microestructura de la tapa semiesférica: fundición gris perlítica.

Flejes

Nueve fragmentos de flejes de barriles de madera fueron recuperados durante las excavaciones, elementos cuyo tamaño varía entre los 467 mm de longitud por 90 mm de ancho y 185 mm de espesor, y los 70 mm por 68 mm y 18 mm de largo, ancho y grosor respectivamente. Si bien estos fragmentos fueron catalogados inicialmente como pertenecientes a lo fabricado en el taller, no existen evidencias como orificios o marcas de unión a otras partes que hagan pensar en una función particular, ni tampoco se poseen datos que puedan relacionar estos artefactos con productos de fabricación de la planta. Es más probable que, en cambio, hayan sido parte de los barriles usados por los operarios de los talleres para facilitar el transporte de otros elementos, o incluso que hayan llegado al sitio como parte del material de fundición que se procesaba en el lugar.

Artefactos utilizados como materia prima

Este conjunto se diferencia fácilmente a nivel macroscópico de otros elementos por el proceso de fusión que se observa entre sus componentes. Según Villanueva,³⁷ la materia prima tanto de los pequeños talleres como de las primeras industrias siderúrgicas era la chatarra, es decir, objetos de material ferroso descartados, los cuales eran transformados para dar origen a otros nuevos. La chatarra era tratada mediante calor y deformación plástica, ya sea forja o laminado, para volverla una masa maleable apta para la fabricación

37 Roberto Villanueva. *Historia de la siderurgia argentina*, Eudeba. Buenos Aires. 2008.

de piezas terminadas o semielaboradas en forma de barras de distintas secciones. Se han hallado en la excavación fragmentos de chatarra a medio tratar, probablemente artefactos soldados unos a otros ya sea por fusión o por forja.

Contabilizamos 36 fragmentos de chatarra que varían significativamente en tamaño y composición. Las fracciones más grandes rondan los 340 mm de largo por 160 de ancho y 71 mm de espesor, mientras que los fragmentos más pequeños poseen un largo de 34mm por 24 de ancho y 19 de espesor. Algunas poseen en su interior fragmentos de vigas, tornillos con tuercas, pernos y varillas. Los análisis microscópicos realizados sobre dichas chatarras indicarían un grado significativo de alteración respecto de lo que se supone eran las estructuras originales. Se observan deformaciones tanto en las matrices ferrosas de los artefactos como en sus inclusiones no metálicas. Se perciben a su vez numerosos núcleos con huellas de percusión que indican que los materiales fueron unidos mediante golpes. Los resultados de los análisis de laboratorio resultan consistentes con lo indicado por los datos bibliográficos sobre las técnicas de fabricación de metales de principios del siglo XX, aunque cabe aclarar que en los talleres Vasena no era ésta la única forma de tratar materia prima. Grande Cobián y el *Catálogo de talleres metalúrgicos Vasena*³⁸ indican que una parte importante del proceso de fabricación estaba dado por la fundición del metal.

38 Leonardo Grande Cobián. El eslabón perdido de la metalurgia argentina. Procesos de trabajo en los orígenes de la metalurgia argentina, 1870-1920. *Razón y Revolución*, nº 9. Buenos Aires. 2002. *Catálogo de los Talleres Metalúrgicos Vasena*.

“En la sección dedicada a la fundición de hierro y acero el proceso para la elaboración de las piezas de metal era, a grandes rasgos, el que sigue: primero el metal era fundido en tres hornos de crisol con diferentes capacidades (uno de 3 toneladas, otro de 5 y un tercero destinado a las piezas más pequeñas), luego era volcado directamente en el suelo de tierra o bien dentro de cajas-moldes (elaboradas en madera y tierra de fundición) para tomar la forma deseada. Este sistema de fundición de piezas por moldeo es, en esencia, el mismo que observamos en las variantes de Casa Amarilla y Cardini (...). Las grandes piezas se moldean con tierra de fundición directamente en el suelo o bien en las cajas- moldes para pasar después a los grandes hornos que funden los crisoles metálicos” (Grande Cobián 2002: 7). Este método de fabricación es conocido y está bien documentado en distintos tratados de fundición” (Howard 1962).

Esta descripción guarda cierta relación con las estructuras bajo nivel de terreno que se muestran en las fotos de las instalaciones del taller de fundición, que aparecen en el catálogo de los talleres y con aquéllas que fueron excavadas en el sitio.



◀ Microestructura de un fragmento de chatarra con granos deformados, evidencia de percusión por martillo.

Artefactos producidos en la fábrica

Bulones

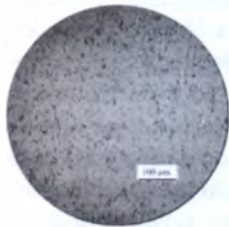
Los mismos se pueden definir como elementos de fijación con un vástago o cuerpo -cilíndrico en toda su extensión o con una sección cuadrada y otra (el extremo) circular- y una cabeza, de mayor sección que el vástago, de forma prismática hexagonal, cuadrada o semiesférica. El vástago está total o parcialmente roscado. Los bulones se complementan con tuercas y sirven para unir partes o piezas a través de un orificio no roscado. La rosca se compone de filetes que poseen diferentes dimensiones. De este tipo de artefactos se encontraron tres tipos:

- Con cabeza cuadrada: 15, de los cuales 7 están fragmentados sin su rosca. Los enteros rondan casi todos rondan los 93 mm de largo con un diámetro variable entre los 13 y los 30 mm, aunque encontramos un espécimen más largo, de 110 mm. Los lados de las cabezas poseen medidas muy variables: entre 19 y 36 mm. Debido a su alto nivel de corrosión sólo se pudieron medir las roscas de dos de estos artefactos: ambas se corresponden al sistema BSW o Withworth Normal. Una posee seis filetes por pulgada de 3/8, mientras que la segunda tiene dieciséis filetes por pulgada de 3/8. Cabe señalar que las medidas pueden no ser del todo precisas a causa de la irregularidad que presenta la superficie del material corroído.
- Con cabeza redonda: fueron hallados seis. Sólo dos están fragmentados. Los demás poseen un alto nivel de corrosión que impidió la medición de sus filetes.

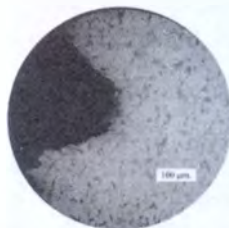
- Con cabeza hexagonal: se encontraron cinco. Todos ellos estaban rotos sin su parte roscada.

La bibliografía que da cuenta del proceso de fabricación de bulones en Vasena señala que:

“se realizaba en dos máquinas: la primera hacía la cabeza del bulón, ovalaba el cuello y lo alisaba, mientras que la segunda le daba forma a la parte roscada. Finalmente era pulido en tambores inclinados que eliminaban las imperfecciones por medio de la frotación entre los bulones y la arena. Según nuestro cronista cada máquina podía elaborar hasta 2.000 bulones por día y su funcionamiento absolutamente automático no exige mayor cuidado” (Grande Cobián 2002b:8)



◀ Microestructura del material de un bulón.



◀ Microestructura de la zona del fondo de uno de los filetes de un bulón.

Según los análisis microestructurales pudimos determinar que los bulones están fabricados a partir de un acero que tiene un contenido de carbono aparente de 0.10 a 0.20% con grano equiaxial. La presencia de colonias de perlita bien formada evidencia que el acero se halla en un estado de recocido por tratamiento térmico de calentamiento a temperaturas mayores a los 720 °C, lo que resulta en un material de buena ductilidad. En la zona del fondo de los filetes se pudo observar deformación plástica, esto hace pensar que los mismos fueron conformados a partir de un proceso de mecanizado por torneado.

Ganchos de sección circular

Este conjunto de piezas está formado por dos grupos que poseen un vástago cilíndrico de 9 mm de diámetro. Del primer grupo, con la forma de J que se observa en la figura correspondiente, se hallaron once, de los cuales dos están fragmentados. Todos poseen las mismas medidas. Su longitud es de 153 mm hasta su punto de inflexión. La sección de enganche tiene un largo de 34 mm, mientras que su diámetro es de 9 mm. Poseen una rosca en sistema Withworth de 18 filetes por pulgada. Los siete que están íntegros, poseen tuercas cuadradas de 12 mm de lado y 9 mm de espesor y arandelas hexagonales de 16 mm de lado por 3 mm de espesor. En su microestructura se halla una conformación análoga a la de los bulones.

La forma de los mismos es característica de las piezas que se utilizan en los cercos de alambre tejido para ajustarlos a los postes tensores. Fueron analizados microestructuralmente, y se pudo observar una estructura de granos recrystalizados

de diversos tamaños con perlita en borde de grano; esta estructura puede representar cierto grado de alteración térmica.



◀ Gancho en forma de J para techos.

Del segundo grupo, con forma de L con dos dobleces, se hallaron 14 artefactos. Estas piezas tienen una forma similar a la de los ganchos de anclajes de bisagras de los portones tipo tranquera, usados en establecimientos rurales, pero también a la de los soportes de las vigas de los techos. Este tipo de artefactos también fue analizado y arrojó los mismos resultados que el grupo anterior.



◀ Gancho en forma de L para sostener vigas de techo.

Artefactos intrusivos

Estas piezas fueron definidas como intrusivas ya que sus características las ubican como producidas y utilizadas durante las décadas posteriores a la existencia de los talleres, y su presencia en el piletón probablemente se relacione con procesos de descarte, remoción y depositación de material que ocurrieron a posteriori de la demolición de los mismos.

En esta categoría quedan incluidas una lata de conserva -57 mm de longitud por 88 mm de diámetro y 1.9 mm de espesor del metal-; varios fragmentos de caño -todos con un diámetro externo de 9 mm, un diámetro interno de 4 mm y 5 mm de espesor del metal, y cuya longitud varía entre los 50 mm como medida máxima y 39 mm de medida mínima-; 3 tapas de chapa de botellas de vidrio que pueden haber sido de cerveza o de bebida gaseosa y 1 chaveta de brazo del pedal de una bicicleta.

Todos estos artefactos poseen poco grado de corrosión y son evidentemente de la segunda mitad del siglo XX. No se realizaron sobre los mismos análisis microestructurales y de composición, ya que se consideran irrelevantes para los objetivos de este trabajo.

Artefactos no ferrosos

Entre ellos encontramos algunas piezas cuya funcionalidad no pudo ser reconocida, como una varilla cilíndrica con punta redondeada y aplanada. La misma poseía óxido verde al momento de su hallazgo, indicativo de que se trata de una

aleación de cobre. Su longitud es de 60 mm y su diámetro de 5 mm. El ancho de su cabeza es de 7 mm y su espesor de 41 mm. Otro es un artefacto rectangular de 47 mm de longitud y 11 mm de ancho. Su espesor es de 33.5 mm, aunque en una de sus caras presenta un reborde que aumenta esta última medida a 45.2 mm. En su otra cara se observan líneas horizontales en relieve, cuya función es desconocida. Asimismo hay dos piezas cilíndricas con sus extremos cortados en cizalla ambas con una longitud de 34,5 mm y un diámetro de 97 mm, y una tapa roscada en forma de bóveda con un apéndice tipo manija en la parte superior, cuyo diámetro mayor es de 22.03 mm, el menor es de 8.5 mm y el espesor es de 4.5 mm. Por último hay un trozo de cable de cobre, aparentemente un conductor eléctrico sin aislación, compuesto de seis hilos entrelazados formando un cordón. El conjunto posee un largo de 62.5 mm y un diámetro de 4,2 mm, y cada hilo posee un diámetro de 1.5 mm.

Con respecto a los artefactos no ferrosos es difícil saber si pertenecían a la planta o si son intrusivos, ya que no se presentan de manera abundante y algunos presentan cierto grado de fragmentación. Es factible que los mismos hayan sido depositados con rellenos posteriores o que hayan sido usados en la planta sin ser parte de la producción. Estos artefactos poseen poco grado de corrosión y son posiblemente fechables hacia la segunda mitad del siglo XX. No se realizaron sobre los mismos análisis microestructurales y de composición ya que se consideran irrelevantes para los objetivos de este trabajo.



◀ Artefacto rectangular con líneas en relieve.



◀ Cilindros cortados en cizalla.



◀ Hebras de alambre de cobre.

Restauración de muros y vanos

Alberto Campos y Patricia Frazzi

*“El monumento es inseparable de la historia de que es testigo y del lugar en el que está ubicado.”*³⁹. Así comienza el artículo siete de la *Carta de Venecia*, documento paradigmático para la conservación y restauración de monumentos históricos. No cabe duda de que los restos de muros originales de los talleres Vasena son parte de nuestra historia y por lo tanto deben ser conservados.

¿Pueden unas ruinas tan vapuleadas por la realidad urbana y sin una aparente cualidad estética tener un valor patrimonial? La respuesta es completamente afirmativa. Estos fragmentos de muros son un testimonio concreto de un sitio donde ocurrieron hechos que deben ser conservados en nuestra memoria. A pesar de su apariencia, que puede parecer trivial, lo importante de su preservación es su valor simbólico. El criterio empleado al momento de diseñar las actividades para la conservación de estas ruinas es el *arqueológico*, con el que se respetan los materiales originales y se hacen las mínimas intervenciones con elementos nuevos.

En la actualidad el concepto primigenio en el trabajo de conservación del patrimonio está centrado en la formulación y aplicación de estrategias que lleven a prevenir el deterioro, por lo que se impone el mantenimiento constante, el uso de tratamientos reversibles que puedan ser removidos en la for-

39 *Carta Internacional sobre la Conservación y la Restauración de Monumentos y Sitios*, (Carta de Venecia - 1964), II Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos, Venecia 1964.

ma menos agresiva posible y el uso de materiales compatibles. Sobre la base de este enfoque de mantenimiento preventivo, moneda corriente en muchos países entre los que se destacan Suecia y México, donde se lo considera un prerrequisito para la aceptación de la obra, se observa el uso habitual de la cal en las obras de restauración. Los revoques no solamente tienen una función estructural, sino que también forman parte del aspecto estético y dejan evidencias de las técnicas constructivas de la época: por lo tanto deben ser conservados y usados como modelo para los morteros de intervención. Las mezclas realizadas a base de cemento como aglutinante tienen la desventaja de la rigidez y de la mayor impermeabilidad, no permitiendo el intercambio de humedad entre la pared y el medio ambiente. Teniendo en cuenta estos conceptos, es fundamental la identificación de los componentes del monumento a tratar para hacer un diagnóstico correcto.⁴⁰

En el caso de las paredes de los talleres Vasena se realizaron pruebas de laboratorio para comprobar la composición del mortero utilizado. Aunque la mayoría de las muestras era sobre la base de cal, también se registraron intervenciones realizadas con cemento.

Cuando llegamos al sitio, el estado de conservación de los muros era malo. Zonas con superficies carbonizadas daban cuenta de fogatas realizadas en el ángulo interior y también en los laterales de las paredes. Se observaron grafitis, roturas en vanos y extremos, descalce de cimientos en los lados exteriores, falta de cohesión en algunos ladrillos, desprendi-

40 Salvador García Fortes y Nùria Flos Travieso, *Conservación y restauración de bienes arqueológicos*, Editorial Síntesis, Madrid, 2008, pág. 18.

mientos de juntas de mortero, crecimiento de vegetales en intersticios y proliferación de líquenes en la parte superior, especialmente en la pared paralela a la autopista. Se notó que los muros habían sido intervenidos con anterioridad sin respetar los criterios necesarios para este tipo de casos.

Como primera medida se realizó una limpieza superficial y luego se reforzó la parte estructural que se hizo por cepillado, usando una solución de detergente neutro al 1 % y posterior enjuague. Este procedimiento se eligió para poder retirar la gran cantidad de depósitos carbonosos grasos provenientes de los innumerables fuegos realizados por personas que usaban en el lugar.

El vano de la pared perpendicular a la autopista se reforzó colocando un dintel de concreto con carga de piedra partida para evitar el inevitable derrumbe del sector; se apoyó en capas de mortero colocadas para impedir que se adhiriera irreversiblemente a la estructura original. En el dintel de la abertura de la otra pared y en toda la zona superior se realizó una capa de escurrimiento para minimizar la acumulación de agua de lluvia. Para los faltantes en la pared se utilizaron fragmentos de ladrillos dispersos rescatados durante la excavación arqueológica que no formaban parte de estructura alguna al momento del hallazgo. La mezcla para adherirlos y el tomado de juntas en las zonas donde no existían o se habían desprendido se hicieron con un mortero constituido por tres partes de arena, una parte de cal y un cuarto de parte de cemento.

Como refuerzo estructural se colocaron en los extremos de las paredes algunos ladrillos enteros, también provenientes

de la excavación cubiertos con una lechada de mortero para diferenciarlos de la estructura original. Los dos muñones externos que se ubican en la intersección de las paredes quedaron como testigos de los deterioros originales: su consolidación hubiera significado una intervención reconstructiva que está fuera del criterio de mínima intervención. Sin embargo, para evitar deterioros futuros se cubrieron con una capa de consolidante acrílico que se extendió a toda la estructura. Este producto se aplicó más profundamente en la zona que quedó de testigo y en el resto se aplicó sólo una capa que otorga una protección parcial contra el agua de lluvia.

Este trabajo fue un desafío para nosotros como profesionales de la conservación y restauración ya que se intentó lograr un equilibrio entre los criterios puristas de la restauración arqueológica y la necesidad concreta de la preservación. Es una estructura expuesta y sin protección alguna ubicada en un lugar público, cuyo uso en el pasado dejó claras evidencias de la falta de urbanidad de sectores de la sociedad que deberían saber que lo que es “de todos”, también nos pertenece a cada uno y hay que cuidarlo.

Nota Final

Los trabajos relatados en este libro se desarrollaron durante los muy fríos meses de junio y julio del año 2009 y el primer borrador del texto fue entregado a la editorial unos meses después. Tanto las tareas de archivo como las de excavación, restauración y análisis de los materiales, al igual que la elaboración de cada uno de los capítulos, insumieron cientos de horas de tiempo y esfuerzo a los involucrados, quienes las realizamos gustosos guiados por la certeza de que hacíamos un pequeñísimo aporte al conocimiento y preservación del patrimonio cultural del país.

En septiembre de 2010, una de las alumnas que participó de la intervención decidió visitar de nuevo la Plaza Martín Fierro para ver como había quedado el sitio luego de la reinauguración del lugar. Y lo que encontró fue que el cartel puesto por el equipo arqueológico al terminar las excavaciones estaba arrancado de su base, tumbado y quemado detrás de los muros. ¿Cuánto tiempo y esfuerzo habrá insumido destruirlo?

Se me ocurre que muy poco, casi nada, y que además quienes lo hicieron se sintieron orgullosísimos de su “intervención” e incluso creyeron que sus acciones eran más impactantes que las de un equipo de quince personas. Pero en eso fue en lo que se equivocaron: la información recuperada durante los trabajos, las mejoras realizadas a los muros históricos, todo lo que conforma el resultado de una modesta investigación arqueológica tiene mucho más valor que cualquier esfuerzo de destrucción. Y el hecho de que alguien lea acerca de lo que hicimos es la mejor forma de probarlo.

Ana Igareta
La Plata, abril de 2011



▲ Vano de uno de los muros principales, a punto de colapsar toda la pared.



▲ Estructura de soporte para garantizar la continuidad de la pared, que hace evidente la intervención moderna.



▲ Capa de drenaje en la parte inferior de un vano para su protección.



▲ Parches de cemento y arreglos precedentes hechos sin control y con materiales diferentes de los originales.



▲ Deterioros y faltantes de material en las juntas de los muros.



▲ Prueba de limpieza en el sector central de uno de los muros.

Agradecimientos

En primer lugar queremos agradecer a las autoridades de APOC, Hugo Quintana y Federico Recagno, quienes hicieron materialmente posible tanto la excavación como este libro. A Liliana Barela, Directora de Patrimonio e Instituto Histórico del Gobierno de la Ciudad por impulsar este estudio. En la empresa PALECO S. A. el arquitecto Guillermo Raffo fue quien nos facilitó todo lo posible, pese a la interrupción de sus tareas en la plaza. Gracias también a Guillermo Acevedo que filmó nuestro trabajo y a Diego Castro, Luciano Galzenati y Lorena Salvatelli que colaboraron en la restauración de los muros.

Agradecemos también a Iván Garnica García y a Jorge Alberto Pontilli de AySA por facilitar la documentación cartográfica de archivo, a la Academia Nacional de Historia y al Archivo General de la Nación, donde obtuvimos muchas de las fotos antiguas utilizadas para ilustrar en texto. Al Dr. Mario Silveira por el análisis de los restos óseos y al Laboratorio de Materiales, Departamento de Ingeniería Mecánica de la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Buenos Aires por habernos facilitado equipos e insumos para realizar los análisis microestructurales. A María Florencia Caretti del Grupo de Arqueometalurgia del Laboratorio de Materiales, Departamento de Ingeniería Mecánica, FI-UBA, por la colaboración en el preparado de las muestras analizadas. A Sebastián Igareta por la construcción de los modelos digitales del sitio.

Por último, todos los demás estudios y el guardado de los objetos se realizaron en el Centro de Arqueología Urbana. El Instituto de Arte Americano nos facilitó el Catálogo de Vasena original para reproducir sus fotografías.

Bibliografía

BABINI, NICOLÁS

1967. *La Semana Trágica. Todo es Historia*. Año 1, N° 5: 8-22. Buenos Aires.

BAYER, OSVALDO

1973-74. *Los vengadores de la Patagonia Trágica*. 3 vols. Editorial Galerna, Buenos Aires.

BILSKY, EDGARDO

1984. *La semana trágica*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.

BORRERO, JOSÉ MARÍA

1957. *La Patagonia Trágica (1928)*, Editorial Americana, Buenos Aires.

CANCELA, ARTURO

1922. *Una semana de jolgorio: tres relatos porteños*, Edición del autor. Buenos Aires.

CARAS Y CARETAS

Año XXII, N° 1.059, 18 de enero de 1919.

Carta Internacional sobre la Conservación y la Restauración de Monumentos y Sitios, (Carta de Venecia). II Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos Históricos. Venecia. 1964.

CARULLA, JUAN

1951. *Al filo de medio siglo*. Editorial Huemul, Buenos Aires.

Ana Igareta y Daniel Schávelzon (compiladores)

CATERINA, LUIS MARÍA

1955. *La Liga Patriótica Argentina: un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del 20*. Editorial Corregidor. Buenos Aires.

CONLIN, ELEANOR Y JAMES SYMONS (EDITORES)

2006. *Industrial Archaeology: future directions*, Springer. Nueva York.

CUEVAS, JOSÉ

2009. Metales La Estrella, S.L.

<http://metaleslaestrella.blogspot.com/2009/07/un-paseo-por-la-historia-con-jose.html>

DEVOTO, FERNANDO Y BARBERO, MARÍA INÉS

1983. *Los nacionalistas*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.

DI MARIO, MARÍA CECILIA

2008. *De crónicas y escrituras en la Semana Trágica*. Cuaderno de trabajo N°83. Ediciones del Centro Cultural de la Coop. Floreal Gorini. Buenos Aires.

DORFMAN, ADOLFO

1982. *Historia de la Industria Argentina*. Ediciones Solar. Buenos Aires.

ECHAGÜE, CARLOS M.

1971. *Las grandes huelgas*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.

FRUSTACI, JÉSICA, HORACIO DE ROSA, MARÍA FLORENCIA CARETTI Y MARÍA CLARISBEL LUCCHETTA

2009. Análisis de termoalteración de un conjunto de clavos de un sitio arqueológico del barrio porteño de Floresta. *III Congreso Argentino de Arqueometría y II Jornadas nacionales para el estudio de bienes culturales*. En prensa.

GALASSO, NORBERTO

2005. *Perón: Formación, ascenso y caída (1896-1955)*. Editorial Colihue. Buenos Aires.

GARCÍA FORTES, SALVADOR Y NÚRIA FLOS TRAVIESO

2008. *Conservación y restauración de bienes arqueológicos*, Editorial Síntesis. Madrid.

GODIO, JULIO

1985. *La semana trágica de enero de 1919*. Hyspamérica. Buenos Aires.

GRANDE COBIÁN, LEONARDO

2002a. El eslabón perdido de la metalurgia argentina. Procesos de trabajo en los orígenes de la metalurgia argentina, 1870-1920. *Razón y Revolución*. Nº 9. Buenos Aires

2002b. TAMET: Crónica de una guerra. Concentración y centralización capitalista en la siderurgia argentina, 1870-1935. *Razón y Revolución*. Nº 10. Buenos Aires.

LOBATO, MIRTA ZAIDA

2000. *El progreso la modernización y sus límites (1880-1916)*. Sudamericana. Buenos Aires

LUGONES, LEOPOLDO

1930. *La grande argentina*. Babel. Buenos Aires.

LVOVICH, DANIEL

2003. *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*. Editorial Vergara. Buenos Aires.

Ana Igareta y Daniel Schávelzon (compiladores)

ORGAMBIDE, PEDRO

1984. *Hacer la América*. Bruguera Editorial. Buenos Aires.

PANZERI, GIUSEPPE

Junio 2009. Inaugurazione restauri di Villa Vassena - Ronchetti a Sala al Barro. <http://www.cmlarioorientale.it/it/text/index.html>

PETRIELLA, DIONISIO, SOSA MIATELLO, SARA

2009. Diccionario biográfico italo-argentino, www.dante.edu.ar/web/editorial/dicbiografico.htm

ROCK, DAVID

2001. *El radicalismo argentino, 1890-1930*. Amorrortu. Editores. Buenos Aires.

ROMARIZ, JOSÉ

1952. *La Semana Trágica: relato sangriento del año 1919*. Ediciones Hemisferio. Buenos Aires.

SCHÁVELZON, DANIEL

1987. *Tomillos, clavos y bulones. Notas sobre su cronología en la arqueología histórica de Buenos Aires*. Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas Mario J. Buschiazzo, FADU-UBA.

1991. *Arqueología Histórica de Buenos Aires. La cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*. Editorial Corregidor. Buenos Aires.

SEIBEL, BEATRIZ

1999. *Crónicas de la Semana Trágica*. Editorial Corregidor. Buenos Aires.

SILVESTRI, GRACIELA.

2004. *El color del río – Historia cultural del paisaje del Riachuelo*. Colección Las ciudades y las ideas. Universidad Nacional de Quilmes. Quilmes.

SURIANO, JUAN, (COMP.)

2004. *La cuestión social en Argentina 1870-1943*. Editorial La Colmena. Buenos Aires.

THOMAS, JULIAN

2004. *Archaeology and modernity*, Routledge, Londres.

VASENA, SANTIAGO, (COMPILADOR)

1902. *Pedro Vasena e Hijos Buenos Aires. Primer Catálogo*.
BANH - T 20-07-36. Buenos Aires.

VILLANUEVA, ROBERTO

2008. *Historia de la siderurgia argentina*, Eudeba. Buenos Aires.

VIÑAS, DAVID

1966. *En la semana trágica*. Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires.

WALD, PINIE

1998. *Pesadilla*. Editorial Ameghino. Buenos Aires.

WILLEMSSEN, JORGE PABLO, WEISSEL, MARCELO N.

2007. *Informe Interno – Talleres Vasena. Fichaje Iconográfico*. Proyecto SI/ HyC-01, FADU, UBA, Los Espacios de la Producción. Buenos Aires.

2008. *Informe Interno – Talleres Vasena. Fichaje histórico*.

Proyecto UBACyT 492, Los Espacios de la Producción. Buenos Aires.

Este libro se terminó de imprimir en el
mes de Abril de 2011, en Cosmosprint,
Edmundo Fernández 155, Avellaneda.

“Que nos trague la tierra” es una frase que solía decirse ante un error notorio, algo así como “¿y ahora dónde nos metemos?”. Se expresaba la idea de que no quedaran a la luz las evidencias de una equivocación.

La historia argentina no sólo abunda en encuentros y desencuentros, sino también en numerosos entierros y desentierros. Desenterrar es develar, es poner en la superficie lo oculto, lo oscuro.

La llamada “Semana Trágica” se produce en enero de 1919. De ella se han realizado múltiples interpretaciones. El conflicto comienza cuando los 2500 trabajadores de los talleres Vasena, por entonces conocida empresa metalúrgica, elevan un petitorio laboral y la patronal responde con la amenaza de grupos armados. Caen las primeras víctimas y aumenta la intensidad del conflicto con enfrentamientos entre huelguistas y fuerzas policiales.

El saldo fue de cientos de trabajadores muertos a raíz de la confusa intervención del ejército.

A casi una centuria de esos hechos, APOC, a raíz de las remodelaciones a efectuarse en la plaza Martín Fierro (lugar donde funcionaban los talleres Vasena), decide ayudar a las excavaciones que puedan aportar nuevos datos de esa semana conflictiva.

El resultado es este libro de Schavelzon e Igareta, dos expertos en “quitarle el polvo acumulado por los años” a los acontecimientos de nuestra historia.

Una última reflexión nos dice que cada vez que se han producido hechos dramáticos en nuestro pasado podemos encontrar el factor común de la ausencia, la imprevisión o el exceso del accionar de las instituciones.

APOC pretende, al promover las excavaciones y esta publicación, rescatar los sucesos que involucran a nuestros trabajadores y nuestras instituciones republicanas, sabiendo que los conflictos pueden prevenirse, por un lado, con un Estado atento a satisfacer las necesidades de la población y, por otro, con una ciudadanía comprometida y observadora de la conducta de sus gobernantes.

Si para esto es necesario, como nuestros queridos amigos Schavelzon e Igareta, buscar en las entrañas de la tierra, será hora de agarrar la pala.

HUGO B. QUINTANA
Secretario General Apoc

